



ROVELAS

ESPAÑOLAS

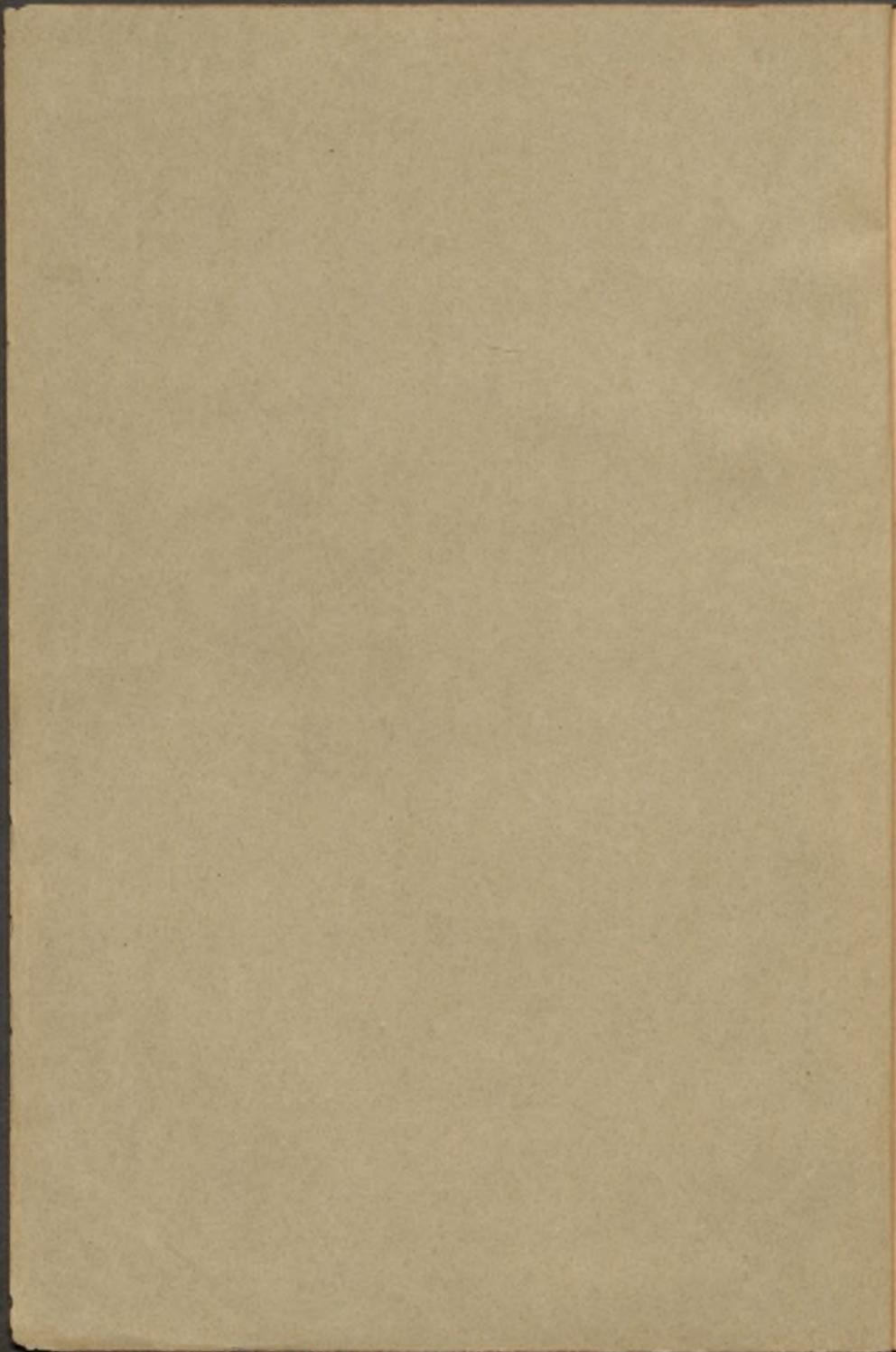
M

LIBRARY OF THE
COURT OF COMMONS
PARLIAMENT BUILDINGS
WESTMINSTER
LONDON

LIBRARY OF THE
COURT OF COMMONS
PARLIAMENT BUILDINGS
WESTMINSTER
LONDON







21/2201

600
—
84

NOVELAS ESPAÑOLAS.

R 94682

BIBLIOTECA VERDAGUER.

NOVELAS ESPAÑOLAS

NARRACIONES ESCOGIDAS

DE

CERVANTES, QUEVEDO Y HURTADO DE MENDOZA

ILUSTRADAS POR

APELES MESTRES, ROSENDO NOBAS Y J. LUIS PELLICER.

Fotograbados de C. Verdaguer.



BARCELONA.

C. VERDAGUER, IMPRESOR-EDITOR.

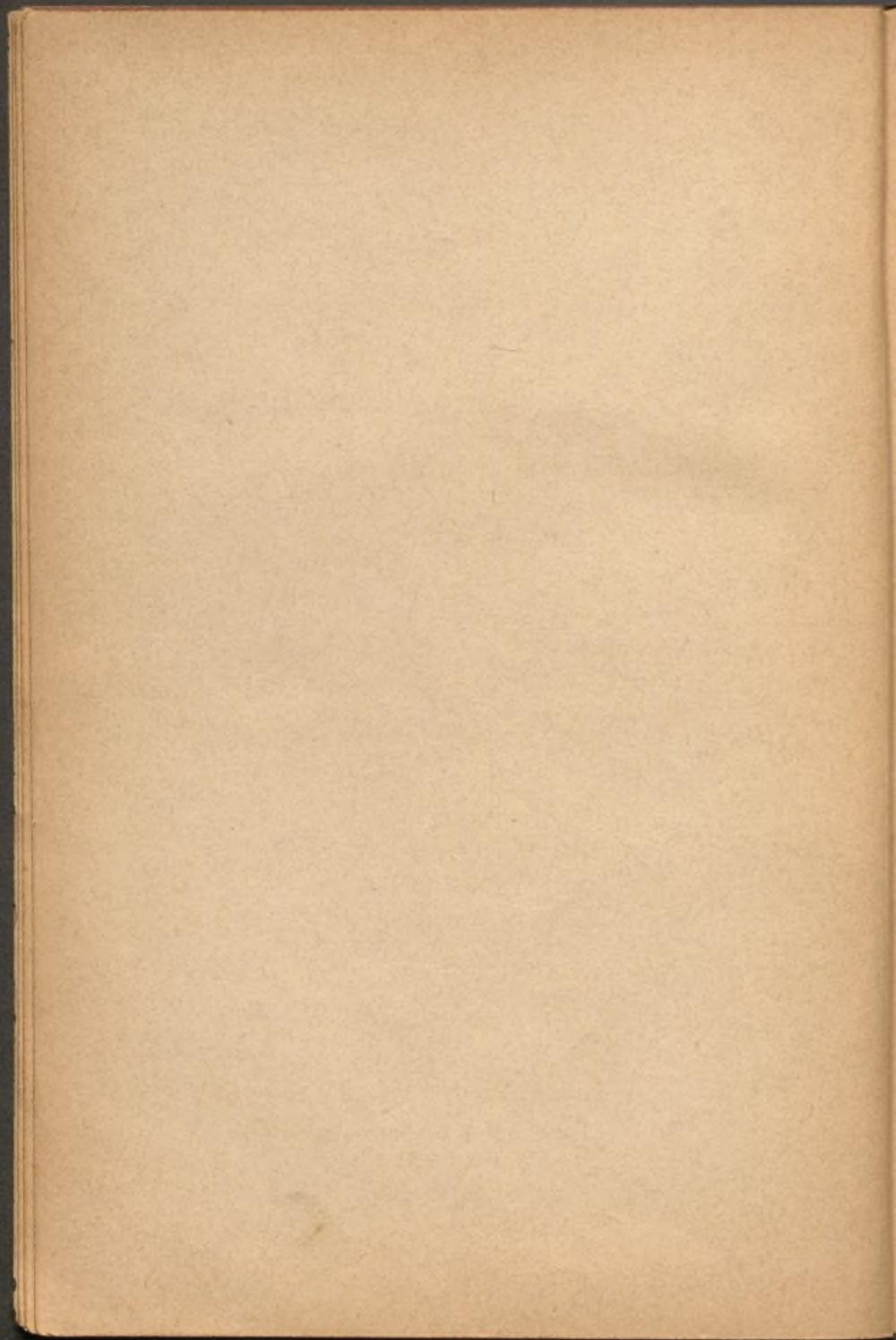
CALLES DE LLULL Y CERDEÑA, (ENSANCHE).

1882.

Queda hecho el depósito que previene la ley para los efectos de propiedad.

Tipo-litografía de CELESTINO VERDAGUER.

CERVANTES.





MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PARA saber quién fué Cervantes ¿qué falta nos hace su biografía? ¿No le vemos admirablemente retratado en su DON QUIJOTE? ¿No nos dice este libro inmortal que debió tener hermosísimo corazón quién al pintar al Ingenioso Hidalgo puso en él los más nobles deseos y los más sublimes delirios del alma? ¿No nos dice también que hubo de ser cuerdo en sus juicios quién al lado de aquella levantada figura colocó á la de Sancho Panza, en la cual se muestran unidas la discreción práctica del pueblo y sus instintos ruines y groseros? Su vida va acorde con sus obras; en los hechos de la primera brillan siempre la virtud y la alteza de aspiraciones; en los conceptos de la se-

gunda resplandecen por igual manera la bondad del alma y la fuerza de la inteligencia.

Nació Miguel de Cervantes Saavedra en Alcalá de Henares, en cuya parroquia de Santa María la Mayor fué bautizado á los 9 de octubre de 1547. Fueron sus padres Rodrigo de Cervantes, hijo de Juan de Cervantes, corregidor de Osuna y la ilustre señora Doña Leonor de Cortinas, natural segun parece del lugar de Barajas. En Salamanca hizo los estudios mayores, distinguiéndose ya por su talento en la composición de las historias, alegorías y letras en latín y castellano que se escribieron con motivo de las soberbias exequias que hizo la villa de Madrid por la reina Doña Isabel de Valois en 1568.

Poco después de la muerte de esta reina hallóse en Madrid el prelado Julio Agnaviva y Aragón, hijo del duque de Atri, en calidad de nuncio de la Santidad de Pío V, y como Cervantes asegura haberle servido de camarero en Roma, es de presumir que se conociesen en Madrid, á lo cual contribuiría el ser aquel prelado gran favorecedor y apasionado de las letras. No se avenía con los hidalgos sentimientos de Cervantes la sujeción doméstica, por lo cual en 1569 sentó plaza de soldado en las tropas españolas residentes en Italia. Servía en la compañía del valeroso capitán Diego de Urbina, natural de Guadalupe, cuando el generalísimo de mar y tierra D. Juan de Austria libró combate al Turco en 7 de octubre de 1571 y le derrotó en las aguas de Lepanto. A pesar de encontrarse Cervantes enfermo á la sazón de calenturas, no sólo rehusó retirarse de cubierta, sino que pidió á su capitán que le destinase al puesto de mayor peligro. Peleó allí heroicamente y recibió tres arcabuzazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda que le quedó estropeada, honrosas heridas de que se gloriaba el autor del Quijote, como recibidas en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Hizole merced D. Juan de Austria de tres escudos sobre

su paga ordinaria y en distintas ocasiones le elogió públicamente y le favoreció con su protección, de la que hubiera quizás tocado beneficios ciertos á no impedirlo su desastrada suerte.

Después de haber servido en Italia por varios años, obtenida en 1575 licencia para volver á su patria, regresaba á ella con su hermano Rodrigo en la galera El Sol, cuando toparon con una escuadra de galeotas que mandaba Arnaute Mamí, capitán de la mar de Argel. Cautivos quedaron tripulación y pasajeros y Cervantes fué llevado á Argel en donde permaneció tres años en cautiverio hasta octubre de 1580 en que recobró la libertad por mediación de los Padres Redentores de la Merced, á quienes su madre y hermano habían entregado el escasisimo caudal de que disponían para emplearlo en su rescate. Aventuras y peripecias de toda suerte le sucedieron en el cautiverio, muchas de las cuales narró en el QUIJOTE y en la comedia Los tratos de Argel y en todas las que dió nuevas muestras de su ánimo bizarro y condición generosa.

Una vez en España incorporóse á su antiguo tercio, que al mando del maestre de campo general D. Lope de Figueroa, formaba parte del ejército del gran duque de Alba. Terminada la campaña de las islas Azores se casó Cervantes en 1584 con Doña Catalina de Palacios Salazar y Voymediano, de una ilustre familia de Esquivias, heroína de La Galatea, novela pastoral que había escrito en medio del escaso vagar que le dejaban las ocupaciones de su agitada vida. Escribió por entonces algunas comedias; mas como Lope señoreaba por completo el teatro, le salió el oficio poco lucrativo, por lo que hubo de aceptar el puesto subalterno de Comisario en Sevilla á las órdenes de D. Antonio de Guevara, consejero de Hacienda y proveedor de las armadas y flotas de Indias. La desgracia ó la mala fé del mercader Simon Freire de Lima fueron causa de sinsabores para Miguel de Cervantes y origen de su prisión, desdichada para él, afortunada para las letras, ya que según

él mismo lo afirma, el Ingenioso Hidalgo se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación.

En 1603 se hallaba Cervantes con su familia en Valladolid, á donde se habia trasladado la córte dos años antes. Privaciones hubo de padecer en aquella ciudad, pues á duras penas le daban para su mantenimiento el ocuparse en algunas agencias y negocios particulares y el trazar y escribir algunas obras de ingenio, sin que á sacarle de tan mísera posición fuera poderoso el favor que le dispensaron el duque de Bejar, el arzobispo de Toledo y el conde de Lemos, su protector más decidido. En 1605 publicó en Madrid, en casa del librero Juan de la Cuesta, la primera parte del DON QUIJOTE, de la que en aquel mismo año se hicieron cuatro ediciones, señal evidente de la buena acogida que obtuvo. Valióle este feliz éxito que le persiguieran con sus sátiras é invectivas los poetas chirles y escritores zarramplines, sin que por desgracia faltasen entre ellos algunos autores de ingenio, como Vicente Espinel, Villegas y el mordaz Góngora, quien refiriéndose á la relación de los festejos celebrados por el nacimiento del príncipe primogénito del rey D. Felipe, dice en un soneto más que medianamente malo:

Mandáronse escribir estas hazañas

A Don Quijote, á Sancho y su jumento.

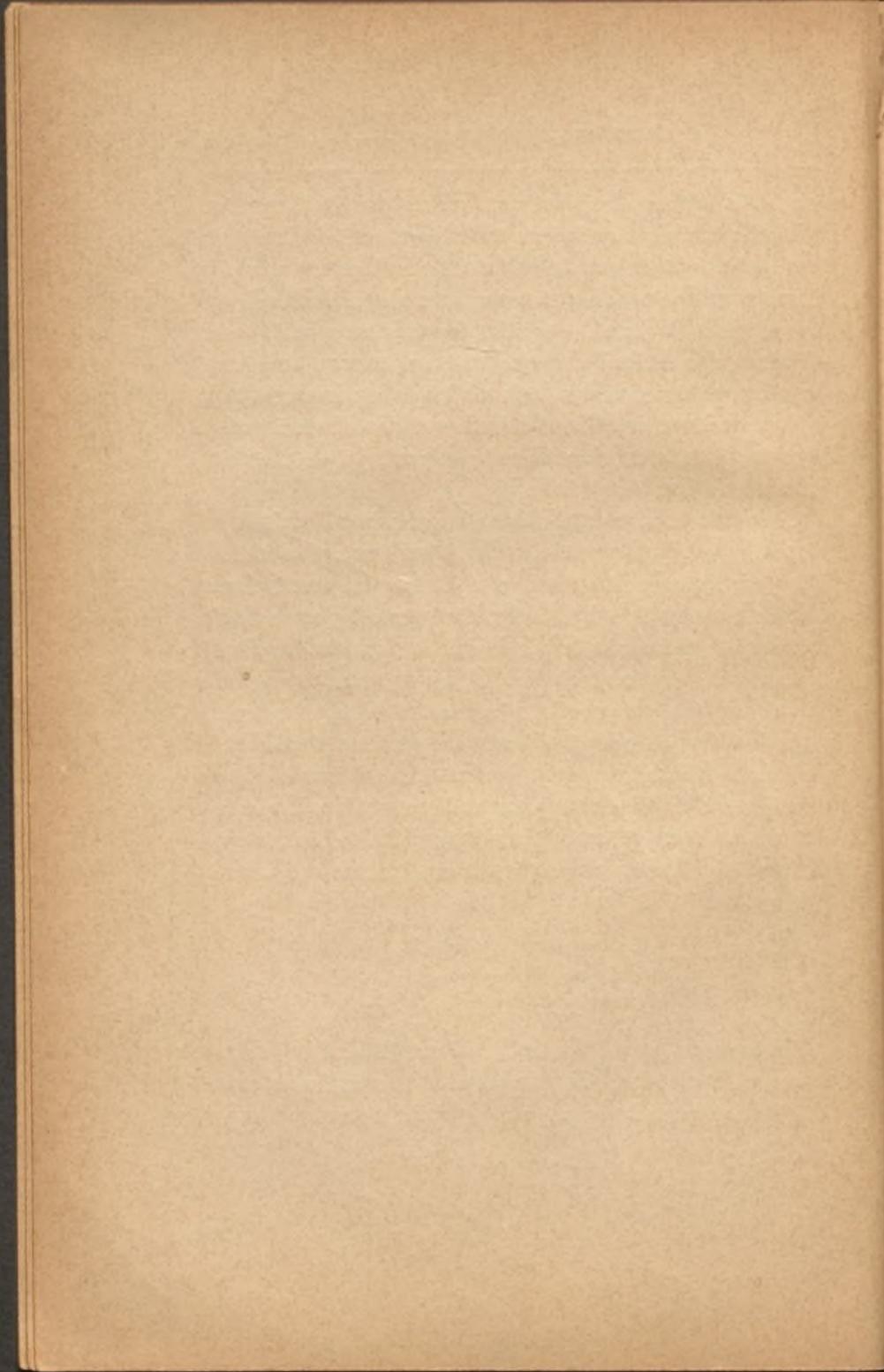
En el año de 1606 se restituyó la corte á Madrid, á donde en breve la siguió Cervantes y en cuya villa pasó otra vez por apurados trances. En agosto de 1613 dió á luz sus preciosas Novelas ejemplares, modelos de narración y de prosa castellana y á cuya cabeza deben ponerse sin disputa La Gitanilla y Rinconete y Cortadillo que van en este volumen. Dedicólas al conde de Lemos y obtuvieron grandísimo aplauso. La aparición del Quijote de Avellaneda le movió á acelerar la impresión de la segunda parte del suyo, que publicó en octubre de 1615 y

que fué la última obra que por sí mismo publicó Cervantes. Dirigióla también á su insigne protector el conde de Lemos con una dedicatoria en que le hablaba de hallarse enfermo y le ofrecia para dentro de cuatro meses Los trabajos de Persiles y Segismunda, « el cual — añadía, errando en su juicio — ha de ser el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento: y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. »

Concluida tanta aquella obra en la primavera de 1616, en ocasión en que iba decayendo su cuerpo por una enfermedad de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese. Agravóse su estado y no quedando esperanza de remedio se le administró la Extrema-Unción el lunes 18 de abril, viviendo hasta el sábado 23 del mencionado mes de abril y año de 1616, en que murió cristianamente después de haber otorgado testamento con pasmosa serenidad de ánimo. En el intervalo que medió desde que le olearon al día de su muerte, el despejo de sus potencias le permitió escribir aquella sublime carta al conde de Lemos enviándole Los trabajos de Persiles y Segismunda, que empieza con las coplas antiguas:

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo.

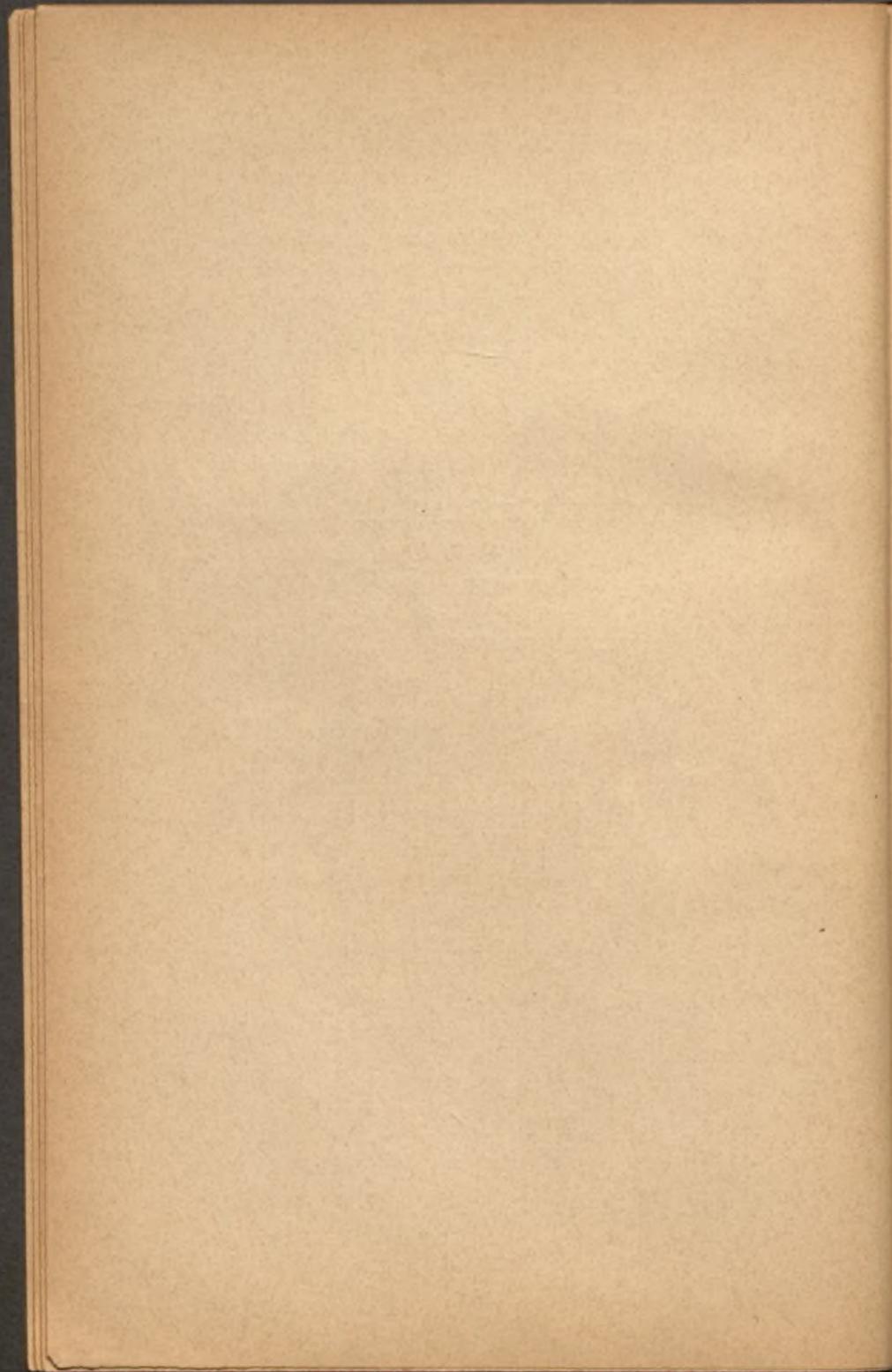
Carta digna, como observa D. Vicente de los Rios, de que la tengan presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos y á ser agradecidos los otros.



RINCONETE Y CORTADILLO.

ILUSTRACION DE

CAPELES MESTRES.





RINCONETE Y CORTADILLO.



N la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcu^{dia}, como vamos de Castilla á la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno montera verde, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda: á la

espalda, y ceñida por los pechos, traía una una camisa de color de gamuza, encerrada y recogida toda en una manga; el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, á lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valonas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no muy limpias: el uno tenía una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhomme, y para dónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino, tampoco.

—Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesa merced del cielo, y que este no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como alnado: el camino que llevo es á la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

—Y ¿sabe vuesa merced algun oficio? preguntó el grande.

Y el menor respondió:

—No sé otro sino que corro como una liebre y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

— Todo eso es muy bueno , útil y provechoso , dijo el grande ; porque habrá sacristán que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos Santos porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento .

— No es mi corte desa manera , respondió el menor , sino que mi padre , por la misericordia del cielo , es sastre y calcetero , y me enseñó á cortar antiparas , que , como vuesa merced bien sabe , son medias calzas con avampiés , que por su propio nombre se suelen llamar polainas ; y córtolas tan bien , que en verdad que me podría examinar de maestro , si no que la corta suerte me tiene arrinconado .

— Todo eso y más acontece por los buenos , respondió el grande , y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las más perdidas ; pero áun edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura . Mas si yo no me engaño y el ojo no me miente , otras gracias tiene vuesa merced secretas , y no las quiere manifestar .

— Sí tengo , respondió el pequeño ; pero no son para en público , como vuesa merced ha muy bien apuntado .

A lo cual replicó el grande :

— Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en grande parte se pueden hallar ; y para obligar á vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo , le quiero obligar con descubrirle el mio primero , porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte , y pienso que habemos de ser , desde hasta el último día de nuestra vida , verdaderos amigos .

« Yo , señor hidalgo , soy natural de la Fuenfrida , lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan ; mi nombre es Pedro del Rincon ; mi padre es persona de calidad , porque es ministro de la Santa Cruzada ; quiero decir , que es bulero ó buldero , como los llama el vulgo . Algunos días le acompañé en el oficio , y le aprendí de manera , que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello ; pero habiéndome un

dia aficionado más al dinero de las bulas que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y dí conmigo y con él en Madrid, donde, con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenía á cargo el dinero tras mí; prendieronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte. Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se ha dicho que en el cuello traía), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veintiuna; y aunque vuesa merced los vé tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo; y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa. Fuera desto, aprendí de un cocinero de un embajador ciertas tretas de quinolas y del parar, á quien tambien llaman el andabola; que así como vuesa merced se puede examinar en el corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca. Con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera pasar el tiempo jugando un rato, y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algun pájaro destos arrieros que aquí hay; quiero decir, que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de veras; que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

— Sea en buen hora , dijo el otro , y por merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida , con que me ha obligado á que yo no le encubra la mia , que diciéndola más breve , es esta :

« Yo nació en el Pedroso , lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo : mi padre es sastre ; enseñóme su oficio , y de corte de tijera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha del aldea y el desamorado trato de mi madrastra ; dejé mi pueblo , vine á Toledo á ejercitar mi oficio , y en él he hecho maravillas ; porque no pende relicario de toca , ni hay faldriquera tan escondida , que mis dedos no visiten ni mis tijeras no corten , aunque la estén guardando con los ojos de Argos ; y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad , nunca fui cogido entre puertas , ni sobresaltado ni corrido de corchetes , ni soplado de ningun cañuto ; bien es verdad que habrá ocho dias que una espía doble dió noticia de mi habilidad al Corregidor , el cual , aficionado á mis buenas partes , quisiera verme ; mas yo , que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves , procuré de no verme con él ; y así salí de la ciudad con tanta priesa , que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras ni blancas , ni de algun coche de retorno , ó por lo ménos de un carro .

— Eso se borre , dijo Rincón , y pues ya nos conocemos , no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces ; confesemos llanamente que no tenemos blanca ni aún zapatos .

— Sea así , respondió Diego Cortado (que así dijo el menor que se llamaba) ; y pues nuestra amistad , como vuesa merced , señor Rincón , ha dicho , ha de ser perpétua , comencémosla con santas y loables ceremonias .

Y levantándose Diego Cortado , abrazó á Rincón , y Rincón á él , tierna y estrechamente ; y luego se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes , limpios de polvo y de paja , mas no de grasa y malicia ; y

á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado como Rincón, su maestro.

Salió en esto un arriero á refrescarse al portal, y pidió que quería hacer tercio: acogiéronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedises, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres. Y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderían, quiso quitarles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano á su media espada, y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal.

A esta sazón pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la venta del Alcalde, que está media legua más adelante; los cuales, viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron, y les dijeron que si acaso iban á Sevilla, que se viniesen con ellos.

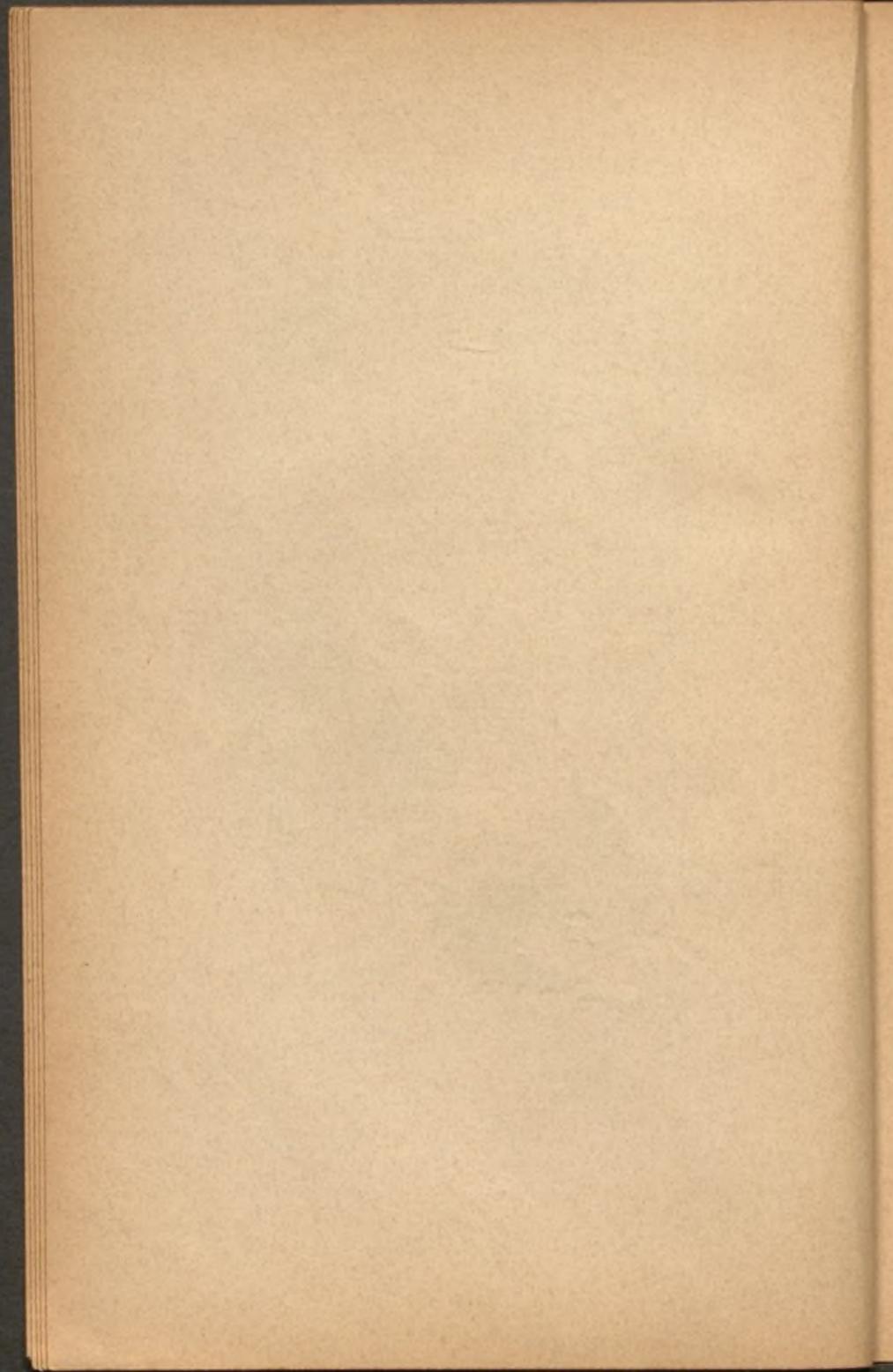
—Allá vamos, dijo Rincón, y serviremos á vuestras mercedes en todo cuanto nos mandaren.

Y sin más detenerse, saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les había oído decir que los naipes que traían eran falsos, se pelaba las barbas, y quería ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de ménos valer que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él: sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse.

En esto, Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo más del camino los lle-



1892



vaban á las ancas ; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos , no las admitieron , por no perder la ocasión tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse. Con todo esto , á la entrada de la ciudad , que fué á la oración y por la puerta de la Aduana , á causa del registro y almojarifazgo que se paga , no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traía un francés de la camarada ; y así , con el de sus cachas , le dió tan larga y profunda herida , que se parecían patentemente las entrañas , y sutilmente le sacó dos camisas buenas , un reloj de sol y un libro de memoria , cosas que cuando las vieron no les dieron mucho gusto. Y pensando que pues el francés llevaba á las ancas aquella maleta , no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preesas , quisieran volver á darle otro tiento ; pero no lo hicieron , imaginando que ya lo habrían echado ménos , y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido , antes que el salto hiciesen , de los que hasta allí los habían sustentado ; y otro dia vendieron las camisas en el mal baratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal , y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto , se fueron á ver la ciudad , y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia , el gran concurso de gente del rio , porque era en tiempo de cargazon de flota y había en él seis galeras , cuya vista les hizo suspirar y áun temer el dia que sus culpas les habían de traer á morar en ellas de por vida. Echaron de verlos muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban ; informáronse de uno dellos qué oficio era aquel , y si era de mucho trabajo y de qué ganancia. Un muchacho asturiano , que fué á quien le hicieron la pregunta , respondió que el oficio era descansado y del que no se pagaba alcabala , y que algunos dias salía con cinco y con seis reales de ganancia , con que comía y bebía y triunfaba como cuerpo de rey , libre de buscar amo á quien dar fianzas , y seguro de comer á la

hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad, en la cual había tantos y tan buenos.

No les pareció mal á los dos amigos la relación del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usarle, pues lo podían usar sin exámen. Y preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios ó nuevos, y cada uno tres espuestas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartía la carne, pescado y fruta, y en el costal el pan; y él les guió donde lo vendían; y ellos, del dinero de la galima del francés, lo compraron todo, y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio, segun les ensayaban las esportillas y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde habían de acudir: por las mañanas á la carnicería y á la plaza de San Salvador; los días de pescado á la Pescadería y á la Costanilla; todas las tardes al rio; los jueves á la feria.

Toda esta lición tomaron bien de memoria, y otro dia bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuestas vieron ser nuevos en la plaza; hicieronles mil preguntas, y á todas respondían con discreción y mesura. En esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuestas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó á Cortado, y el soldado á Rincón.

— En nombre sea de Dios, dijeron ambos.

— Para bien se comience el oficio, dijo Rincón; que vuesa merced me estrena, señor mio.

A lo cual respondió el soldado:

— La estrena no será mala , porque estoy de ganancia y soy enamorado , y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora.

— Pues cargue vuesa merced á su gusto ; que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza , y áun si fuere menester que ayude á guisallo , lo haré de muy buena voluntad.

Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo , y dijole que si quería servir , que él le sacaría de aquel abatido oficio ; á lo cual respondió Rincón que por ser aquel el día primero que le usaba , no le quería dejar tan presto , hasta ver á lo menos lo que tenía de malo ó bueno ; y cuando no le contentase , él daba su palabra de servirle á él antes que á un canónigo. Rióse el soldado , cargóle muy bien , mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante y él no tuviese necesidad , cuando otra vez le enviase , de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato ; dióle el soldado tres cuartos , y en un vuelo volvió á la plaza , por no perder coyuntura ; porque tambien desta diligencia les advirtió el asturiano , y de que cuando llevasen pescado menudo , conviene á saber , albures , ó sardinas , ó acedías , bien podían tomar algunas y hacerles la salva , siquiera para el gasto de aquel día ; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento , porque no se perdiere el crédito , que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

Por presto que volvió Rincón , ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincón , y preguntóle que cómo le había ido. Rincón abrió la mano , y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno , y sacó una bolsilla , que mostraba haber sido de ámba en los pasados tiempos ; venía algo hinchada , y dijo :

— Con esta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más ; tomadla vos , Rincón , por lo que puede suceder.

Y habiéndosela ya dado secretamente , veis aquí do

vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado, le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedis en cuartos y en ochavos, le faltaba, y que le dijese si la había tomado en el entretanto que con él había andado comprando. A lo cual, con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

—Lo que yo sabré decir desa bolsa es, que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso á mal recaudo.

—Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron.

—Lo mismo digo yo, dijo Cortado; pero para todo hay remedio, sino es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuesa merced sahumada.

—El sahumero le perdonáramos, respondió el estudiante.

Y Cortado prosiguió diciendo:

—Cuanto más, que cartas de descomunion hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de buena ventura, aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, parecermeía á mí que había cometido algun grande incesto ó sacrilegio.

—Y ¡cómo que ha cometido sacrilegio! dijo á esto el adolorido estudiante; que puesto caso que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma, dijo Rincón á este punto; no le arriendo la ganancia; dia de juicio hay, donde todo

saldrá, como dicen, en la colada, y entónces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellania. Y ¿cuánto renta cada año, dígame, señor sacristán, por su vida?

— Renta el diablo que me lleve; y ¡estoy yo agora para decir lo que renta! respondió el sacristán con algun tanto de demasiada cólera: decidme, hermano, si sabeis algo; si no, quedad con Dios; que yo la quiero hacer pregonar.

— No me parece mal remedio ese, dijo Cortado; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella; que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado.

— No hay que temer deso, respondió el sacristán; que lo tengo más en lá memoria que el tocar de las campanas; no me erraré en un átomo.

Sacó en esto de la faltriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor, que llovía de su rostro como de alquitara, y apénas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo; y habiéndose ido el sacristán, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinias, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razon que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le repitiese la razon dos y tres veces. Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos; el sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faltriquera, y despidiéndose dél, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo

oficio y de su mismo tamaño , que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ó de muchos días.



Con esto se consoló algo el sacristán , y se despidió de Cortado , el cual se vino donde estaba Rincón , que todo lo había visto un poco apartado dél ; y más abajo estaba otro mozo de la esportilla , que vió todo lo que había pa-

sado y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincón ; y llegando á ellos , les dijo :

— Díganme , señores galanes , ¿ voacedes son de mala entrada ó no ?

— No entendemos esa razon , señor galán , respondió Rincón.

— ¡ Qué ! ¿ no entreván , señores murcios ? respondió el otro.

— No somos de Teba ni de Múrcia , dijo Cortado ; si otra cosa quiere , dígala ; si no , váyase con Dios.

— ¿ No entienden ? dijo el mozo ; pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata : quiero decir , señores , si son vuestas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto , pues sé ya que lo son ; más díganme , ¿ cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio ?

— ¿ Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones , señor galán ? dijo Rincón.

— Si no se paga , respondió el mozo , á lo menos registranse ante el señor Monipodio , que es su padre , su maestro y su amparo ; y así , les aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia , ó si no , no se atrevan á hurtar sin su señal , que les costará caro.

Yo pensé , dijo Cortado , que el hurtar era oficio libre , horro de pecho y alcabala , y que si se paga es por junto , dando por fiadores á la garganta y á las espaldas ; pero pues así es y en cada tierra hay su uso , guardemos nosotros el desta , que por ser la más principal del mundo , será el más acertado de todo él ; y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice ; que ya yo tengo barruntos , segun lo que he oido decir , que es muy calificado y generoso , y además hábil en el oficio.

— Y ¡ cómo que es calificado , hábil y suficiente ! respondió el mozo : eslo tanto , que en cuatro años que há que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre , no han padecido sino cuatro en el finibusterre , y obra de treinta embesados y de sesenta y dos en gurapas.

— En verdad, señor, dijo Rincón, que así entendemos esos nombres como volar.

— Comencemos á andar; que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos, que así les conviene saberlos como el pan de la boca.

Y así les fué diciendo y declarando otros nombres de los que ellos llaman germanescos ó de la germanía, en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo; en el cual dijo Rincón á su guía:

— ¿Es vuesa merced por ventura ladron?

— Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

— Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

— Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados.

— Sin duda, dijo Rincón, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios.

— Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias á un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así los sufrió sin cantar, como si fueran nada; y esto atribuimos los del arte á su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que cuatrero

es ladron de bestias; ánsia es el tormento; roznos los asnos, hablando con perdón; primer desconcierto es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo. Tenemos más: que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado.



— De perlas me parece todo eso, dijo Cortado; pero dígame vuesa merced: ¿hácese otra restitución ú otra penitencia más de la dicha?

— En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible, por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más, que no hay quien nos

mande hacer esta diligencia, á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de descomunión, jamás llegan á nuestra noticia, porque jamás vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—¿Y con sólo eso que hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de mala? replicó el mozo: ¿no es peor ser hereje ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico?

—Sodomita, querrá decir vuesa merced, respondió Rincón.

—Eso digo, dijo el mozo.

—Todo es malo, replicó Cortado; pero, pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso; que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo; que ya desde aquí se descubre su casa. Vuestas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia.

—En buena sea, dijo Rincón.

Y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando á la puerta. Él salió luego y los llamó, ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljofifado, parecia que vertía carmin de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres piés, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no ménos falto que el cántaro; á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta, de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincón á entrar en una sala baja, de dos



pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. En la pared frontera estaba pegada á la pared una imagen de Nuestra Señora, destas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto, entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra

ninguna, se comenzaron á pasear por el patio. No tardó mucho, cuando entraron dos viejos de bayeta con anteojos, que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos; tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantando los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demas al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios; llegaron tambien de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina; los cuales, así como entraron, pusieron los ojos al través en Rincón y Cortado, á modo de que los extrañaban y no conocían, y llegándose á ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos; venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los piés, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda. Atravesábale un tahalí por espalda y pecho, á do colgaba una espada ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los

dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales, de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía



de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

—Estos son los dos buenos mancebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron

los capelos y luego volvieron á su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió :

— El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decir la, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algun hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio :

— Vos, hijo mio, estais en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decis, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas : « Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, ó le azotaron, » ú otra cosa semejante, que por lo ménos suena mal á los buenos oídos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo, y Cortado tambien.

— Pues de aqui adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llameis *Rinconete*, y vos, Cortado, *Cortadillo*, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades; porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por vía de naufragio, y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle y detras le van dando

voces : *al ladron , al ladron , detenganle , detenganle* , se pone en medio , y se opone al raudal de los que le siguen , diciendo : « Déjenle al cuitado , que harta mala ventura lleva ; allá se lo haya , castiguelo su pecado . » Son tambien bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren , así en la trena como en las guras ; y tambien lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo , y el escribano , que si anda de buena , no hay delito que sea culpa , ni culpa á quien se dé mucha pena ; y por todos estos que he dicho , hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos .

— Por cierto , dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre) , que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oido decir que vuesa merced , señor Monipodio , tiene ; pero nuestros padres aún gozan de la vida ; si en ella les alcanzáremos , daremos luégo noticia á esta felicísima y abonada confraternidad , para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta , ó ese adversario que vuesa merced dice , con la solemnidad y pompa acostumbrada ; si ya no es que se hace con popa y soledad , como tambien apuntó vuesa merced en sus razones .

— Así se hará , ó no quedará de mí pedazo , replicó Monipodio .

Y llamando á la guía le dijo :

— Ven acá , Ganchuelo ; ¿ están puestas las postas ?

— Sí , dijo la guía , que Ganchuelo era su nombre ; tres centinelas quedan avizorando , y no hay que temer que nos cojan de sobresalto .

— Volviendo , pues , á nuestro propósito , dijo Monipodio , querria saber , hijos , lo que sabeis , para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinación y habilidad .

— Yo , respondió Rinconete , sé un poquito de floreo de villano ; entiéndeseme el reten ; tengo buena vista para el humillo ; juego bien de la sola , de las cuatro y de las

ocho ; no se me va por piés el raspadillo , berrugueta y el colmillo ; éntrome por la boca de lobo como por mi casa , y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles , y á dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

— Principios son , dijo Monipodio ; pero todas esas son flores de cantueso viejas , y tan usadas , que no hay principiante que no las sepa , y solo sirven para alguno que sea tan blanco que se deje matar de media noche abajo ; pero andará el tiempo , y vernos hemos ; que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones , yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso , áun quizá maestro.

— Todo se hará para servir á vuesa merced y á los señores cofrades , respondió Rinconete.

— Y vos , Cortadillo , ¿ qué sabeis ? preguntó Monipodio.

— Yo , respondió Cortadillo , sé la treta que dicen mete dos y saca cinco , y sé dar tiento á una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

— ¿ Sabeis más ? dijo Monipodio.

— No , por mis grandes pecados , respondió Cortadillo.

— No os aflijais , hijo , replicó Monipodio ; que á puerto y á escuela habeis llegado donde ni os anegareis ni dejareis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo , ¿ cómo os va , hijos ?

— ¿ Cómo nos ha de ir , respondió Rinconete , sino muy bien ? Animo tenemos para acometer cualquier empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio.

— Está bien , replicó Monipodio ; pero querría yo que tambien le tuviédeses para sufrir , si fuese menester , media docena de ánsias sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mía.

— Ya sabemos aquí , dijo Cortadillo , señor Monipodio , que quiere decir ánsias , y para todo tenemos ánimo ; porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo

que dice la lengua paga la gorja, harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese más letras un no que un sí.

—Alto, no es menester más, dijo á esta sazón Monopodio, digo que esta razon sola me convence, me obliga, me persuade y me fuerza á que desde luégo asenteis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año de noviciado.

—Yo soy dese parecer, dijo uno de los bravos.

Y á una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habian estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luégo les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo. Él respondió que por darles contento á todos desde aquel punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año; conviene á saber: no llevar recaudo de ningun hermano mayor á la cárcel ni á la casa, de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuándo, cómo y adónde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que estrujasen los hermanos mayores, como uno dellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladisima, y con palabras muy comedidas y corteses las agradecieron y tuvieron en mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada.

—Nadie se alborote ni inquiete, dijo á esta sazón Monipodio; que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiégúense, que yo le saldré á hablar.

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde halló al alguacil,

con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí, dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo, dijo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es, dijo la guía, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quien la tomase.

—No hay levas conmigo, replicó Monipodio; la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año.

Tornó á jurar el mozo que no sabía della; comenzóse á encolerizar Monipodio de manera, que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida; manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demas de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo á jurar el mozo y á maldecirse, diciendo que él no había tomado tal bolsa ni vistola de sus ojos; todo lo cual fué poner más fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasión á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegarle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia, y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristán, y dijo:

—Cese toda cuestión, mis señores; que esta es la bolsa. sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy

mi camarada Cortadillo le dió alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura.

Luégo sacó Cortadillo el pañuelo y le puso de manifiesto: viendo lo cual Monipodio, dijo:

—Cortadillo el Bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí en adelante) se quedé con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfaccion deste servicio; y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refran que dice: «No es mucho que á quien te da la gallina entera, le des tú una pierna della.» Más disimula este buen alguacil en un día, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De comun consentimiento aprobaron todos la hidalguia de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de Bueno, bien como si fuera D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo.

Al volver, que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza; señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron, se fueron con los brazos abiertos, la una á Chiquiznaque y la otra á Maniferro, que estos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con qué mojar la canal maestra.

—Pues ¿había de faltar, diestro mio? respondió la una, que se llamaba la Gananciosa; no tardará mucho á venir Silbatillo, tu trainel, con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fué verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio, y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda; porque en cortando la cólera, se trataría de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que había rezado á la imagen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza, dos días há, que me trae loca; y más, que ántes que sea medio día tengo de ir á cumplir mis devociones y poner mis candelicas á Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y ventiscase. A lo que he venido es, que anoche el Renegado y Centopiés llevaron á mi casa una canasta de colar, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitarla, y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar ijadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecían unos angelicos; dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba. No desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado á la canasta; y que se está tan entera como cuando nació.

— Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése así la canasta; que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

— Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la

vieja; y porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si teneis, para consolar este estómago.

— Y ¡qué tal lo bebereis, madre mia! dijo á esta sazón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Y descubriendo la canasta, se manifestó una bota, á modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un cor-



cho, que podría caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo:

— Mucho echaste, hija Escalanta; pero Dios dará fuerzas para todo.

Y aplicándose á los labios, de un tirón y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo:

— De Guadalcanal es, y aún tiene un es no es de yeso el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

— No hará, madre, respondió Monipodio, porque es trasañejo.

— Así lo espero yo en aquella bendita Virgen, respondió la vieja; y añadió: Mirad, niñas, si teneis acaso algun cuarto para comprar las candelicas de mi devoción; porque con la priesa y gana que tenía de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

— Yo sí tengo, señora Pipota (que este era el nombre de la buena vieja), respondió la Gananciosa; tome, ahí le doy dos cuartos: del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados; quisiera que pusiera otra á la señora Santa Lucía (que por lo de los ojos tambien la tengo devoción), pero no tengo trocado; más otro día habrá donde se cumpla con todos.

— Muy bien harás, hija; y mira, no seas miserable; que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí ántes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas.

— Bien dice la madre Pipota, dijo Escalanta.

Y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles:

— Holgaos, hijos, ahora que teneis tiempo, que vendrá la vejez, y llorareis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad, como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia.

Y con esto se fué. Ida la vieja, se sentaron todos alre-

dedor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito: manifestó luégo medio queso de Flandes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos, con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hógazas blanquísimas de Gandul. Serian los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo, de cachas amarillas, si no fué Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta y á la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena. Más apenas habían comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta: mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa, preguntó:

—¿Quién llama?

Respondieron de fuera:

—Yo soy; que no es nadie, señor Monipodio; Tagarete soy, centinela desta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgñada y llorosa, que parece haberle sucedido algun desastre.

En esto llegó la que decía, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarete que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese, con menos estruendo y ruido: él dijo que así lo haría. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio; venía descabellada, y la cara llena de tolondrones, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada. Acudieron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándola el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí, diciendo á voces:

—La justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel la-

dron desuellacaras , sobre aquel cobarde bajamanero , sobre aquel pícaro lendroso , que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas. Desdichada de mí ; mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años , sino por un bellaco desalmado , facineroso é incorregible.

— Soslégate , Cariharta , dijo á esta sazón Monipodio ; que aquí estoy yo que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio ; que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada ; dime si has habido algo con tu respeto ; que si así es , y quieres venganza , no has menester más que boquear.

— ¿ Qué respeto ? respondió Juliana ; respetada me vea yo en los infiernos , si más lo fuere de aquel león con las ovejas , y cordero con los hombres ; ¿ con aquel había yo de comer más pan á manteles ni yacer en uno ? Primero me vea yo comida de adivas estas carnes , que me ha parado de tal manera que ahora vereis.

Y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla , y aun un poco más , las descubrió llenas de cardenales.

— Desta manera , prosiguió , me ha parado aquel ingrato del Repolido , debiéndome más que á la madre que le crió ; y ¿ por qué pensais que lo ha hecho ? ¿ Montas que le dí yo ocasión para ello ? No por cierto ; no lo hizo más sino por que estando jugando y perdiendo , me envió á pedir con Cabrillas , su trainel , treinta reales , y no le envié más de veinte y cuatro , que el trabajo y afán con que yo los había ganado , ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados ; y en pago desta cortesía y buena obra , creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podía tener , esta mañana me sacó al campo , detrás de la huerta del Rey , y allí , entre unos olivares , me desnudó , y con la pretina , sin excusar ni recoger los hierros , que en malos grillos y hierros le vea yo , me dió tantos azotes , que me dejó por muerta ; de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais.

Aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano á consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores pre-seas que tenía, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido.

— Porque quiero, dijo, que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga; y cuando estos bellacones nos dan y azotan y acocean, entónces nos adoran; si no, confiésame una verdad, por tu vida: despues que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

— ¿Cómo una? respondió la llorosa; cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él á su posada, y áun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

— No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraría él de pena de ver cuál te había puesto; que estos tales hombres y en tales casos, no han cometido la culpa, cuando les viene el arrepentimiento; y tú verás, hermana, si no viene á buscarte ántes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdon de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

— En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito. ¿Las manos había él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa, que está delante? que no lo puedo más encarecer.

— ¡Ay! dijo á esta sazón la Juliana, no diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con cuan malo es, le quiero más que á las telas de mi corazon, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle.

— Eso no harás tú por mí consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana; que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribiremosle un papel en coplas, que le amargue.

— Eso sí, dijo la Cariharta; que tengo mil cosas que escribirle.

— Yo seré el secretario cuando sea menester, dijo Monipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos millares de coplas en daca las pajas, y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de agora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que después todo se andará.

Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor; y así todos volvieron á su *gaudeamus*, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces al cuero: los viejos bebieron *sine fine*, los mozos adunia, las señoras los quiries. Los viejos pidieron licencia para irse; dióselo luégo Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad y al resguardo y acrecentamiento de aquella cofradía; respondieron que ellos lo tenían bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó á Monipodio que de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados. A lo cual respondió Monipodio que aquellos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban abispones, y que servían de andar de día por toda la ciudad, abispando en qué casa se podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y aún dónde lo ponían; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y diseñaban el lugar más conve-

niente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada; en resolución, dijo que era la gente de más ó de tanto provecho que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su Majestad de los tesoros; y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devoción; y hay de ellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho ménos de lo que por nuestrós aranceles les toca: otros dos hay que son palanquines, los cuales, como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho y cuáles no.

— Todo me parece de perlas, dijo Rinconete, y querría ser de algun provecho á tan famosa cofradía.

— Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dijo Monipodio.

Estando en esta plática, llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

— Abra voacé, seor Monipodio, que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo:

— No le abra vuesa merced, señor Monipodio; no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña.

No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decía:

— Quítenmelo de delante á ese gesto de por demás, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas.

Maniferro y Chiquiznaque tenían á Repolido, que en todas maneras quería entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decía desde afuera:

— No haya más, enojada mia; por tu vida que te sosiegues, así te veas casada.

— ¿Casada yo, malino? respondió la Cariharta; mira

en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y ántes lo sería yo con una notomía de muerte que contigo.

—Ea, boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido; porque, vive el dador, si me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída, humillese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo.

—Y áun de cenar le daría yo, dijo la Cariharta, porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

—¿No os digo yo, dijo Repolido; por Dios, que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda.

A esto dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta saldrá, no por amenazas sino por amor mio, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah Juliana, ah niña, ah Cariharta mia! sal acá fuera, por mi amor; que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas.

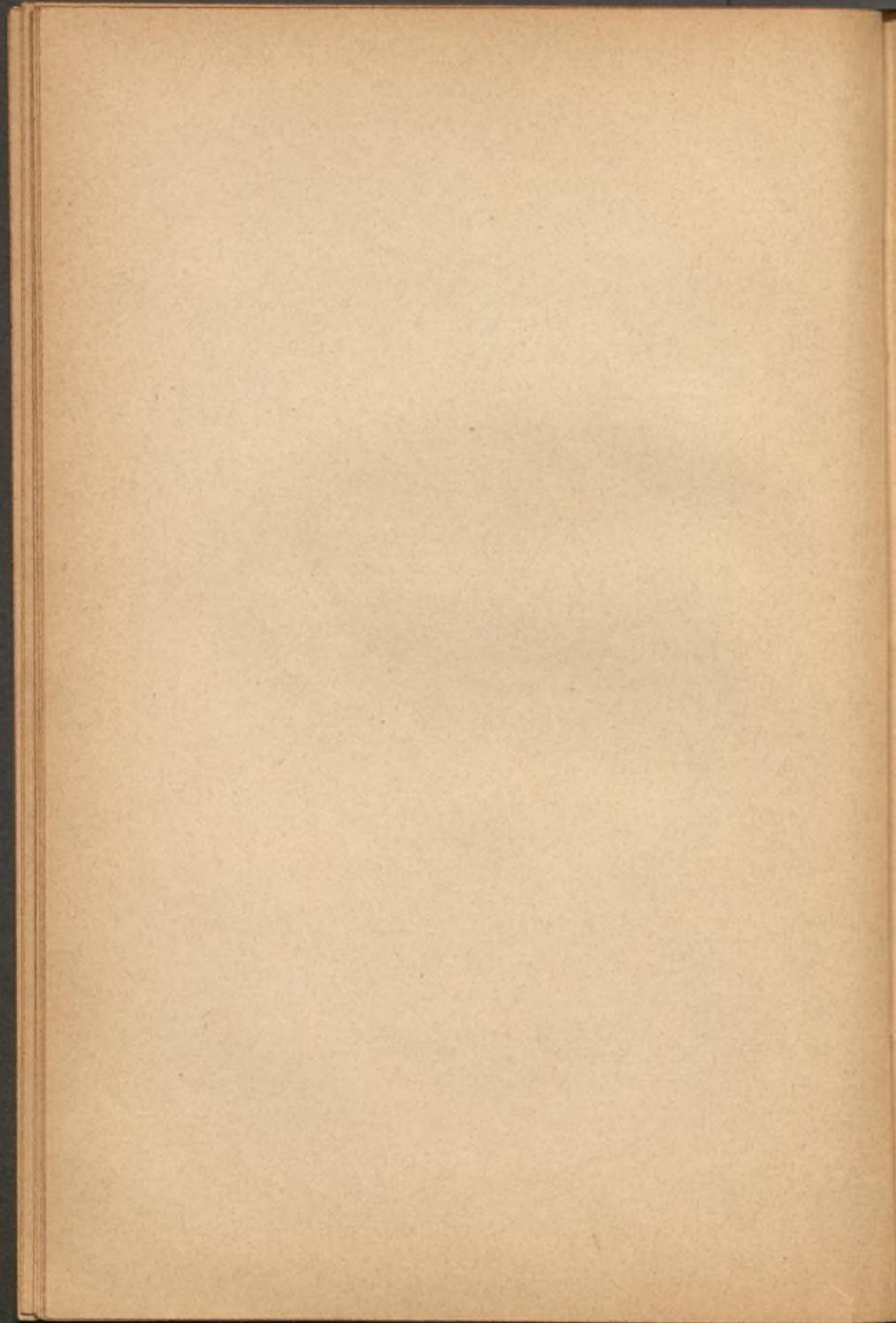
—Como él eso haga, dijo la Escalanta, todas seremos en su favor y en rogar á Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela á menoscabo de la persona, dijo el Repolido, no me rendiré á un ejército formado de esguizaros; más si es por vía de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riéronse desto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera:

—Cualquiera que se riere ó se pensare reír de lo que Cariharta contra mí, ó yo contra ella, hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya he dicho.





Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talla, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal sino lo remediaba; y así, poniéndose luégo en medio dellos, dijo:

— No pasen más adelante, caballeros; cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí.

— Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero, que lo supieran bien tañer.

— También tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y también si fuere menester, sabremos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame que con un palmo de espada ménos hará el hombre que sea lo dicho dicho.

Y diciendo esto se iba á salir por la puerta afuera.

Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

— Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas: ¿no ven que va enojado, y es un Judas Macarelo en esto de la valentía? Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos.

Y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa, y acudiendo también Monipodio, le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabían si enojarse ó si no, y estuvieron quedos esperando lo que Repolido haría; el cual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

— Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

— No hay aquí amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo, y pues todos somos amigos, dênse las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio :

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se dén las manos de amigos.



Diéronselas luego ; y la Escalanta , quitándose un chapin , comenzó á tañer en él como en un pandero ; la Gananciosa tomó una escoba de palma , nueva , que allí se halló acaso , y rascándola , hizo un són que , aunque ronco y áspero , se concertaba con el del chapin . Monipodio rompió un plato y hizo dos tejoletas , que , puestas entre dos dedos y repicadas con gran ligereza , llevaban el contrapunto al chapin y á la escoba .

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba , porque hasta entónces nunca la habían visto . Conociólo Maniferro , y díjoles :

—¿Admiranse de la escoba ? Pues bien hacen , pues música más presta y más sin pesadumbre , ni más barata ,

no se ha inventado en el mundo; en verdad que oí decir el otro día á un estudiante que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni el Marión, que subió sobre el del-fin, y salió del mar como si viniera á caballo sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música, tan fácil de aprender, tan manera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse; y áun voto á tal, que dice que la inventó un galán desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música.

— Eso creo yo muy bien, dijo Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos; que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valón,
Tengo socarrado todo el corazón.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran prisa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz;
Si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapín, se metió en danza y acompañó á las demás, diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más;
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

— Cántese á lo llano, dijo á esta sazón Repolido, y no se toquen historias pasadas, que no hay para qué; lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.



Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo como al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venían el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés: dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música; enmudeció Chiquiznaque,

pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro, y todos cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados, para escaparse y pasar por ellos á otra calle. Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente, la nueva de la venida del alcalde de la justicia: los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabían qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela á decir que el alcalde se había pasado de largo sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro y á Repolido, y que de los demás no bajase ninguno. Como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oír toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido, el cual dijo á Monipodio, que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aun no sabía lo que se había hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce.

— ¿Cuál? respondió Chiquiznaque; ¿es la de aquel mercader de la encrucijada?

— Esa es, dijo el caballero.

— Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino antes de la oración, llegueme cerca dél, marqueme el rostro con la vista, y vi que le tenía tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos, y hallándome imposibilitado de poder

cumplir lo prometido y de hacer lo que llevaba en mi destrucción...

— Instrucción, querrá vuesa merced decir, dijo el caballero, que no destrucción.

— Eso quise decir, respondió Chiquiznaque: digo que viendo que en la estrechez y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.



— Más quisiera, dijo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete que al criado la de catorce. En efecto, conmigo no se ha cumplido como era razón, pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal: beso á vuestas mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

— Voacé se detenga y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja; veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendás que lo valgan.

—Pues ¿esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra, respondió el caballero, dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor! dijo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: «Quien bien quiere á Beltrán, bien quiere á su can.»

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí á propósito este refrán? replicó el caballero.

—¿Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: «Quien mal quiere á Beltrán, mal quiere á su can?» Y así Beltrán es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltrán, y la deuda queda líquida y trae aparejada ejecución: por eso no hay más sino pagar luégo sin apercibimiento de remate.

—Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho; y así voacé, señor galán, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luégo lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la están curando.

—Como eso sea, respondió el galán, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude en esto, dijo Monipodio, más que en ser cristiano; que Chiquiznaque se la dará pintada, de manera que parezca que allí le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa; respondió el caballero, recibase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos ántes de mucho.

Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y dióselo á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien cria-

do : la ejecución quedó á cargo de Chiquiznaque , que sólo tomó término de aquella noche. Fuése muy satisfecho el caballero , y luégo Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados ; bajaron todos , y poniéndose Monipodio en medio dellos , sacó un libro de memorias que traía en la capilla de la capa , y dióselo á Rinconete que leyese , porque él no sabía leer. Abrióle Rinconete , y en la primera hoja vió que decía :

« *Memorial de las cuchilladas que se han de dar esta semana.* »

» La primera al mercader de la encrucijada : vale cincuenta escudos ; están recibidos treinta á buena cuenta. »
 » Secutor , Chiquiznaque. »

— No creo que hay otra , hijo , dijo Monipodio ; pasad adelante , y mirad donde dice : *Memorial de palos.*

Volvió la hoja Rinconete , y vió que en otra estaba escrito : *Memorial de palos.* Y más abajo decía :

« Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantía , á escudo cada uno : están dados á buena cuenta ocho : el término seis días. Secutor , Maniferro. »

— Bien podía borrarse esa partida , dijo Maniferro , porque esta noche traeré finiquito della.

— ¿ Hay más , hijo ? dijo Monipodio.

— Sí , otra , respondió Rinconete , que dice así :

« Al sastre corcobado , que por mal nombre se llama el Silguero , seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor , Desmochado. »

— Maravillado estoy , dijo Monipodio , cómo todavía está esa partida en ser ; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado , pues son dos dias pasados del término , y no ha dado puntada en esta obra.

— Yo le topé ayer , dijo Maniferro , y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el corcobado , no había cumplido con su débito.

— Eso creo yo bien , dijo Monipodio , porque tengo por tan buen oficial al Desmochado , que si no fuera por tan justo impedimento , ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿ Hay más , mocito ?

— No, señor, respondió Rinconete.

— Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes*.

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

« Memorial de agravios comunes; conviene á saber: re-domazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos, etc. »

— ¿ Qué dice más abajo? dijo Monipodio.

— Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa...*

— No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el *tu autem* y ejecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

— Así es la verdad, dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aún más abajo dice: *clavazón de cuernos*.

— Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa, ni á donde; que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo ménos más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sola una vez.

— El ejecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta.

— Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay más; que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el ejecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumplirás al pié de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte. Dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto más, que cada uno en su causa suele

ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

— Así es, dijo á esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda; que se va haciendo tarde, y va entrando el calor más que de paso.

— Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar á nadie. A Rinconete el Bueno y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la Torre del Oro por defuera de la ciudad hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores; que yo he visto á otros de ménos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes ménos. Este distrito os enseñará Ganchoso, y aunque os extendáis hasta San Sebastian y San Telmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía, y ofreciéronse á hacer su oficio con toda diligencia y recato.

Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, dónde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: « Rinconete y Cortadillo, cofrades; noviciado, ninguno; Rinconete, floreo, Cortadillo, bajón; » y el día, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto entró uno de los viejos abispones, y dijo:

— Vengo á decir á vuestas mercedes como agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y dícame que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás, y que por venir mal-

tratado no viene luego á registrarse y á dar la s3lita obediencia ; pero que el domingo ser3 aqu3 sin falta.

— Siempre se me asent3 3 mi , dijo Monipodio , que este Lobillo hab3a de ser 3nico en su arte , porque tiene las mejores y m3s acomodadas manos para ello que se pueden desear ; que para ser uno buen oficial en su oficio , tanto h3 menester los buenos instrumentos con que le ejercita , como el ingenio con que le aprende.

— Tambien top3 , dijo el viejo , en una casa de posadas , en la calle de Tintores , al Jud3o , en h3bito de cl3rigo , que se ha ido 3 posar all3 por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa , y querr3a ver si pudiese trabar juego con ellos , aunque fuese de poca cantidad , que de all3 podr3a venir 3 mucha : dice tambi3n que el domingo no faltar3 de la junta , y dar3 cuenta de su persona.

— Ese Jud3o tambi3n , dijo Monipodio , es gran sacre y tiene gran conocimiento : d3as h3 que no le he visto , y no lo hace bien ; pues 3 fe que si no se enmienda , que yo le deshaga la corona ; que no tiene m3s 3rdenes el ladron que las que tiene el Turco , ni sabe m3s latin que mi madre. ¿ Hay m3s de nuevo ?

— No , dijo el viejo , 3 lo m3nos que yo sepa.

— Pues sea en buen hora , dijo Monipodio ; voacedes tomen esta miseria (y reparti3 entre todos hasta cuarenta reales) , y el domingo no falte nadie , que no faltar3 nada de lo corrido.

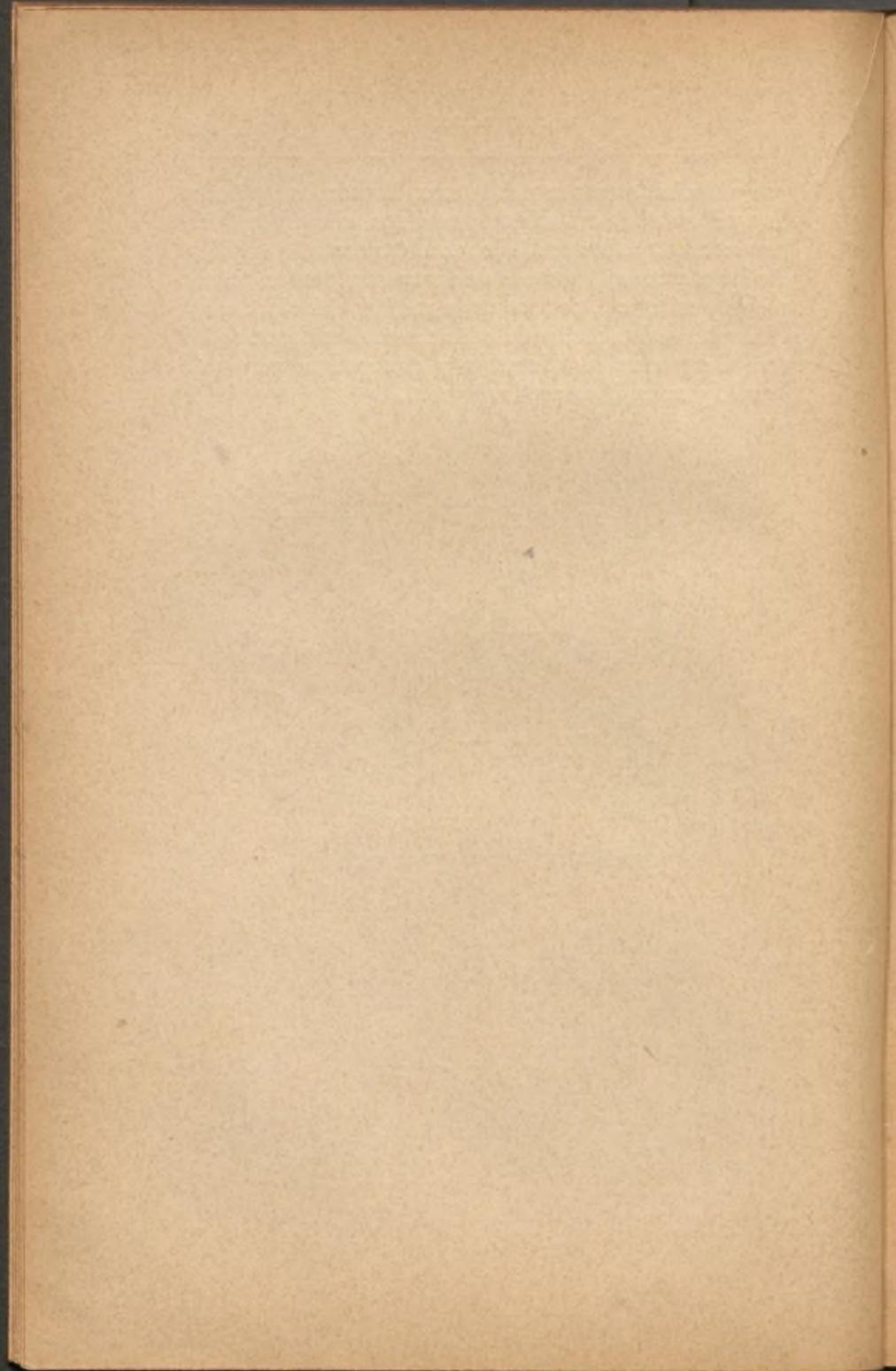
Todos le volvieron las gracias ; torn3ronse 3 abrazar Repolido y la Cariharta ; la Escalanta con Maniferro , y la Gananciosa con Chiquiznaque , concertando que aquella noche , despues de haber alzado de obra en la casa , se viesen en la de la Pipota , donde tambi3n dijo que ir3a Monipodio al registro de la canasta de colar , y que luego hab3a de ir 3 cumplir y borrar la partida de la miera. Abraz3 3 Rinconete y 3 Cortadillo , y ech3ndoles su bendici3n , los despidi3 , encarg3ndoles que no tuviesen jam3s posada cierta ni de asiento , porque as3 conven3a 3 la salud

de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lición de oposición acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural; y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído á Monipodio, y á los demás de su compañía y bendita comunidad; y más cuando por decir *per modum sufragii*, había dicho por modo de naufragio; y que *sacaban el estipendo*, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de *Tarpeya* y un tigre de *Ocaña*, por decir Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinte y cuatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y ofensas de Dios; y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida. No ménos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado; consideraba lo que había leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban; finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan

libre y disoluta ; pero con todo esto , llevado de sus pocos años y de su poca experiencia , pasó con ella adelante algunos meses , en los cuales le sucedieron cosas que piden más larga escritura , y así se deja para otra ocasión contar su vida y milagros , con los de su maestro Monipodio , y otros sucesos de aquellos de la infame academia , que todos serán de grande consideración y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren .

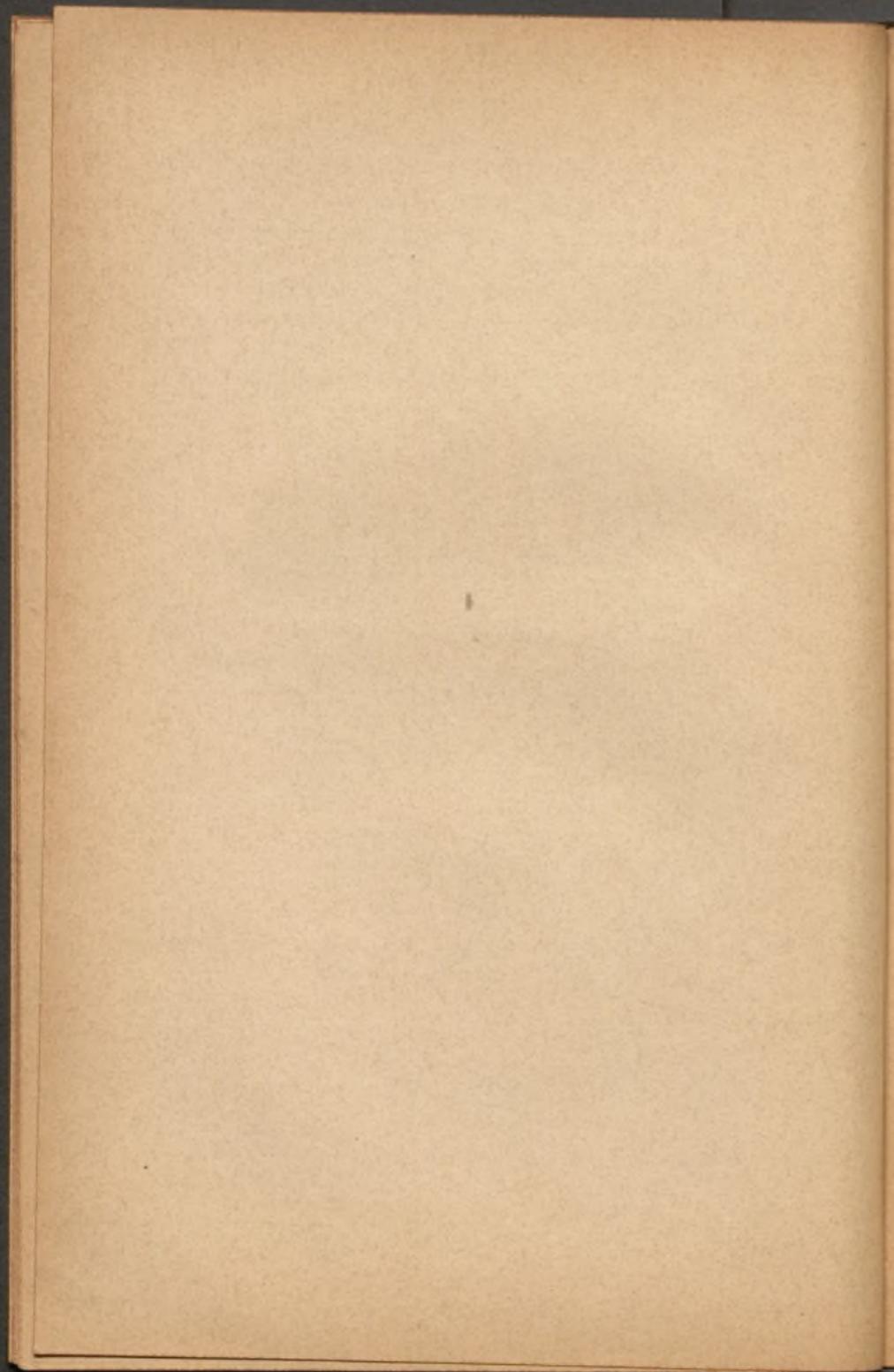




EL LICENCIADO VIDRIERA.

ILUSTRACIÓN DE

J. LUIS PELLICER.





EL LICENCIADO VIDRIERA.

PASEÁNDOSE dos caballeros estudiantes por las riberas del Tormes, hallaron en ellas, debajo de un árbol, durmiendo, á un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador: mandaron á un criado que le despertase; despertó, y preguntáronle de dónde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad; á lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado, y que iba á la ciudad de Salamanca á buscar un amo á quien servir por solo que le diese estudio. Preguntáronle si sabía leer, respondió que sí, y escribir también.

— Desamano, dijo uno de los caballeros, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria.

— Sea por lo que fuere, respondió el muchacho; que ni el della ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos y á ella.

— Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? preguntó el otro caballero.

— Con mis estudios, respondió el muchacho, siendo famoso por ellos; porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.

Esta respuesta movió á los dos caballeros á que le recibiesen y llevasen consigo, como lo hicieron dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella Universidad á los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el vestido, que debía de ser hijo de algun labrador pobre. A pocos días le vistieron de negro, y á pocas semanas dió Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo á sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia, que con no faltar un punto á sus estudios, parecía que solo se ocupaba en servirlos; y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor á tratarle bien, ya Tomás Rodaja no era criado de sus amos sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos, se hizo tan famoso en la Universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fué de leyes; pero en lo que más se mostraba era en letras humanas; y tenía tan felice memoria, que era cosa de espanto, é ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era ménos famoso por él que por ella.

Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios, y se fueron á su lugar, que era una de las mejores ciudades de Andalucía; lleváronse consigo á Tomás, y estuvo con ellos algunos días; pero como le fatigasen los deseos de volver á sus estudios y á Salamanca

(que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió á sus amos licencia para volverse. Ellos, corteses y liberales, se la dieron, acomodándole de suerte, que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

Despidióse dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga (que esta era la patria de sus señores), y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentil-hombre á caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados también á caballo. Juntóse con él, y supo como llevaba su mismo viaje; hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y á pocos lances dió Tomás muestras de su raro ingenio, y el caballero las dió de su bizarría y cortésano trato, y dijo que era capitán de infantería por su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca. Alabó la vida de la soldadesca, pintó-le muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujóle dulce y puntualmente el *aconcha*, *patron*; *pasa acá*, *manigoldo*; *venga la macarela*, *li polastri*, *é li macaroni*; puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolución, tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó á titubear, y la voluntad á aficionarse á aquella vida, que tan cerca tiene la muerte.

El capitán, que D. Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él á Italia, si quería

por curiosidad verla; que él le ofrecía su mesa, y aún si fuese necesario, su bandera, porque su alférez la había de dejar presto. Poco fué menester para que Tomás aceptase el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso, de que sería bueno ver á Italia y Flandes, y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos, y que en esto, á lo más largo, podía gastar tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver á sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él á Italia; pero había de ser con condición que no se había de sentar debajo de bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse á seguir su bandera. Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaría de los socorros y pagas que á la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

— Eso sería, dijo Tomás, ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán, y así, más quiero ir suelto que obligado.

— Conciencia tan escrupulosa, dijo D. Diego, más es de religioso que de soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas.

Llegaron aquella noche á Antequera, y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba á marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que les venían á mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pependencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios, y finalmente la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.

Habiase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose á lo de Dios es Cristo, como se suele decir. Los muchos libros que tenía los redujo á unas *Horas de Nuestra Señora*, y un *Garcilaso* sin comento, que en las dos faldriqueras llevaba. Llegaron más presto de lo que quisieran á Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia, y cada dia se topan cosas nuevas y gustosas. Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó tambien Tomás Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de León, que tuvieron dos, que la una los echó en Córcega, y la otra los volvió á Tolón, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras, llegaron á la hermosa y bellissima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido mandrache, despues de haber visitado una iglesia, dió el capitán con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente *gaudeamus*.

Allí conocieron la suavidad del Treviano, el grande valor del monte Frascón, la Ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos de Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la gran rusticidad de la chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huesped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelia, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, á Madrigal, Coca, Alaejos, y á la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa; ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Rivadavia y de Descargamaria. Finalmente, más vinos nombró el

huesped, y más les dió, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco.

Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las genovesas y la gentileza y gallarda disposición de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro día se desembarcaron todas las compañías que habían de ir al Piamonte; pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra á Roma y á Nápoles, como lo hizo, quedando de volver, por la gran Venecia y por Loreto, á Milán y al Piamonte, donde dijo D. Diego de Valdivia que le hallaría, si ya no los hubiesen llevado á Flandes, segun se decía. Despidióse Tomás del capitán de allí á dos días, y en cinco llegó á Florencia, habiendo visto primero á Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia, son bien vistos y agasajados los españoles.

Contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco rio y apacibles calles; estuvo en ella cuatro días, y luego se partió á Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo rio, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unas á otras, y por sus calles, que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras deste jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el

Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó y puso en su punto. Y habiendo andado la estación de las siete iglesias,



y confesándose con un penitenciaro, y besado el pié de Su Santidad, lleno de *agnusdei* y cuentas, determinó irse á Nápoles, y por ser tiempo de mutación, malo y dañoso para todos los que en él entran ó salen de Roma, como hayan caminado por tierra, se fué por mar á Nápoles, donde á la admiración que traía de haber visto á Roma, añadió la que le causó ver á Nápoles, ciudad, á su pare-

cer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo.

Desde allí se fué á Sicilia ; y vió á Palermo , y despues á Mesina ; de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto , y de toda la isla la abundancia , por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse á Nápoles y á Roma , y de allí fué á Nuestra Señora de Loreto , en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas , porque todas estaban cubiertas de muletas , de mortajas , de cadenas , de grillos , de esposas , de cabelleras , de medios bultos de cera y de pinturas y retablos , que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios por intercesión de su divina Madre , que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros , en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron y no entendieron todos los cielos y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas.

Desde allí , embarcándose en Ancona , fué á Venecia , ciudad que , á no haber nacido Colón en el mundo , no tuviera en él semejante , merced al cielo y al gran Hernando Cortés , que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quién se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles , que son todas de agua : la de Europa , admiración del mundo antiguo ; la de América , espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita , su gobierno prudente , su sitio inexpugnable , su abundancia mucha , sus contornos alegres , y finalmente , toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende , dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal , que es el lugar

donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número.

Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso viajero en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento. Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió á Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia; ciudad, en fin, de quién se dice que puede decir y hacer; haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias. Desde allí se fué á Aste, y llegó á tiempo que otro día marchaba el tercio á Flandes. Fué muy bien recibido de su amigo el capitán, y en su compañía y camarada pasó á Flandes y llegó á Amberes, ciudad no ménos para maravillar que las que había visto en Italia. Vió á Gante y á Bruselas, y vió que todo el país se disponía á tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente; y habiendo cumplido con el deseo que le movió á ver lo que había visto, determinó volverse á España y á Salamanca á acabar sus estudios; y como lo pensó, lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó, al tiempo de despedirse, le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometióselo así como lo pedía, y por Francia volvió á España, sin haber visto á París, por estar puesta en armas. En fin, llegó á Salamanca, donde fué bien recibido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó á aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luégo á la ña-gaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar *vademecum* que no la visitase. Dijéronle á Tomás que aquella dama decía que había estado en Italia y en Flandes, y por ver si la conocía fué á visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomás; y él, sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros, no que-

ría entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda; pero como él atendía más á sus libros que á otros pasatiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora, la cual, viéndose desdeñada y á su parecer aborrecida, y que por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos, á su parecer más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos; y así, aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dió á Tomás unos destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad á quererla; como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío; y así, las que dan estas bebidas ó comidas amoratorias se llaman *venéficas*, porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno á quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tal mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó á herir de pié y de mano como si tuviera alferecía, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda que un membrillo que había comido le había muerto, y declaró quién se lo había dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fué á buscar la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se había puesto en cobro, y no pareció jamás.

Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos; y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento, porque quedó sano, y loco de la más extraña locura que entre las locuras hasta entónces se había visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba á él daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones con-

certadas que no se le acercasen, porque le quebrarian; que real y verdaderamente él no era como los otros hombres; que todo era de vidrio, de piés á cabeza.



Para sacarle desta extraña imaginación, muchos, sin atender á sus voces y rogativas, arremetieron á él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeara en esto era que el pobre se echaba en el suelo dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo del cual no volvía en sí en cuatro horas, y cuando volvía era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decía que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque á todo les respondería con más entendimiento, por ser

hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con más prontitud y eficacia que no por la del cuerpo, pesada y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, á las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio; cosa que causó admiración á los más letrados de la universidad y á los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como era el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza.

Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algún vestido estrecho no se quebrase; y así le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodón. No quiso calzarse zapatos en ninguna manera, y el orden que tuvo para que le diesen de comer sin que á él llegasen, fue poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponían alguna cosa de fruta de las que la sazón del tiempo ofrecía. Carne ni pescado no lo quería; no bebía sino en fuente ó en río, y esto con las manos: cuando andaba por las calles, iba por la mitad dellas, mirando á los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase; los veranos dormía en el campo á cielo abierto, y los inviernos se metía en algún mesón, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la más propia y más segura cama que podían tener los hombres de vidrio. Cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salía al campo, y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad. Tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo; pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedía, que era le dejaran andar libre, y así le dejaron, y él salió por la ciudad, causando admiración y lástima á todos los que le conocían.

Cercáronle luégo los muchachos; pero él con la vara los detenía y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase; que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la más traviesa generación del mundo, á despecho de sus ruegos y voces, le comenzaron á tirar trapos y aun piedras, por ver si era de vidrio, como él decía; pero él daba tantas voces y hacía tales extremos, que movía á los hombres á que riñesen y castigasen á los muchachos porque no le tirasen. Mas un día, que le fatigaron mucho, se volvió á ellos, diciendo:

—¿Qué me quereis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo por ventura el monte Testacho de Roma, para que me tireis tantos tiestos y tejas?

Por oírle reñir y responder á todos, le seguían siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido antes oírle que tiralle. Pasando, pues, una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera:

—En mi ánima, señor licenciado, que me pesa de su desgracia; pero ¿qué haré, que no puedo llorar?

Él se volvió á ella, y muy mesurado le dijo:

—*Filiæ Hierusalem, plorate super vos, et super filios vestros.*

Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, y díjole:

—Hermano Licenciado Vidriera (que así decía él que se llamaba), más teneis de bellaco que de loco.

—No se me da un ardite, respondió él, como no tenga nada de necio.

Pasando un día por la casa llana y venta comun, vió que estaban á la puerta della muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás, que estaban alojados en el mesón del Infierno.

Preguntóle uno que qué consejo ó consuelo daría á un amigo suyo, que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro. A lo cual respondió:

— Dile que dé gracias á Dios por haber permitido le llevasen de casa á su enemigo.

— Luego ¿ no irá á buscarla ? dijo el otro.

— Ni por pienso , replicó Vidriera , porque sería el hallarla hallar un perpétuo y verdadero testigo de su deshonra.

— Ya que eso sea así , dijo el mismo , ¿ que haré yo para tener paz con mi mujer ?

Respondióle :

— Dale lo que hubiere menester , déjala que mande á todos los de tu casa , pero no sufras que ella te mande á tí.

Dijole un muchacho :

— Señor Licenciado Vidriera , yo me quiero desgarrar de mi padre , porque me azota muchas veces.

Y respondióle :

— Advierte , niño , que los azotes que los padres dan á los hijos honran , y los del verdugo afrentan.

Estando á la puerta de una iglesia , vió que entraba en ella un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos , y detrás dél venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero , y el Licenciado dió grandes voces al labrador , diciendo :

— Esperad , Domingo , á que pase el sábado.

De los maestros de escuela decía que eran dichosos , pues trataban siempre con ángeles , y que fueran dichosísimos si los angelitos no fueran mocosos. Otro le preguntó que qué le parecía de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las apartadas , sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se extendieron por toda Castilla , y llegando á noticia de un príncipe ó señor que estaba en la corte , quiso enviar por él , y encargóselo á un caballero amigo suyo , que estaba en Salamanca , que se lo enviase , y topándole el caballero un día , le dijo :

— Sepa el señor Licenciado Vidriera que un gran personaje de la corte le quiere ver y envia por él.

A lo cual respondió :

— Vuesa merced me excuse con ese señor : que yo no soy bueno para palacio , porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.

Con todo esto , el caballero le envió á la corte , y para traerle usaron con él desta invención : pusiéronle en unas argueñas de paja como aquellas donde llevan el vidrio , igualando los tercios con piedras , y entre paja puestos algunos vidrios , porque se diese á entender que como vaso de vidrio lo llevaban. Llegó á Valladolid , entró de noche , y desembanastáronle en la casa del señor que habia enviado por él , de quien fué muy bien recibido , diciéndole :

— Sea muy bien venido el señor Licenciado Vidriera. ¿ Cómo ha ido en el camino ? ¿ Cómo va de salud ?

Á lo cual respondió :

— Ningun camino hay malo como se acabe , sino es el que va á la horca : de salud estoy neutral , porque están encontrados mis pulsos con mi cerebro.

Otro día , habiendo visto en muchas alcandaras muchos neblies y azores y otros pájaros de volatería , dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores ; pero que advirtiesen que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho á más de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa , y más cuando se cazaba con galgos prestados.

El caballero gustó de su locura , y dejóle salir por la ciudad debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal , de los cuales y de toda la corte fué conocido en seis días , y á cada paso , en cada calle y en cualquiera esquina , respondía á todas las preguntas que le hacían , entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta , porque le parecía que tenia ingenio para todo. A lo cual respondió :

— Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.

— No entiendo eso de necio y venturoso , dijo el estudiante.

Y respondió Vidriera:

—No he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno.

Preguntóle otro estudiante que en qué estimación tenía á los poetas. Respondió que á la ciencia en mucha, pero que á los poetas en ninguna. Replicáronle que por qué decía aquello. Respondió que del infinito número de poetas que había, eran tan pocos los buenos, que casi no hacían número; y así, como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las ciencias; porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla. Añadió más:

—Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio que dicen:

*Cura Deum fuerunt olim Regumque poeta:
Præmiaque antiqui magna tulere chori.
Santæque majestas, et erat venerabile nomen
Vatibus: et largæ sæpe dabantur opes.*

Y ménos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses, y dellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis: agitante calescimus illo.

Y tambien dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir, sino que son la idiotez y la arrogancia del mundo? Y añadió más: ¿Qué es ver á un poeta destos en la primera impresión, cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas

que les hace, diciendo: «Vuestas mercedes escuchen un sonetillo que anoche á cierta ocasión hice, que á mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito?» Y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono meliflúo y alfeñicado. Y si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes, no se le alaban, dice: «O vuestas mercedes no han entendido el soneto, ó yo no le he sabido decir; y así será bien recitarle otra vez, y que vuestas mercedes le presten más atención, porque en verdad, en verdad, que el soneto lo merece;» y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues, ¿qué es verlos censurar los unos á los otros? ¿Qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos á los mastinazos antiguos y graves? Y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sugetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende, y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitiales?

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas por la mayor parte eran pobres. Respondió que porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas, y mas, que lo que sus plantas pisaban,

por dura y estéril tierra que fuese, al momento producía jazmines y rosas; que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas y otras cosas decía de los malos poetas; que de los buenos siempre dijo bien, y los levantó sobre el cuerno de la luna.

Vió un día en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban la naturaleza, pero que los malos la vomitaban. Arrimóse un día, con grandísimo tiento porque no se quebrase, á la tienda de un librero, y díjole:

—Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene.

Preguntóle el librero se la dijese. Respondió:

—Los melindres que hacen cuando compran el privilegio de un libro, y la burla que hacen á su autor si acaso le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos.

Acaeció este mismo día que pasaron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregón: «Al primero por ladrón,» dió grandes voces á los que estaban delante dél, diciéndoles:

—Apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros.

Y cuando elregonero llegó á decir: «Al trasero,» dijo:

—Aquel debe de ser el fiador de los muchachos.

Un muchacho le dijo:

—Hermano Vidriera, mañana sacan á azotar á una alcahueta.

Respondióle:

—Si dijeras que sacaban á azotar á un alcahuete, entendiera que sacaban á azotar un coche.

Hallóse allí uno destos que llevan sillas de manos, y díjole:

— De nosotros, Licenciado, ¿no teneis qué decir?

— No, respondió Vidriera, sino que sabe cada uno de vosotros más pecados que un confesor; mas es con esta diferencia: que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas.

Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino, y dijole:

— De nosotros, Sr. Redoma, poco ó nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república.

A lo cual respondió Vidriera:

— La honra del amo descubre la del criado; según esto, mira á quién sirves, y verás cuán honrado eres: mozos sois vosotros de la más ruin canalla que sustenta la tierra. Una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler tal, que le conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano. Todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes, su punta de cacos, y su es no es de truhanes: si sus amos (que así llaman ellos á los que llevan en sus mulas) son boquimuelles, hacen más suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasados; si son extranjeros, los roban; si estudiantes, los maldicen; si religiosos, los reniegan; y si soldados, los tiemblan. Estos, y los marineros, y carreteros, y arrieros, tienen un modo de vivir extraordinario y solo para ellos: el carretero pasa lo más de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco más debe de haber del yugo de las mulas á la boca del carro; canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega; y en decir: «Háganse á zaga,» se les pasa otra gran parte; y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algun atodallero, más se ayudan de dos pésetes que de tres mulas. Los marineros son gente gentil é inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos; en la bonanza son diligentes, y en la borrasca perezosos; en la tormenta mandan muchos y obe-

decen pocos ; su Dios es su arca y su rancho , y su pasatiempo ver mareados á los pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se ha casado con las enjaldas ; son tan diligentes y presurosos , que á trueco de no perder la jornada , perderán el alma ; su música es la del mortero , su salsa la hambre , sus maitines levantarse á dar sus piensos , y sus misas no oír ninguna.



Cuando esto decía estaba á la puerta de un boticario , y volviéndose al dueño , le dijo :

— Vuesa merced tiene un saludable oficio , si no fuese tan enemigo de sus candiles.

— ¿ En qué modo soy enemigo de mis candiles ? preguntó el boticario.

Y respondió Vidriera :

— Esto digo , porque en faltando cualquiera aceite , la suple la del candil que está más á mano ; y aun tiene otra

cosa este oficio , bastante á quitar el crédito al más acertado médico del mundo.

Preguntándole por qué , respondió que había boticario que por no decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico , por las cosas que le faltaban ponía otras que á su parecer tenían la misma virtud y calidad , no siendo así ; y con esto la medicina obraba al revés de lo que había de obrar. Preguntóle entónces uno que qué sentía de los médicos , y respondió esto :

— *Honora medicum propter necessitatem , etenim creavit eum Altissimus : á Deo enim est omnis medela , et á Rege accipiet donationem. Disciplina medici exaltavit caput illius , et in conspectu magnatum collaudabitur. Altissimus de terra creavit medicinam , et vir prudens non abhorrebit illam.* Esto dice , dijo , el *Eclesiástico* , de la medicina y de los buenos médicos , y de los malos se podría decir todo al revés , porque no hay gente más dañosa á la república que ellos. El juez nos puede torcer ó dilatar la justicia ; el letrado sustentar por su interés nuestra injusta demanda ; el mercader chuparnos la hacienda ; finalmente , todas las personas con quien de necesidad tratamos , nos pueden hacer algun daño ; pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al temor del castigo , ninguno : sólo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y á pié quedo , sin desenvainar otra espada que la de un récipe ; y no hay descubrirse sus delitos , porque al momento los meten debajo de la tierra. Acuérdaseme que cuando yo era hombre de carne , y no de vidrio , como agora soy , que á un médico destos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro , y el primero de allí á cuatro días acertó á pasar por la botica donde recetaba el segundo , y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él había dejado , y que si le había recetado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que allí tenía una receta de purga , que el día siguiente habia de tomar el enfermo ; dijo que se la mostrase , y vió que al fin della estaba escrito : *Sumat*

diluculo, y dijo: «Todo lo que lleva esta purga me contenta, sino es este *diluculo*, porque es húmido demasiadamente.»

Por estas y otras cosas que decía de todos los oficios se andaban tras él, sin hacerle mal y sin dejarle sosegar; pero con todo esto no se pudiera defender de los muchachos, si su guardian no le defendiera. Preguntóle uno qué haría para no tener envidia á nadie. Respondióle:

—Duerme, que todo el tiempo que durmieres, serás igual al que envidias.

Otro le preguntó qué remedio tendría para salir con una comisión que había dos años que la pretendía. Y díjole:

—Parte á caballo y á la mira de quien la lleva, y acompañaile hasta salir de la ciudad, y así saldrás con ella.

Pasó acaso una vez por delante donde él estaba un juez de comisión, que iba de camino á una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles; preguntó quién era, y como se lo dijeron, dijo:

—Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la tinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comisión. Yo me acuerdo haber tenido un amigo que, en una comisión criminal que tuvo, dió una sentencia tan exorbitante, que excedía en muchos quilates á la culpa de los delincuentes. Preguntéle que por qué había dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondióme que pensaba otorgar la apelación, y que con esto dejaba campo abierto á los señores del Consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigorosa sentencia en su punto y debida proporción. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran á él por juez recto y acertado.

En la rueda de la mucha gente que, como se ha dicho, siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en há-

bito de letrado, al cual otro le llamó señor Licenciado; y sabiendo Vidriera que el tal á quien llamaron licenciado no tenía ni aun título de bachiller, le dijo:

—Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redención de cautivos, que os le llevarán por mostrenco.

A lo cual dijo el amigo:

—Tratémonos bien, Sr. Vidriera, pues ya sabéis vos que soy hombre de altas y de profundas letras.

Respondióle Vidriera:

—Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcanzáis de profundas.

Estando una vez arrimado á la tienda de un sastre, vióle que estaba mano sobre mano, y díjole:

—Sin duda, señor maese, que estáis en camino de salvación.

—¿En qué lo véis? preguntó el sastre.

—¿En qué lo veo? respondió Vidriera; véolo en que pues no tenéis que hacer, no tendréis ocasión de mentir.

Y añadió:

—Desdichado del sastre que no miente, y cose las fiestas: cosa maravillosa es; que casi en todos los deste oficio apenas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores.

De los zapateros decía que jamás hacían conforme á su parecer zapato malo; porque si al que se le calzaba venía estrecho y apretado, le decían que así había de ser, por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas, vendrían más anchos que alpargates; y si le venían anchos, decían que así habían de venir, por amor de la gota.

Un muchacho agudo, que escribía en un oficio de provincia, le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traía nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba y á todo respondía. Éste le dijo una vez:

—Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado á ahorcar.

A lo cual respondió :

— Él hizo bien á darse prisa á morir antes que el verdugo se sentara sobre él.

En la acera de San Francisco estaba un corro de genoveses , y pasando por allí , uno de ellos le llamó , diciéndole :

— Lléguese acá el señor Vidriera , y cuéntenos un cuento.

Él respondió :

— No quiero, porque no me le paséis á Génova.

Topó una vez á una tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea , pero muy llena de dijes , de galas y de perlas , y dijole á la madre :

— Muy bien habéis hecho en empedrarla , porque se pueda pasear.

De los pasteleros dijo que había muchos años que jugaban á la dobladilla , sin que les llevasen la pena porque habían hecho el pastel de á dos de á cuatro , el de á cuatro de á ocho , y el de á ocho de á medio real , por sólo su albedrío y beneplácito. De los titireros decía mil males: decía que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas , porque con las figuras que mostraban en sus teatros volvían la devoción en risa , y que les acontecía envasar en un costal todas ó las más figuras del testamento viejo y nuevo , y sentarse sobre él á comer y beber en los bodegones y tabernas ; en resolución , decía que se maravillaba de cómo quien podía no les ponía perpetuo silencio en sus retablos , ó los desterraba del reino.

Acertó á pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe , y en viéndole , dijo :

— Yo me acuerdo haber visto á éste salir al teatro enharinado el rostro y vestido un zamarro del revés , y con todo esto , á cada paso , fuera del tablado , jura á fe de hijodalgo.

— Débelo de ser , respondió uno , porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijodalgo.

— Así será verdad, replicó Vidriera; pero lo que menos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hombres y de expeditas lenguas. También sé decir dellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando continuo de memoria, hechos perpétuos gitanos de lugar en lugar, desvelándose en contentar á otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio. Tienen más: que con su oficio no engañan á nadie, pues por momentos sacan su mercadería á pública plaza. El trábajo de los autores es increíble, y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados, que les sea forzoso hacer pleito de acreedores; y con todo esto, son necesarios en las repúblicas, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreación, y como lo son las cosas que honestamente recreán.

Decía que había sido opinión de un amigo suyo que el que servía á una comedianta, en solo una servía á muchas damas juntas, como era á una reina, á una ninfa, á una diosa, á una fregona, á una pastora, y muchas veces caía la suerte en que sirviese en ella á un paje y á un lacayo; que todas estas y más figuras suele hacer una farsante.

Preguntóle uno que cuál había sido el más dichoso del mundo. Respondió que *Nemo*; porque *Nemo novit patrem*; *Nemo sine crimine vivit*; *Nemo sua sorte contentus*; *Nemo ascendit in cælum*. De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia ó arte, que cuando la habian menester no la sabian, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querían reducir á demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios. Con los que se teñían las barbas tenia particular enemistad; y riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugués, éste dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenia muy teñidas:

— *Por istas barbas que teño no rostro...*

A lo cual acudió Vidriera, y dijo:

— Olhay , homen , naon digais teño , sino tiño.

Otro traía las barbas jaspeadas y de muchos colores , culpa de la mala tinta ; á quien dijo Vidriera que tenía las barbas de muladar overo. A otro que traía las barbas por mitad blancas y negras , por haberse descuidado, y los cañones crecidos , le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie , porque estaba aparejado á que le dijese que mentía por la mitad de la barba.

Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida , por acudir á la voluntad de sus padres , dió el sí de casarse con un viejo todo cano , el cual la noche antes del día del desposorio se fué , no al rio Jordan , como dicen las viejas , sino á la redomilla del agua fuerte y plata , con que renovó de manera su barba , que la acostó de nieve y la levantó de pez. Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo á sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habían mostrado ; que no quería otro. Ellos le dijeron que aquel que tenía delante era el mismo que le habían mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era , y trujo testigos cómo el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas , y que pues el presente no las tenía , no era él , y se llamaba á engaño. Atúvose á esto , corrióse el teñido, y deshizose el casamiento.

Con las dueñas tenía la misma ojeriza que con los esca-bechados ; decía maravillas de su *permafoy* , de las mortajas de sus tocas , de sus muchos melindres , de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria ; amohinábanle sus flaquezas de estómago , sus vaguidos de cabeza , su modo de hablar con más repulgos que sus tocas , y finalmente su inutilidad y sus vainillas.

Uno le dijo :

— ¿ Qué es esto , señor Licenciado , que os he oido decir mal de muchos oficios , y jamás lo habéis dicho de los escribanos , habiendo tanto que decir ?

A lo cual respondió :

— Aunque de vidrio , no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo , las más veces engañado. Paréceme á mí que la gramática de los murmuradores , y el la, la, la de los que cantan , son los escribanos ; porque así como no se puede pasar á otras ciencias si no es por la puerta de la gramática , y como el músico primero murmura que canta , así los maldicientes por donde comienzan á mostrar la malignidad de sus lenguas , es por decir mal de los escribanos y alguaciles y de los otros ministros de la justicia , siendo un oficio el del escribano , sin el cual andaría la verdad por el mundo á sombra de tejados , corrida y maltratada ; y así dice el *Eclesiástico* : *In manu Dei potestas hominis est , et super faciem scribae imponet honorem*. Es el escribano persona pública , y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres , y no esclavos ni hijos de esclavos ; legítimos , no bastardos , ni de ninguna mala raza nacidos. Juran secreto , fidelidad y que no harán escritura usuraria ; que ni amistad ni enemistad , provecho ó daño les moverá á no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere , ¿ por qué se ha de pensar que de más veinte mil escribanos que hay en España se lleve el diablo la cosecha , como si fuesen cepas de su majuelo ? No lo quiero creer , ni es bien que ninguno lo crea ; porque , finalmente , digo que es la gente más necesaria que había en las repúblicas bien ordenadas , y que si llevaban demasiados derechos , también hacían demasiados tuertos , y que de estos dos extremos podía resultar un medio que les hiciese mirar por el virote.

De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos , siendo su oficio ó prenderte , ó sacarte la hacienda de casa , ó tenerte la suya en guarda , y comer á tu costa. Tachaba la negligencia é ignorancia de los procuradores y solicitadores , comparándolos á los médicos , los cuales , que sane ó no sane el enfermo , ellos lle-

van su propina; y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan ó no salgan con el pleito que ayudan.

Preguntóle uno cuál era la mejor tierra. Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro: « No pregunto eso, sino que cuál es el mejor lugar, Valladolid ó Madrid. » Y respondió: « De Madrid los extremos: de Valladolid los medios. » « No lo entiendo, » repitió el que se lo preguntaba; y dijo: « De Madrid cielo y suelo; de Valladolid los entresuelos. »

Oyó Vidriera que dijo un hombre á otro, que así como había entrado en Valladolid había caído su mujer muy enferma, porque la había probado la tierra. A lo cual dijo Vidriera: « Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa. » De los músicos y de los correos de á pié decía que tenían las esperanzas y las suertes limitadas, porque los unos la acababan con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser músicos del Rey. De las damas que llaman cortesanas, decía que todas ó las más tenían más de corteses que de sanas. Estando un día en una iglesia vió que traían á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño y á velar á una mujer, todo á un mismo tiempo, y dijo que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen y las mujeres triunfan.

Picábale una vez una abispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero con todo eso se quejaba. Preguntóle uno que cómo sentía aquella abispa, si era su cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella abispa debía de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio. Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes: « De hético no se puede mover el padre. » Enojóse Vidriera, y dijo: « Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere cristos meos*; » y subiéndose más en cólera, dijo que mirasen en ello, y verían que de muchos santos



que de pocos años á esta parte había canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitán don Fulano, ni el secretario don Tal de don Tales, ni el Conde, Marqués ó Duque de tal parte, sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Decía que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila, que róen y menoscaban todas las de las otras aves que á ellas se juntan. De los gariteros y tahures decía milagros: decía que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese y que pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahir, que estaba toda una noche jugando y perdiendo, y con ser de condición colérico y endemoniado, á truco de que su

contrario no se alzase, no descosía la boca, y sufría lo que un mártir de Barrabás. Alababa también las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginación consentían que en su casa se jugase otros juegos que polla y cientos; y con esto, á fuego lento, sin temor y nota de malsines, sacaban al cabo del mes más barato que los que consentían los juegos de estocada, del reparólo, siete y llevar, y pinta en la del punto. En resolución, él decía tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban ó á él se arribaban, por el hábito que traía, por la estrechez de su comida, por el modo con que bebía, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los más cuerdos del mundo.

Dos años ó poco más duró en esta enfermedad, porque un religioso de la orden de San Jerónimo, que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento y discurso; y así como le vió sano, le vistió como á letrado, y le hizo volver á la corte, adonde, con dar tantas muestras de cuerdo como las había dado de loco, podía usar su oficio y hacerse famoso por él. Hizolo así, y llamándose el Licenciado Rueda, no Rodaja, volvió á la corte, donde apenas hubo entrado, cuando fué conocido de los muchachos; mas cuando le vieron en tan diferente hábito del que solía, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decían unos á otros: «¿Este no es el loco Vidriera? A fe que es él; ya viene cuerdo, pero también puede ser loco bien vestido como mal vestido: preguntémosle algo, y salgamos de esta confusión.» Todo esto oía el Licenciado, y callaba, y iba más confuso y más corrido que cuando estaba sin juicio.

Pasó el conocimiento de los muchachos á los hombres, y antes que el Licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí más de doscientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era más que el de un catedrático, llegó al patio, donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban. Él, viéndose con tanta turba á la redonda, alzó la voz y dijo:

— Señores, soy yo el Licenciado Vidriera, pero no el que solía; soy ahora el Licenciado Rueda. Sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permisión del cielo me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto: por las cosas que dicen que dije cuando loco, podéis considerar las que diré y haré cuando cuerdo. Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza, y adonde llevé segundo en licencias; de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dió el grado que tengo. Aquí he venido á este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida, pero si no me dejáis, habré venido á abogar y granjear la muerte: por amor de Dios, que no hagáis que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo. Lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondía bien, segun dicen, de improviso, os responderá mejor de pensado.

Escucháronle todos, y dejáronle algunos. Volvióse á su posada con poco ménos acompañamiento que había llevado.

Salió otro día, y fué lo mismo: hizo otro sermón, y no sirvió de nada. Perdía mucho, y no ganaba cosa; y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse á Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podía valer de las de su ingenio; y poniéndolo en efecto, dijo, al salir de la corte:

— ¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos;

sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos!

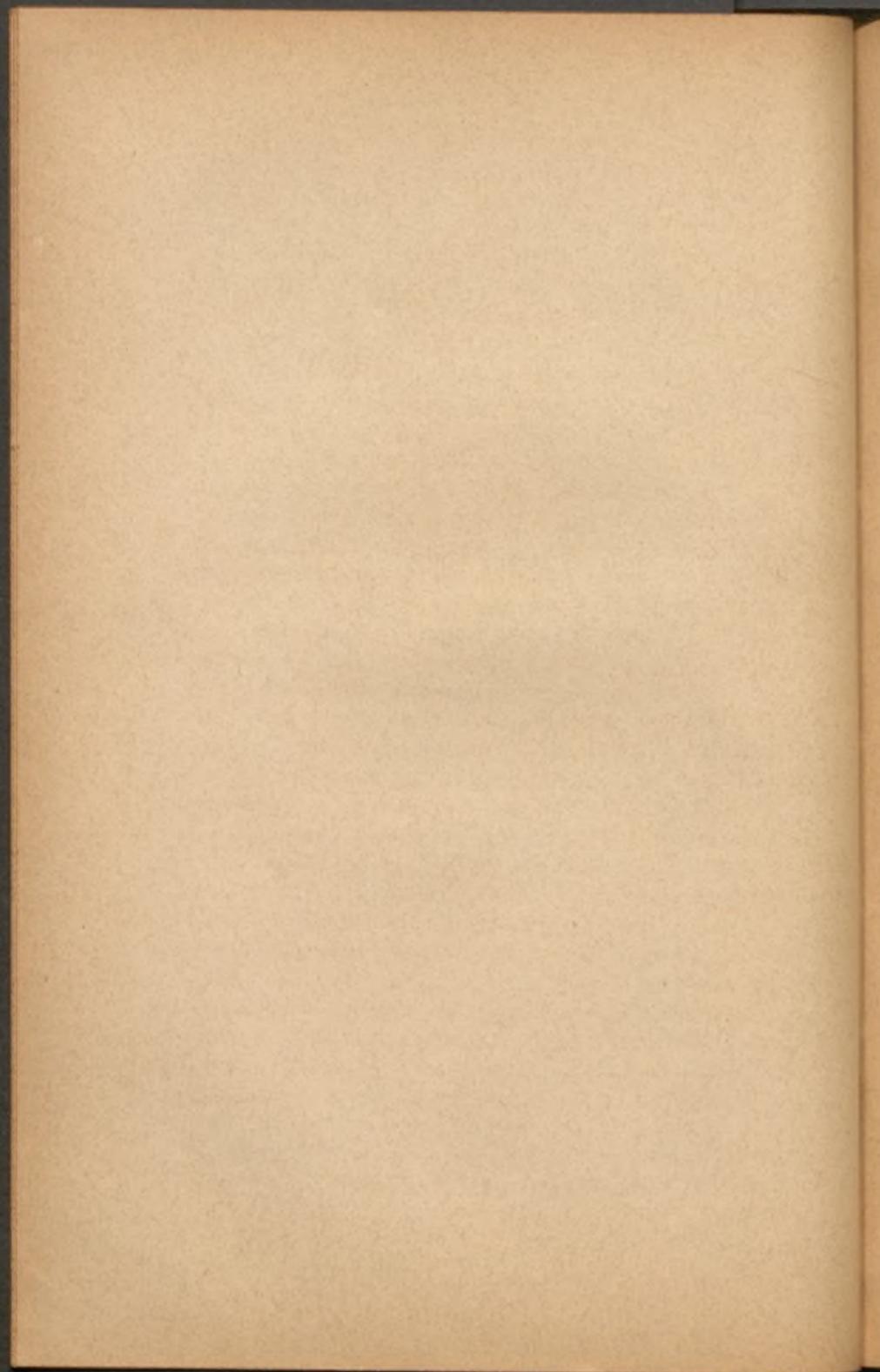
Esto dijo, y se fué á Flandes, donde la vida que había comenzado á eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.



LA GITANILLA.

ILUSTRACIÓN DE

ROSENDO NOBAS.





LA GITANILLA.

PARECE que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte. Una, pues, de esta nación, gitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quién puso nombre Preciosa, y á quién enseñó todas sus gitanerías y modos de embelecocos

y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos; y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba, no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada; y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes con ser aguda, era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana, vieja ni moza, cantar cantares lascivos ni decir palabras no buenas; y finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho y enseñarle á vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas, y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias, en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta, habían de ser felicísimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y así se los procuró y buscó por todas las vías que pudo, y no faltó poeta que se los diese; que también hay poetas que se acomodan con gitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros y van á la parte de la ganancia. De todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa.

Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la corte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los gitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo

se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid fué un día de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano, gran bailarín, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal, que poco á poco fué enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el són del tamboril y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Gitanilla, y corrían los muchachos á verla y los hombres á mirarla; pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, allí fué ello, allí sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de comun consentimiento de los diputados de la fiesta, desde luégo le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron á hacerla en la iglesia de Santa María, delante de la imagen de la gloriosa Santa Ana, después de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al són de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

Arbol preciosísimo,
 Que tardó en dar fruto
 Años que pudieron
 Cubrirle de luto,
 Y hacer los descos
 Del consorte puros,
 Contra su esperanza
 No muy bien seguros;
 De cuyo tardarse
 Nació aquel disgusto,
 Que lanzó del templo
 Al varon más justo;
 Santa tierra estéril,
 Que al cabo produjo

Toda la abundancia
Que sustenta el mundo ;
Casa de moneda ,
Do se forjó el cuño
Que dió á Dios la forma
Que como hombre tuvo ;
Madre de una hija ,
En quien quiso y pudo
Mostrar Dios grandezas
Sobre humano curso :
Por vos y por ella
Sois , Ana , el refugio
Do van por remedio
Nuestros infortunios.
En cierta manera
Teneis , no lo dudo ,
Sobre el nieto imperio
Piadoso y justo.
A ser comunera
Del alcázar sumo ,
Fueran mil parientes
Con vos de consuno.
¡ Qué hija y qué nieto
Y ¡ qué yerno ! Al punto ,
A ser causa justa ,
Cantárades triunfos.
Pero vos , humilde ,
Fuistes el estudio
Donde vuestra Hija
Hizo humildes cursos ;
Y agora á su lado ,
A Dios el más junto
Gozáis , de la alteza
Que apenas barrunto.

El cantar de Preciosa fué para admirar á cuantos la escuchaban. Unos decían : « Dios te bendiga, la muchacha. » Otros : « Lástima es que esta mozuela sea gitana ; en verdad , en verdad que merecía ser hija de un gran señor. » Otros había más groseros que decían : « Dejen crecer á la rapaza, que ella hará de las suyas : á fé que se va añudando en ella gentil red barredera para pescar corazones. » Otro más humano , más basto , y más modorro , viéndola andar tan ligera en el baile , le dijo : « Á ello , hija , á ello ; andad , amores, y pisad el polvito á tan menudito. » Y ella respondió sin dejar el baile : « Y pisarélo yo á tan menudó. »

Acabáronse las vísperas y las fiestas de Santa Ana , y quedó Preciosa algo cansada ; pero tan celebrada de hermosa , de aguda, y de discreta y de bailadora , que á corrillos se hablaba della en toda la corte. De allí á quince días volvió á Madrid con otras tres muchachas, con sonajas y con un baile nuevo , todas apercibidas de romances y de cantarillos alegres , pero todos honestos ; que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás, y muchos miraron en ello y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba della la gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despavilasen y traspusiesen ; llamábala nieta , y ella la tenía por abuela. Pusiéronse á bailar á la sombra en la calle de Toledo , y de los que las venían siguiendo se hizo luégo un gran corro , y en tanto que bailaban , la vieja pedía limosna á los circunstantes , y llovían en ella ochavos y cuartos como piedras á tablado ; que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida.

Acabado el baile , dijo Preciosa :

— Si me dan cuatro cuartos , les cantaré un romance yo sola , lindísimo en extremo , que trata de cuando la Reina , nuestra señora , Margarita salió á misa de parida en Valladolid y fué á San Llorente: dígoles que es famoso, y compuesto por un poeta de los del número , como capitán de batallón.

Apenas hubo dicho esto , cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron á voces : Cántale , Preciosa , y aquí mis cuatro cuartos ; » y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos á cogerlos. Hecho, pues , su agosto y su vendimia , replicó Preciosa sus sonajas , y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance :

Salió à misa de parida
 La mayor Reina de Europa ,
 En el valor y en el nombre
 Rica y admirable joya.
 Como los ojos se lleva ,
 Se lleva las almas todas
 De cuantos miran y admiran
 Su devoción y su pompa.
 Y para mostrar que es parte
 Del cielo en la tierra toda ,
 A un lado lleva el sol de Austria ,
 Al otro la tierna aurora.
 A sus espaldas la sigue
 Un lucero que á deshora
 Salió la noche del día,
 Que el cielo y la tierra lloran.
 Y si en el cielo hay estrellas
 Que lucientes carros forman ,
 En otros carros su cielo
 Vivas estrellas adornan.
 Aquí el anciano Saturno
 La barba pule y remoja ,
 Y aunque es tardo , va ligero ;
 Que el placer cura la gota.
 El dios parlero va en lenguas
 Lisonjeras y amorosas ,
 Y Cupido en cifras varias ,
 Que rubies y perlas bordan.

Allí va el furioso Marte
En la persona curiosa
De más de un gallardo joven ,
Que de su sombra se asombra.
Junto á la casa del sol
Va Júpiter ; que no hay cosa
Difícil á la privanza
Fundada en prudentes obras.
Va la luna en las mejillas
De una y otra humana diosa ,
Vénus casta en la belleza
De las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimedes
Crazan , van , vuelven y tornan
Por el cinto tachonado
Desta esfera milagrosa.
Y para que todo admire
Y todo asombre , no hay cosa
Que de liberal no pase
Hasta el extremo de pródiga.
Milán con sus ricas telas
Allí va en vista curiosa ,
Las Indias con sus diamantes ,
Y Arabia con sus aromas.
Con los mal intencionados
Va la envidia mordedora ,
Y la bondad en los pechos
De la lealtad española.
La alegría universal ,
Huyendo de la congoja ,
Calles y plazas discurre ,
Descompuesta y casi loca.
A mil mudas bendiciones
Abre el silencio la boca ,
Y repiten los muchachos
Lo que los hombres entonan.

Cual dice : « Fecunda vid ,
 Crece , sube , abraza y toca
 El olmo felice tuyo ,
 Que mil siglos te haga sombra ,

« Para gloria de ti misma ,
 Para bien de España y honra ,
 Para arrimo de la Iglesia ,
 Para asombro de Mahoma . »

Otra lengua clama y dice :
 « Vivas , oh blanca paloma ,
 Que nos has dado por crías
 Aguilas de dos coronas ,

« Para ahuyentar de los aires
 Las de rapiña furiosas ,
 Para cubrir con sus alas
 A las virtudes medrosas . »

Otra más discreta y grave ,
 Más aguda y más curiosa
 Dice , vertiendo alegría
 Por los ojos y la boca :

« Esta perla que nos diste ,
 Nácar de Austria , única y sola ,
 ¡ Qué de máquinas que rompe !
 ¡ Qué de desígnios que corta !

« ¡ Qué de esperanzas que infunde !
 ¡ Qué de deseos malogra !
 ¡ Qué de temores aumenta !
 ¡ Qué de preñados aborta ! »

En esto se llegó al templo
 Del fénix santo que en Roma
 Fué abrasado , y quedò vivo
 En la fama y en la gloria.

A la imagen de la vida ,
 A la del cielo Señora ,
 A la que por ser humilde
 Las estrellas pisa ahora ;

A la madre y Virgen junto ,
 A la Hija y á la Esposa
 De Dios , hincada de hinojos ;
 Margarita así razona :
 « Lo que me has dado te doy ,
 Mano siempre dadivosa ;
 Que á do falta el favor tuyo
 Siempre la miseria sobra.
 « Las primicias de mis frutos
 Te ofrezco , Virgen hermosa :
 Tales cuales son las mira ,
 Recibe , ampara y mejora.
 « A su padre te encomiendo ,
 Que humano Atlante se encorva
 Al peso de tantos reinos
 Y de climas tan remotos.
 « Sé que el corazon del Rey
 En las manos de Dios mora ,
 Y sé que puedes con Dios
 Cuanto pidieres piadosa . »
 Acabada esta oración ,
 Otra semejante entonan
 Himnos y voces que muestran
 Que está en el suelo la gloria.
 Acabados los oficios
 Con reales ceremonias ,
 Volvió á su punto este cielo
 Y esfera maravillosa .

Apenas acabó Preciosa su romance , cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oía , de muchas se formó una voz sola que dijo : « Torna á cantar , Preciosa ; que no faltarán cuartos como tierra. » Más de doscientas personas estaban mirando el baile y escuchando el canto de las gitanas , y en la mayor fuga dél acertó á pasar por allí

uno de los tinientes de la villa, y viendo tanta gente junta, preguntó qué era, y fuéle respondido que estaban escuchando á la Gitanilla hermosa que cantaba. Llegóse el tiniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta la fin; y habiéndole parecido por extremo bien la Gitanilla, mandó á un paje suyo dijese á la gitana vieja que al anochecer fuese á su casa con las gitanillas; que quería que las oyese doña Clara, su mujer. Hizolo así el paje, y la vieja dijo que sí iría.

Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar; y en esto llegó un paje muy bien aderezado á Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo:

— Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo.

— Eso aprenderé yo de muy buena gana, respondió Preciosa; y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condición que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada y docena pagada: porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible.

— Para papel siquiera que me dé la señora Preciosa, dijo el paje, estaré contento; y más, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta.

— A la mía queda el escogerlos, respondió Preciosa.

Y con esto se fueron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos caballeros á las gitanas. Asomóse Preciosa á la reja, que era baja, y vió en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose y otros jugando á diversos juegos, se entretenían.

— ¿ Quiérenme dar barato, ceñores? dijo Preciosa, que como gitana hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.

A la voz de Preciosa y á su rostro dejaron los que ju-

gaban el juego, y el paseo los paseantes; y los unos y los otros acudieron á la reja por verla, que ya tenían noticia della, y dijeron:

— Entren, entren las gitanillas; que aquí les daremos barato.

— Caro sería ello, respondió Preciosa, si nos pellizcasen.

— No, á fé de caballeros, respondió uno; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho.

Y púsose la mano sobre uno de Calatrava.

— Si tú quieres entrar, Preciosa, dijo una de las tres gitanillas que iban con ella, entra enhorabuena; que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres.

— Mira, Cristina, respondió Preciosa, de lo que te has de guardar es de un hombre sólo y á solas, y no de tantos juntos; porque antes el ser muchos quita el miedo y recelo de ser ofendidas. Advierte, Crística, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina á ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas, y no de las públicas.

— Entremos, Preciosa, dijo Cristina; que tú sabes más que un sabio.

Animólas la gitana vieja, y entraron, y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vió el papel que traía en el seno, llegándose á ella se le tomó, y dijo Preciosa:

— ¡Ay! no me le tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aun no le he leído.

— Y ¿sabes tú leer, hija? dijo uno.

— Y escribir, respondió la vieja; que á mi nieta la he criado yo como si fuera hija de un letrado.

Abrió el caballero el papel, y vió que venía dentro dél un escudo de oro, y dijo:

— En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este escudo que en el romance viene.

— Basta, dijo Preciosa, que me ha tratado de pobre el poeta; pues cierto que es más milagro darme á mí un poeta un escudo, que yo recibirle: si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el *Romancero general*, y enviémoslos uno á uno, que yo les tentaré el pulso, y si vinieren duros, seré yo blanda en recibirlos.

Admirados quedaron los que oían á la Gitánica, así de su discreción como del donaire con que hablaba.

— Lea, señor, dijo ella, y lea alto; veremos si es tan discreto ese poeta como es liberal.

Y el caballero leyó así:

Gitanica, que de hermosa
Te pueden dar parabienes:
Por lo que de piedra tienes
Te llama el mundo *Preciosa*.
Desta verdad me asegura
Esto, como en ti verás;
Que no se aparta jamás
La esquiviza y la hermosura.
Si como en valor subido
Vas creciendo en arrogancia,
No le arriendo la ganancia
A la edad en que has nacido;
Que un basilisco se cria
En tí que mata mirando,
Y un imperio, que aunque blando,
Nos parezca tiranía.
Entre pobres y aduares
¿Cómo nació tal belleza?
¿Ó cómo crió tal pieza
El humilde Manzanares?
Por esto será famoso
Á par del Tajo dorado,
Y por Preciosa preciado
Mas que el Ganjes caudaloso.

Dices la buena ventura,
Y dasla mala contino;
Que no van por un camino
Tu intención y tu hermosa.
Porque en el peligro fuerte
De mirarte ó contemplarte,
Tu intención va á desculparte,
Y tu hermosa á dar muerte.
Dicen que son hechiceras
Todas las de tu nación;
Pero tus hechizos son
De más fuerzas y más veras;
Pues por llevar los despojos
De todos cuantos te ven,
Haces, oh niña, que estén
Los hechizos en tus ojos.
En sus fuerzas te adelantas,
Pues bailando nos admiras,
Y nos matas si nos miras,
Y nos encantas si cantas.
De cien mil modos hechizas:
Hables, calles, cantes, mires,
Ó te acerques ó retires,
El fuego de amor atizas.
Sobre el más exento pecho
Tienes mando y señorío,
De lo que es testigo el mío,
De tu imperio satisfecho.
Preciosa joya de amor,
Esto humildemente escribe
El que por tí muere y vive,
Pobre, aunque humilde amador.

— En pobre acaba el último verso, dijo á esta sazón
Preciosa: mala señal; nunca los enamorados han de de-

cir que son pobres, porque á los principios, á mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor.

—¿Quién te enseña eso, rapaza? dijo uno.

—¿Quién me lo ha de enseñar? respondió Preciosa; ¿no tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿no tengo ya quince años? Y no soy manca, ni renca, ni estropeada del entendimiento. Los ingenios de las gitanas van por otro norte que los de las demás gentes; siempre se adelantan á sus años; no hay gitano necio ni gitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dejan que críe mohó en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando y parecen bobas? pues éntrenles el dedo en la boca, y tíenténlas las cordales, y verán lo que verán: no hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinte y cinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso que les enseña en una hora lo que habían de aprender en un año.

Con esto que la Gitanilla decía, tenía suspensos á los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y más rica y más alegre que una pascua de flores, antecogió sus corderas, y fuése en casa del señor tiniente, quedando que otro día volvería con su manada á dar contento á aquellos tan liberales señores.

Ya tenía aviso la señora doña Clara, mujer del señor tiniente, cómo habían de ir á su casa las gitanillas, y estábalas esperando como el agua de Mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver á Preciosa; y apenas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demás resplandeció Preciosa, como la luz de una antorcha entre otras luces menores; y así corrieron todas á ella: unas la abrazaban, otras la miraban, estas la bendecían, aquellas la alababan. Doña Clara decía:

—Este sí que se puede decir cabello de oro; éstos sí que son ojos de esmeraldas.

La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacía pepitoria de todos sus miembros y coyunturas; y llegando á alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenía en la barba, dijo:

— ¡Ay, qué hoyo! en este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miren.

Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo:

— ¿Ese llama vuesa merced hoyo, señora mía? Pues yo sé poco de hoyos, ó ese no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos: por Dios, tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata ó de alcorza no podría ser mejor. ¿Sabes decir la buenaventura, niña?

— De tres ó cuatro maneras, respondió Preciosa.

— Y ¿eso más? dijo doña Clara: por vida del tiniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbunclos, y niña del cielo, que es lo más que puedo decir.

— Dénle, dénle la palma de la mano á la niña, y con qué haga la cruz, dijo la vieja, y verán qué de cosas les dice; que sabe más que un dotor de melecina.

Echó mano á la faldriquera la señora tinienta, y halló que no tenía blanca; pidió un cuarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual visto por Preciosa, dijo:

— Todas las cruces en cuanto cruces son buenas; pero las de plata ó de oro son mejores, y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre sepan vuestas mercedes que menoscaba la buenaventura, por lo ménos la mía; y así tengo afición á hacer la cruz primera con algun escudo de oro, ó con algun real de á ocho, ó á lo ménos de á cuatro; que soy como los sacristanes, que cuando hay buena ofrenda se regocijan.

— Donaire tienes, niña, por tu vida, dijo la señora vecina; y volviéndose al escudero, le dijo: Vos, señor Contreras, ¿tendréis á mano algun real de á cuatro? dádmele, que en viniendo el dotor, mi marido, os le volveré.

— Si tengo , respondió Contreras ; pero téngole empeñado en veinte y dos maravedís que cené anoche : dónmelos , que yo iré por él en volandas.

— No tenemos entre todas un cuarto, dijo doña Clara, ¿ y pedís veinte y dos maravedís ? Andad, Contreras, que siempre fuisteis impertinente.

— Una doncella de las presentes , viendo la esterilidad de la casa , dijo á Preciosa :

— Niña , ¿ hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata ?

— Antes , respondió Preciosa , se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos.

— Uno tengo yo, replicó la doncella; si este basta, hèle aquí , con condición que también se me ha de decir á mí la buenaventura.

— ¡ Por un dedal tantas buenaventuras ! dijo la gitana vieja : nieta , acaba presto , que se hace noche.

Tomó Preciosa el dedal , y la mano de la señora tiente , y dijo :

Hermosita , hermosa ,
 La de las manos de plata ,
 Más te quiere tu marido
 Que el rey de las Alpujarras.
 Eres paloma sin hiel ,
 Pero á veces eres brava
 Como leona de Oran
 O como tigre de Ocaña.
 Pero en un tras , en un trís ,
 El enojo se te pasa ,
 Y quedas como alfébique
 O como cordera mansa.
 Riñes mucho y comes poco ;
 Algo celocita andas ;
 Que es jugueton el tiniente ,
 Y quiere arrimar la vara.



Cuando doncella te quiso
 Uno de una buena cara ;
 Que mal hayan los terceros
 Que los gustos desbaratan.
 Si á dicha tú fueras monja ,
 Hoy tu convento mandarás ,
 Porque tienes de abadesa
 Más de cuatrocientas rayas,
 No te lo quiero decir ;
 Pero poco importa , vaya :
 Enviudarás otra vez ,
 Y otras dos serás casada.
 No llores , señora mía ;
 Que no siempre las gitanas
 Decimos el Evangelio ;
 No llores , señora , acaba.
 Como te mueras primero
 Que el señor tiniente , basta

Para remediar el daño
 De la viudez que amenaza.
 Has de heredar, y muy presto,
 Hacienda en mucha abundancia;
 Tendrás un hijo canónigo;
 La iglesia no se señala;
 De Toledo no es posible,
 Una hija rubia y blanca
 Tendrás, que si es religiosa,
 También vendrá á ser perlada.
 Si tu esposo no se muere
 Dentro de cuatro semanas,
 Verásle corregidor
 De Burgos ó Salamanca.
 Un lunar tienes; ¡ qué lindo!
 ¡ Ay Jesús, qué luna clara!
 ¡ Qué sol, que allá en los antipodas
 Escuros valles aclara!
 Más de dos ciegos por verle
 Dieran más de cuatro blancas.
 Agora si es la risica;
 ¡ Ay, que bien haya esa gracia!
 Guárdate de las caídas,
 Principalmente de espaldas,
 Que suelen ser peligrosas
 En las principales damas.
 Cosas hay más que decirte:
 Si para el viernes me aguardas,
 Las oírás, que son de gusto,
 Y algunas son de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstantes en querer saber la suya, y así se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viernes venidero, prometiéndole que tendrían reales de

plata para hacer las cruces. En esto vino el señor tiniente, á quien contaron maravillas de la Gitanilla: él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que á Preciosa habían dado; y poniendo la mano en la faldriquera, hizo señal de querer darle algo; y habiéndola expulgado y sacudido y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía, y dijo:

—Por Dios que no tengo blanca; dadle vos, doña Clara, un real á Preciosica, que yo os le daré después.

—Bueno es eso, señor, por cierto; sí, ahí está el real de manifiesto: no hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real?

—Pues dadle alguna veloncica vuestra, ó alguna cosa; que otro día nos volverá á ver Preciosa, y la regalaremos mejor.

A lo cual dijo doña Clara:

—Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora á Preciosa.

—Antes si no me dan nada, dijo Preciosa, nunca más volveré acá; mas sí volveré á servir á tan principales señores; pero traeré tragado que no me han de dar nada, y aborrearéme la fatiga del esperarlo. Coheche vuesa merced, señor tiniente, coheche y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señor: por ahí he oído decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dineros para pagar las condenaciones de las residencias y para pretender otros cargos.

—Así lo dicen y lo hacen los desalmados, replicó el tiniente; pero el juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condenación alguna; y el haber usado bien su oficio, será el valedor para que le den otro.

—Habla vuesa merced muy á lo santo, señor tiniente, respondió Preciosa; ándese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias.

— Mucho sabes , Preciosa , dijo el tiniente : calla , que yo daré traza que sus Majestades te vean , porque eres pieza de reyes.

— Querránme para truhana , respondió Preciosa , y yo no lo sabré ser , y todo irá perdido : si me quisiesen para discreta , aun llevarmehían ; pero en algunos palacios más medran los truhanes que los discretos : yo me hallo bien con ser gitana y pobre , y corra la suerte por donde el cielo quisiere.

— Éa , niña , dijo la gitana vieja , no hables más ; que has hablado mucho , y sabes más de lo que yo te he enseñado , no te asotiles tanto , que te despuntarás ; habla de aquello que tus años permiten , y no te metas en altanerías ; que no hay ninguna que no amenace caída.

— El diablo tienen estas gitanas en el cuerpo , dijo á esta sazón el tiniente.

Despidiéronse las gitanas , y al irse , dijo la doncella del dedal :

— Preciosa , dime la buenaventura , ó vuélveme mi dedal ; que no me queda con qué hacer labor.

— Señora doncella , respondió Preciosa , haga cuenta que se la he dicho , y provéase de otro dedal , ó no haga vainillas hasta el viérnes , que yo volveré y le diré más venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías.

Fuéronse , y juntáronse con las muchas labradoras que á la hora de las Avemarías suelen salir de Madrid para volverse á sus aldeas , y entre otras vuelven muchas con quien siempre se acompañaban las gitanas , y volvían seguras ; porque la gitana vieja vivía en contino temor no le salteasen á su Preciosa.

Sucedió , pues , que la mañana de un día que volvían á Madrid á coger la garrama con las demas gitanillas , en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos antes que se llegue á la villa , vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino : la espada y daga que

traía, eran, como decirse suele, un ascua de oro; sombrero con rico cintillo y con plumas de diversas colores adornado. Repararon las gitanas en viéndole, y pusieron-sele á mirar muy despacio, admiradas de que á tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar á pié y solo. Él se llegó á ellas, y hablando con la gitana mayor, le dijo:

— Por vida vuestra, amiga, que me hagáis placer que vos y Preciosa me oyáis aquí aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho.

— Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buen hora, respondió la vieja.

Y llamando á Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y así en pié como estaban, el mancebo les dijo:

— Yo vengo de manera rendido á la discreción y belleza de Preciosa, que despues de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar á este punto, al cabo he quedado más rendido y más imposibilitado de excusallo. Yo, señoras mías (que siempre os he de dar este nombre, si el cielo mi pretensión favorece), soy caballero como lo puede mostrar el hábito (y apartando el herreruelo, descubrió en el pecho uno de los más calificados que hay en España): soy hijo de Fulano (que por buenos respetos aquí no se declara su nombre); estoy debajo de su tutela y amparo; soy hijo único, y el que espera un razonable mayorazgo; mi padre está aquí en la corte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él; y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso quisiera ser un gran señor para levantar á mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola mi igual y mi señora. Yo no la pretendo para burlalla, ni en las veras del amor que la tengo puede caber género de burla alguno: sólo quiero servirla del modo que ella más gustare; su voluntad es la mía. Para con ella

es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere, y para conservarlo y guardarlo, no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone á la duración de los tiempos. Si creéis esta verdad, no admitirá ningún desmayo mi esperanza; pero si no me creéis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda. Mi nombre es este (y dijoselo); el de mi padre ya os le he dicho; la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas; vecinos tiene de quien podréis informaros, y aun de los que no son vecinos también; que no es tan oscura la calidad y el nombre de mi padre y el mio, que no le sepan en los patios de Palacio, y aun en toda la córte. Cien escudos traigo aquí en oro para daros en arras y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma.

En tanto que el caballero esto decía, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debieron de parecer mal ni sus razones ni su talle; y volviéndose á la vieja, le dijo:

—Perdóneme, abuela, de que me tome licencia para responder á este tan enamorado señor.

—Responde lo que quisieres, nieta, respondió la vieja; que yo sé que tienes discreción para todo.

Y Preciosa dijo:

—Yo, señor caballero, aunque soy gitana, pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espirítulo fantástico acá dentro, que á grandes cosas me lleva: á mí ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas; y aunque de quince años (que segun la cuenta de mi abuela para este San Miguel los haré), soy ya vieja en los pensamientos y alcanzo más de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia; pero con lo uno ó con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recién enamorados, son como ímpetus indiscretos que hacen salir á la voluntad de sus quicios, la cual,

atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres. Si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesión de la cosa deseada, y quizá, abriéndose entonces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraba. Este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo: una sola joya tengo, que la estimo en más que á la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender á precio de promesas ni dádivas, porque en fin será vendida, y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas ni embelecocos; antes pienso irme con ella á la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan ó manoseen. Flor es la de la virginidad que, á ser posible, aun con la imaginación no había de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Este la toca, aquel la huele, el otro la deshaja, y finalmente, entre las manos rústicas se deshace. Si vos, señor, por solo esta prenda venís, no la habéis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser á este santo yugo, que entónces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen. Si quisiéredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero. Primero tengo de saber si sois el que decís; luego, hallando esta verdad, habéis de dejar la casa de vuestros padres y la habéis de trocar por nuestros ranchos, y tomando el traje de gitano, habéis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condición, y vos de la mía; al cabo del cual, si vos os contentáredes de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entónces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra humilde en serviros. Y habéis de consi-

derar que en el tiempo deste noviciado podría ser que cobrásedes la vista, que agora debéis de tener perdida, ó por lo menos turbada, y viésedes que os convenía huir de lo que agora seguís con tanto ahinco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa. Si con estas condiciones queréis entrar á ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna dellas, no habéis de tocar un dedo de la mía.

Pasmóse el mozo á las razones de Preciosa, y púsose como embelesado mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debía. Viendo lo cual Preciosa, tornó á decirle:

— No es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse: volvéos, señor, á la villa, y considerad despacio lo que viéredes que más os convenga, y en este mismo lugar me podéis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir ó venir de Madrid.

A lo cual respondió el gentilhomme:

— Cuando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mía, determiné de hacer por tí cuanto tu voluntad acertase á pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habías de pedir lo que me pides; pero pues es tu gusto que el mío al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por gitano desde luégo, y haz de mí todas las experiencias que más quisieres; que siempre me has de hallar el mismo que ahora te signifíco. Mira cuando quieres que mude el traje, que yo querría que fuese luégo; que con ocasión de ir á Flandes engañaré á mis padres, y sacaré dineros para gastar algunos días, y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida. A los que fueren conmigo, yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinación: lo que pido es (si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo), que si no es hoy, donde te puedes informar de mi calidad y de la de

mis padres, que no vayas más á Madrid, porque no querría que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse, me salteasen la buena ventura que tanto me cuesta.

— Eso no, señor galán, respondió Preciosa: sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entienda que no la tomaré tan demasiada, que no se eche de ver desde bien lejos que llega mi honestidad á mi desenvoltura; y en el primero cargo en que quiero enteraros, es en el de la confianza que habéis de hacer de mí; y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, ó son simples, ó confiados.

— Satanás tienes en tu pecho, muchacha, dijo á esta sazón la gitana vieja; mira que dices cosas, que no las dirá un colegial de Salamanca: tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas; ¿cómo es esto? que me tienes loca, y te estoy escuchando como á una persona espiritada, que habla latín sin saberlo.

— Calle, abuela, respondió Preciosa, y sepa que todas las cosas que me oye son nonadas, y son de burlas para las muchas que de más veras me quedan en el pecho.

Todo cuanto Preciosa decía, y toda la discreción que mostraba, era añadir leña al fuego que ardía en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí á ocho días se verían en aquel mismo lugar, donde él vendría á dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y ellas habrían tenido tiempo de informarse de la verdad que les había dicho. Sacó el mozo una bolsilla de brocado, donde dijo que iban cien escudos de oro, y dióselos á la vieja; pero no quería Preciosa que los tomase en ninguna manera; á quien la gitana dijo:

— Calla, niña; que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado las armas en señal de rendimiento; y el dar, en cualquiera ocasión que sea, siempre fué indicio de generoso pecho; y acuérdate

de aquel refrán que dice: «Al cielo rogando y con el mazo dando;» y mas, que no quiero yo que por mí pierdan las gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas. ¿Cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, que pueden andar cosidos en el alforza de una saya que no valga dos reales, y tenerlos allí como quien tiene un juro sobre las yerbas de Extremadura? Y si alguno de nuestros hijos, nietos ó parientes cayere por alguna desgracia en manos de la justicia, ¿habrá favor tan bueno que llegue á la oreja del juez y del escribano, como el destes escudos, si llegan á sus bolsas? Tres veces por tres delitos diferentes me he visto casi puesta en el asno para ser azotada, y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de á ocho, que había trocado por cuartos, dando veinte reales más por el cambio. Mira, niña; que andamos en oficio muy peligroso y lleno de tropiezos y de ocasiones forzosas, y no hay defensas que mas presto nos amparen y socorran como las armas invencibles del gran Filipo: no hay pasar adelante de su *plus ultra*. Por un doblón de dos caras se nos muestra alegre la triste del procurador y de todos los ministros de la muerte, que son arpías de nosotras las pobres gitanas, y más precian pelarnos y desollarnos á nosotras que á un salteador de caminos: jamás, por mas rotas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres; que dicen que somos como los jubones de los gabachos de Belmonte, rotos y grasientos, y llenos de doblones.

— Por vida suya, abuela, que no diga más; que lleva término de alegar tantas leyes en favor de quedarse con el dinero, que agote las de los emperadores: quédese con ellos, y buen provecho le hagan, y plega á Dios que los entierre en sepultura donde jamás tornen á ver la claridad del sol, ni haya necesidad que le vean. A estas nuestras compañeras será forzoso darles algo; que ha mucho que nos esperan, y ya deben estar enfadadas.

— Así verán ellas, replicó la vieja, moneda destas, como ven al turco agora: este buen señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata, ó cuartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas.

— Sí traigo, dijo el galán.

Y sacó de la faldriquera tres reales de á ocho, que repartió entre las tres gitanillas, con que quedaron más alegres y más satisfechas que suele quedar un autor de comedias cuando en competencia de otro le suelen retular por las esquinas *victor, victor*.

En resolución, concertaron, como se ha dicho, la venida de allí á ocho días, y que se había de llamar cuando fuese gitano Andrés Caballero, porque también había gitanos entre ellos de este apellido.

No tuvo atrevimiento Andrés, que así le llamaremos de aquí adelante, de abrazar á Preciosa; antes enviándole con la vista el alma, sin ella, si así decirse puede, las dejó, y se entró en Madrid, y ellas, contentísimas, hicieron lo mismo. Preciosa, algo aficionada, más con benevolencia que con amor, de la gallarda disposición de Andrés, ya deseaba informarse si era el que había dicho: entró en Madrid, y á pocas calles andadas encontró con el paje poeta de las coplas y el escudo; y cuando él la vió, se llegó á ella diciendo:

— Vengas en buen hora, Preciosa: ¿leiste por ventura las coplas que te dí el otro día?

Á lo que Preciosa respondió:

— Primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad, por vida de lo que más quiere.

— Conjuro es ese, respondió el paje, que aunque el decirla me costase la vida, no la negaré en ninguna manera.

— Pues la verdad que quiero que me diga, dijo Preciosa, es si por ventura es poeta.

— A serlo, replicó el paje, forzosamente había de ser por ventura; pero has de saber, Preciosa, que ese nom-

bre de poeta muy pocos le merecen, y así yo no lo soy, sino un aficionado á la poesía; y para lo que he menester, no voy á pedir ni buscar versos ajenos: los que te di son míos, y estos que te doy agora también, mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera.

—¿Tan malo es ser poeta? replicó Preciosa.

—No es malo, dijo el paje; pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno: hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre. La poesía es una bellissima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más alta: es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles le desenojan, las flores la alegran; y finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella comunican.

—Con todo eso, respondió Preciosa, he oido decir que es pobrísima, y que tiene algo de mendiga.

—Antes es al revés, dijo el paje, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que alcanzan pocos. Pero, ¿qué te ha movido, Preciosa, á hacer esta pregunta?

—Hame movido, respondió Preciosa, porque, como yo tengo á todos ó los más poetas por pobres, causóme maravilla aquel escudo de oro que me disteis entre vuestros versos envuelto; mas agora que sé que no sois poeta, sino aficionado de la poesía, podría ser que fuédeses rico, aunque lo dudo, á causa de que por aquella parte que os toca de hacer coplas, se ha de desaguar cuanta hacienda tuviéredes; que no hay poeta, según dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene.

—Pues yo no soy desos, replicó el paje; versos hago, y no soy rico ni pobre; y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los ginoveses sus convites, bien puedo dar un escudo, y dos, á quien yo quisiere. Tomad, Preciosa perla,

este segundo papel y este escudo segundo que va en él, sin que os pongáis á pensar si soy poeta ó no : sólo quiero que penséis y creáis que quien os da esto quisiera tener para daros las riquezas de Midas.

Y en esto le dió un papel , y tentándole Preciosa, halló que dentro venía el escudo , y dijo :

— Este papel ha de vivir muchos años , porque trae dos almas consigo : una la del escudo , y otra la de los versos, que siempre vienen llenos de almas y de corazones ; pero sepa el señor paje que no quiero tantas almas conmigo , y si no saca la una , no haya miedo que reciba la otra : por poeta le quiero , y no por dadivoso , y desta manera tendremos amistad que dure ; pues más ahina puede faltar un escudo, por fuerte que sea , que la hechura de un romance.

— Pues así es , replicó el paje , que quieres , Preciosa, que yo sea pobre por fuerza , no deseches el alma que en ese papel te envío , y vuélveme el escudo , que como le toques con la mano , le tendré por reliquia mientras la vida me durare.

Sacó Preciosa el escudo del papel , y quedóse con el papel , y no le quiso leer en la calle. El paje se despidió y se fué contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida , pues con tanta afabilidad le había hablado. Y como ella llevaba puesta la mira en buscar la casa del padre de Andrés , sin querer detenerse á bailar en ninguna parte , en poco espacio se puso en la calle do estaba , que ella muy bien sabía ; y habiendo andado hasta la mitad, alzó los ojos á unos balcones de hierro dorados , que le habian dado por señas , y vió en ella á un caballero de hasta edad de cincuenta años , con un hábito de cruz colorada en los pechos, de venerable gravedad y presencia ; el cual apenas también hubo visto á la Gitanilla , cuando dijo :

— Subid , niñas , que aquí os darán limosna.

A esta voz acudieron al balcón otros tres caballeros , y entre ellos vino el enamorado Andrés , que cuando vió á

Preciosa perdió la color y estuvo á punto de perder los sentidos : tanto fué el sobresalto que recibió con su vista. Subieron la gitanillas todas , sino la grande , que se quedó abajo para informarse de los criados de las verdades de Andrés. Al entrar las gitanillas en la sala , estaba diciendo el caballero anciano á los demás :

— Esta debe de ser sin duda la gitanilla hermosa , que dicen que anda por Madrid.

— Ella es, replicó Andrés, y sin duda es la más hermosa criatura que se ha visto.

— Así lo dicen , dijo Preciosa (que lo oyó todo en entrando) ; pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del justo precio : bonita , bien creo que lo soy ; pero tan hermosa como dicen , ni por pienso.

— Por vida de D. Juanico mi hijo , dijo el anciano , que aun sois más hermosa de lo que dicen , linda gitana.

— Y ¿ quién es don Juanico su hijo ? preguntó Preciosa.

— Ese galán que está á vuestro lado , respondió el caballero.

— En verdad que pensé , dijo Preciosa , que juraba vuestra merced por algún niño de dos años : mirad qué don Juanico y qué brinco. A mi verdad que pudiera ya estar casado , y que , segun tiene unas rayas en la frente no pasarán tres años que no lo esté , y muy á su gusto , si es que desde aquí allá no se le pierde , ó se le trueca.

— Basta , dijo uno de los presentes ; que sabe la Gitanilla de rayas.

En esto , las gitanillas que iban con Preciosa , todas tres se arrimaron á un rincón de la sala , y cosiéndose las bocas unas con otras , se juntaron por no ser oidas. Dijo la Cristina :

— Muchachas , este es el caballero que nos dió esta mañana los tres reales de á ocho.

— Así es la verdad , respondieron ellas ; pero no se lo mentemos , ni le digamos nada si él no nos lo mienta : ¿ qué sabemos si quiere encubrirse ?

En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa á lo de las rayas :

—Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adevino : yo sé del señor don Juanico, sin rayas, que es algo enamorado, impetuoso y acelerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles ; y plega á Dios que no sea mentiroso, que sería lo peor de todo. Un viaje ha de hacer agora muy lejos de aquí y uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla : el hombre pone, y Dios dispone : quizá pensará que va á Oñez, y dará en Gamboa.

A esto respondió don Juan :

—En verdad, gitánica, que has acertado en muchas cosas de mi condición ; pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento. En lo del viaje largo has acertado, pues sin duda, siendo Dios servido, dentro de cuatro ó cinco días me partiré á Flandes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino, y no querría que en él me sucediese algún desmán que lo estorbare.

—Calle, señorito, respondió Preciosa, y encomiéndose á Dios, que todo se hará bien ; y sepa que yo no sé nada de lo que digo, y no es maravilla que como hablo mucho y á bulto, acierte en alguna cosa, y yo querría acertar en persuadirte á que no te partieses, sino que sosegases el pecho, y te estuvieses con tus padres para darles buena vejez, porque no estoy bien con estas idas y venidas á Flandes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya. Déjate crecer un poco, para que puedas llevar los trabajos de la guerra, cuanto más que harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho : sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces primero que te cases, y danos una limosnita por Dios ; y por quien tú eres ; que en verdad que creo que eres bien nacido, y si á esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho.

— Otra vez te he dicho, niña, respondió el don Juan que había de ser Andrés Caballero, que en todo aciertas, sino en el temor que tienes que no debo de ser muy verdadero; que en esto te engañas sin duda alguna: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad y adonde quiera, sin serme pedida: pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio del mentiroso. Mi padre te dará limosna por Dios y por mí; que en verdad que esta mañana dí cuanto tenía á unas damas, que á ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una de ellas, no me arriendo la ganancia.

Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez dijo á las demás gitanas:

— ¡Ay, niñas! que me maten si no lo dice por los tres reales de á ocho que nos dió esta mañana.

— No es así, respondió una de las dos, porque dijo que eran damas, y nosotras no lo somos; y siendo él tan verdadero como dice, no había de mentir en esto.

— No es mentira de tanta consideración, respondió Cristina, la que se dice sin perjuicio de nadie, y en provecho y crédito del que la dice; pero con todo esto, veo no nos da nada ni nos mandan bailar.

Subió en esto la gitana vieja, y dijo:

— Nieta, acaba; que es tarde, y hay mucho que hacer y más que decir.

— Y ¿qué hay, abuela? preguntó Preciosa; ¿hay hijo ó hija?

— Hijo, y muy lindo, respondió la vieja: ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas.

— ¡Plega á Dios que no muera de sobreparto! dijo Preciosa.

— Todo se mirará muy bien, replicó la vieja, cuanto más que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro.

— ¿Ha parido alguna señora? preguntó el padre de Andrés Caballero.

— Sí, señor, respondió la gitana; pero ha sido el parto tan secreto, que no le sabe sino Preciosa y yo, y otra persona; y así no podemos decir quién es.

— Ni aquí lo queremos saber, dijo uno de los presentes; pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto, y en vuestra ayuda pone su honra.

— No todas somos malas, respondió Preciosa; quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta y de verdadera, tanto cuanto el hombre más estirado que hay en esta sala; y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronas ni rogamos á nadie.

— No os enojéis, Preciosa, dijo el padre; que á lo menos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala; que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras. Por vida de Preciosita, que bailéis un poco con vuestras compañeras; que aquí tengo un doblón de oro de á dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos reyes.

— Apenas hubo oído esto la vieja, cuando dijo:

— Ea, niñas, haldas en cinta, y dad contento á estos señores.

— Tomó las sonajas Preciosa, y dieron sus vueltas, hicieron y deshacieron todos sus lazos con tanto donaire y desenvoltura, que tras los piés se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andrés, que así se iban entre los piés de Preciosa, como si allí tuvieran el centro de su gloria; pero turbóse la suerte de manera que se la volvió en infierno, y fué el caso que en la fuga del baile se le cayó á Preciosa el papel que le había dado el paje, y apenas hubo caído cuando le alzó el que no tenía buen concepto de las gitanas, y abriéndole al punto, dijo:

— ¡ Bueno! sonetico tenemos; cese el baile, y escúchenle; que según el primer verso, en verdad que no es nada necio.

— Pesóle á Preciosa , por no saber lo que en él venía , y rogó que no le leyesen y que se le volviesen , y todo el ahinco que en esto ponía eran espuelas que apremiaban el deseo de Andrés para oírle. Finalmente , el caballero le leyó en alta voz , y era éste :

Quando Preciosa el panderete toca ,
 Y hiere el dulce són los aires vanos ,
 Perlas son que derrama con las manos ,
 Flores son que despiende de la boca ;
 Suspensa el alma , y la cordura loca
 Queda á los dulces actos sobrehumanos ,
 Que , de limpios , de honestos y de sanos ,
 Su fama al cielo levantado toca.
 Colgadas del menor de sus cabellos
 Mil almas lleva , y á sus plantas tiene
 Amor rendidas una y otra flecha.
 Ciega y alumbra con sus soles bellos ,
 Su imperio amor por ellos le mantiene ,
 Y aun más grandezas de su sér sospecha .

— Por Dios , dijo el que leyó el soneto , que tiene donaire el poeta que le escribió.

— No es poeta , señor , sino paje muy galán y muy hombre de bien , dijo Preciosa.

— Mirad lo que habéis dicho , Preciosa , y lo que vais á decir ; que esas no son alabanzas del paje , sino lanzas que traspasan el corazón de Andrés que las escucha. ¿ Queréislo ver , niña ? pues volved los ojos y veréisle desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte : no penséis , doncella , que os ama tan de burlas Andrés que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos : llegáos á él enhorabuena , y decidle algunas palabras al oído que vayan derechas al corazón y le vuelvan de su desmayo ; no , sino andaos á traer sonetos cada día en vuestra alabanza , y veréis cuál os le ponen.

Todo esto pasó así como se ha dicho ; que Andrés en oyendo el soneto , mil celosas imaginaciones le sobresaltaron ; no se desmayó , pero perdió la color de manera , que viéndole su padre , le dijo :

— ¿ Qué tienes , don Juan ? que parece que te vas á desmayar , segun se te ha mudado el color.

— Espérense , dijo á esta sazon Preciosa ; déjenmele decir ciertas palabras al oido , y verán cómo no se desmaya.

Y llegándose á él , le dijo casi sin mover los labios :

— ¡ Gentil ánimo para gitano ! ¿ cómo podreis , Andrés , sufrir el tormento de toca , pues no podéis llevar el de un papel ?

Y haciéndole media docena de cruces sobre el corazón , se apartó dél , y entónces Andrés respiró un poco y dió á entender que las palabras de Preciosa le habían aprovechado. Finalmente , el doblón de dos caras se le dieron á Preciosa , y ella dijo á sus compañeras que le trocaría y repartiría con ellas hidalgamente. El padre de Andrés le dijo que le dejase por escrito las palabras que había dicho á don Juan , que las quería saber en todo caso. Ella dijo que las daría de muy buena gana , y que entendiesen que , aunque parecian cosa de burla , tenían gracia especial para preservar el mal del corazón y los vaguidos de cabeza , y que las palabras eran :

Cabecita , cabecita ,
Tente en tí , no te resbales ,
Y apareja dos puntales
De la paciencia bendita.
Solicita
La bonita
Confiancita ;
No te inclines
A pensamientos rüines ;
Verás cosas.

Que toquen en milagrosas ,
Dios delante
Y San Cristóbal gigante.

— Con la mitad destas palabras que le digan , y con seis cruces que le hagan sobre el corazón á la persona que tuviere vaguidos de cabeza , dijo Preciosa , quedará como una manzana.

Cuando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste , quedó pasmada , y más lo quedó Andrés , que vió que todo era invención de su agudo ingenio. Quedáronse con el soneto , porque no quiso pedirle Preciosa , por no dar otro tártago á Andrés ; que ya sabía ella sin ser enseñada lo que era dar sustos , martelos y sobresaltos celosos á los rendidos amantes.

Despidiéronse las gitanas , y al irse dijo Preciosa á D. Juan :

— Mire , señor , cualquiera día de esta semana es próspero para partidas y ninguno es aciago ; apresure el irse lo más presto que pudiere ; que le aguarda una vida ancha , libre y muy gustosa , si quiere acomodarse á ella.

— No es tan libre la del soldado , á mi parecer , respondió D. Juan , que no tenga más de sujeción que de libertad ; pero con todo esto haré como viere.

— Más veréis de lo que pensáis , respondió Preciosa ; y Dios os lleve y traiga con bien , como vuestra buena presencia merece.

Con estas últimas palabras quedó contento Andrés , y las gitanas se fueron contentísimas : trocaron el doblón , repartiéronle entre todas igualmente , aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba , así por la mayoría , como por ser ella el aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bailes , donaires y aun de sus embustes.

Llegóse , en fin , el día que Andrés Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento

sobre una mula de alquiler, sin criado alguno; halló en él á Preciosa y á su abuela, de las cuales conocido, le recibieron con mucho gusto. Él le dijo que le guiasen al rancho antes que llegase el día, y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen. Ellas, que, como advertidas, vinieron solas, dieron la vuelta, y de allí á poco rato llegaron á sus barracas. Entró Andrés en una, que era la mayor del rancho, y luégo acudieron á verle diez ó doce gitanos, todos mozos y todos gallardos y bien hechos, á quien ya la vieja había dado cuenta del nuevo compañero que les había de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto, que, como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista. Echaron luego ojo á la mula, y dijo uno dellos:

— Esta se podrá vender el jueves en Toledo.

— Eso no, dijo Andrés, porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que traganan por España.

— ¡Pardiez, señor Andrés! dijo uno de los gitanos, que aunque la mula tuviera más señales que las que han de preceder al día tremendo, aquí la transformaremos de manera que no la conociera la madre que la parió ni el dueño que la ha criado.

— Con todo eso, respondió Andrés, por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mío: á esta mula se le ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde aun los huesos no parezcan.

— Pecado grande, dijo otro gitano; ¿ á una inocente se ha de quitar la vida? no diga tal el buen Andrés, sino haga una cosa: mírela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y déjenmela llevar á mí, y si de aquí á dos horas la conociere, que me tardeen como á un negro fugitivo.

— En ninguna manera consentiré, dijo Andrés, que la mula no muera, aunque más me aseguren su transformación; yo temo ser descubierto si á ella no le cubre la tierra,

y si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo á esta cofradía que no pueda pagar de entrada más de lo que valen cuatro mulas.

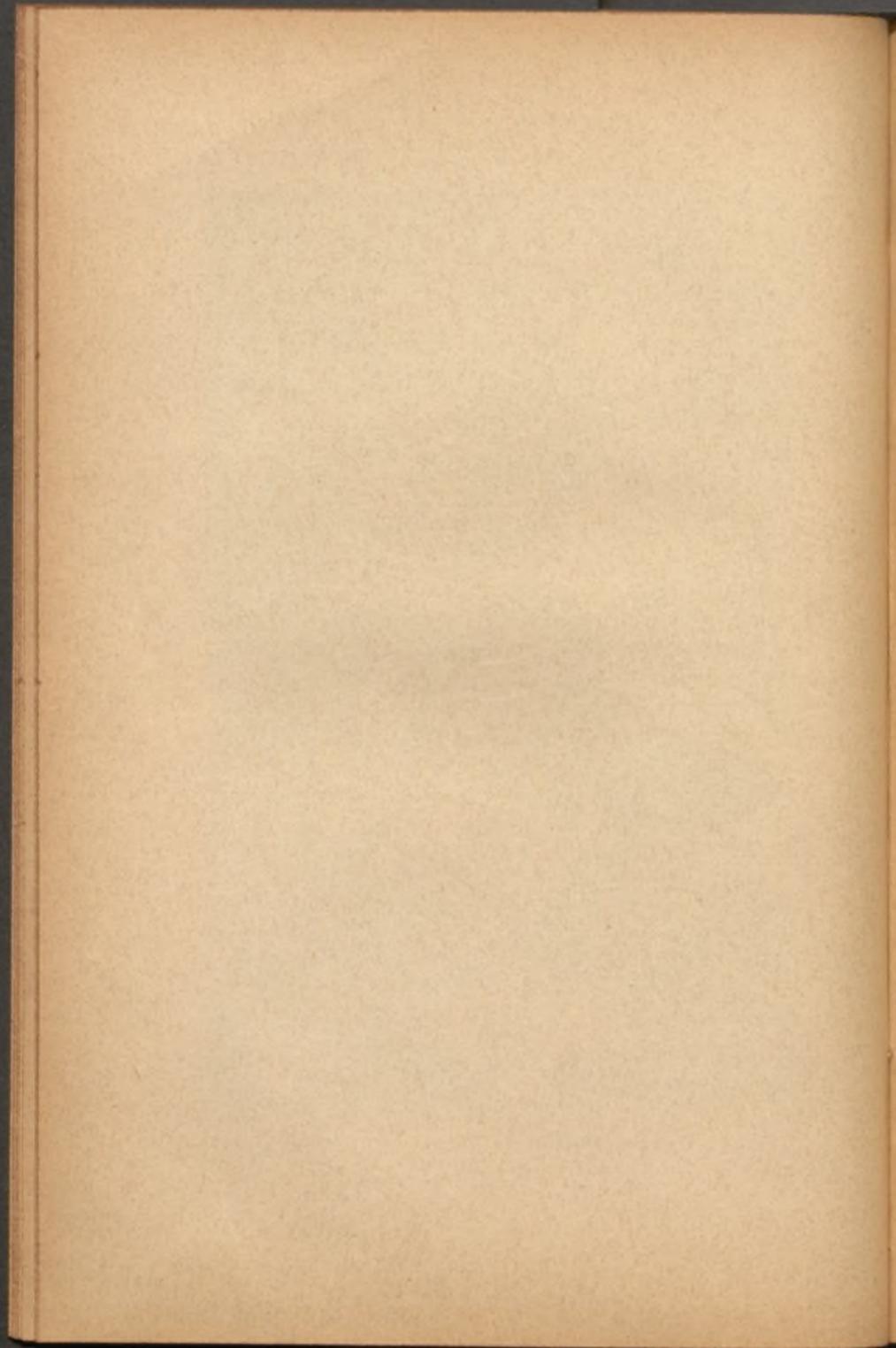
—Pues así lo quiere el señor Andrés Caballero, dijo otro gitano, muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa, así por su mocedad, pues aun no ha cerrado, cosa no usada entre mulas de alquiler, como porque debe ser andariega, pues no tiene costras en las ijadas ni llagas de la espuela.

Dilatóse su muerte hasta la noche, y en lo que quedaba de aquel día se hicieron las ceremonias de la entrada de Andrés á ser gitano, que fueron: desembarazaron un rancho de los mejores del aduar, y adornáronle de ramos y juncia, y sentándose Andrés sobre un medio alcorcho,



pusiéronle en las manos un martillo y unas tenazas, y al són de dos guitarras que dos gitanos tañían, le hicieron dar dos cabriolas; luégo le desnudaron un brazo, y con una cinta de seda negra y un garrote le dieron dos vueltas blandamente. A todo se halló presente Preciosa y otras muchas gitanas viejas y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor le miraban: tal era la gallarda dispo-





sición de Andrés, que hasta los gitanos le quedaron aficionadísimos.

Hechas, pues, las referidas ceremonias, un gitano viejo tomó por la mano á Preciosa, y puesto delante de Andrés, dijo:

—Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa ó ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere más de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres ni á muchas ceremonias. Mírala bien, y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, escoje entre las doncellas que aquí están la que más te contentare, que la que escogieres te daremos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de empachar ni entremeter, ni con las casadas ni con las doncellas. Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro; libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos. Entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningún adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas; con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte. Con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes á todos, excepto la mujer ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte; el que quisiere puede dejar la mujer vieja, como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años. Con estas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres; somos señores de los campos, de los sembrados, de

las selvas, de los montes, de las fuentes y de los ríos : los montes nos ofrecen leña de balde , los árboles frutas , las viñas uvas , las huertas hortaliza , las fuentes agua , los ríos peces , y los vedados caza , sombras las peñas , aire fresco las quiebras , y casas las cuevas. Para nosotros las inclinaciones del cielo son oreos , refrigerio las nieves , baños la lluvia , músicas los truenos y hachas los relámpagos ; para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas ; el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende , á nuestra ligereza no la impiden grillos , ni la detienen barrancos , ni la contrastan paredes ; á nuestro ánimo no le tuercen cordeles , ni le menoscaban garruchas , ni le ahogan tocas , ni le doman potros. Del sí al no , no hacemos diferencia cuando nos conviene ; siempre nos preciamos más de mártires que de confesores , para nosotros se crían las bestias de carga en los campos , y se cortan las faldriqueras en las ciudades. No hay águila ni ninguna otra ave de rapiña que más presto se abalance á la presa que se le ofrece , que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algún interés nos señalen ; y , finalmente tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen ; porque en la cárcel cantamos , en el potro callamos , de día trabajamos , y de noche hurtamos , ó por mejor decir , avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra , ni nos desvela la ambición de acrecentarla , ni sustentamos bandos , ni madrugamos á dar memoriales , ni á acompañar magnates , ni á solicitar favores ; por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos ; por cuadros y países de Flandes los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas , tendidos prados y espesos bosques que á cada paso á los ojos se nos muestran. Somos astrólogos rústicos , porque como casi siempre dormimos al cielo descubier- to , á todas horas sabemos las que son del día y las que son de la noche ; vemos cómo arrincona y barre la aurora las

estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra; y luego tras ella el sol, *dorando cumbres* (como dijo el otro poeta) y *rizando montes*; ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia: en conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refrán: «Iglesia, ó mar, ó Casa real,» tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos. Todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoréis la vida á que habéis venido y el trato que habéis de profesar, el cual os he pintado aquí en borrón; que otras muchas é infinitas cosas iréis descubriendo en él con el tiempo, no menos dignas de consideración que las que habéis oído.

Calló en diciendo esto el elocuente viejo gitano, y el novicio dijo que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos, y que él pensaba hacer profesión en aquella órden tan puesta en razón y en políticos fundamentos, y que sólo le pesaba no haber venido más presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaba la profesión de caballero y la vanagloria de su ilustre linaje, y lo ponía todo debajo del yugo, ó por mejor decir, debajo de las leyes con que ellos vivían, pues con tan alta recompensa le satisfacían el deseo de servirlos, entregándole á la divina Preciosa, por quién él dejaría coronas é imperios, y sólo los desearía para servirla.

A lo cual respondió Preciosa:

— Puesto que estos señores legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya, y que por tuya te me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad, que es la más fuerte de todas, que no quiero serlo si no es con las condiciones que antes que aquí vinieses entre los dos con-

certamos. Dos años has de vivir en nuestra compañía primero que de la mía goces, porque tú no te arrepientas por ligero, ni yo quede engañada por presurosa. Condiciones rompen leyes; las que te he puesto sabes: si las quisieres guardar, podrá ser que sea tuya y tú seas mío, y donde no, aun no es muerta la mula, tus vestidos están enteros, y de tu dinero no te falta un ardite: la ausencia que has hecho no ha sido aún de un día, que de lo que dél falta te puedes servir y dar lugar que consideres lo que más te conviene. Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo pero no mi alma, que es libre, y nació libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere: si te quedas te estimaré en mucho; si te vuelves, no te tendré en menos, porque á mi parecer los ímpetus amorosos corren á rienda suelta hasta que encuentran con la razón ó con el desengaño; y no querría yo que fueses conmigo como es el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue, la coge, y la deja por correr tras otra que le huye. Ojos hay engañados que á la primera vista tan bien les parece el oropel como el oro, pero á poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino á lo falso. Esta mi hermosura, que tú dices que tengo, que la estimas sobre el sol y la encareces sobre el oro, ¿qué sé yo si de cerca te parecerá sombra, y tocada caerás en que es de alquimia? Dos años te doy de tiempo para que tantees y ponderes lo que será bien que escojas ó que será justo que deseches; que la prenda que una vez comprada, nadie se puede deshacer della sino con la muerte, bien es que haya tiempo, y mucho, para miralla y remiralla, y ver en ella las faltas ó las virtudes que tiene; que yo no me rijo por la bárbara é insolente licencia que estos mis parientes se han tomado de dejar las mujeres ó castigarlas cuando se les antoja; y como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañía que por su gusto me deseche.

—Tienes razon, ¡oh, Preciosa! dijo á este punto Andrés; y así, si quieres que asegure tus temores y menos-

cabe tus sospechas, jurándote que no saldré un punto de las órdenes que me pusieres, mira qué juramento quieres que haga, ó qué otra seguridad puedo darte; que á todo me hallarás dispuesto.

— Los juramentos y promesas que hace el cautivo porque le den libertad, pocas veces se cumplen con ella, dijo Preciosa; y así son según pienso los del amante, que por conseguir su deseo prometerá las alas de Mercurio y los rayos de Júpiter, como me prometió á mí un cierto poeta, y juraba por la laguna Estigia. No quiero juramentos, señor Andrés, ni quiero promesas; sólo quiero remitirlo todo á la experiencia deste noviciado, y á mí se me quedará el cargo de guardarme, cuando vos le tuviéredes de ofenderme.

— Sea así, respondió Andrés: sola una cosa pido á estos señores y compañeros míos, y es, que no me fuercen á que hurte ninguna cosa por tiempo de un mes siquiera, porque me parece que no he de acertar á ser ladrón, si antes no preceden muchas liciones.

— Calla, hijo, dijo el gitano viejo; que aquí te industriaremos de manera que salgas un águila en el oficio, y cuando le sepas has de gustar dél de modo que te comas las manos tras él. ¡ Ya es cosa de burla salir vacío por la mañana y volver cargado á la noche al rancho!

— De azotes he visto yo volver algunos desos vacíos, dijo Andrés.

— No se toman truchas, etc., replicó el viejo: todas las cosas desta vida están sujetas á diversos peligros, y las acciones del ladrón al de las galeras, azotes y horca; pero no porque corra un navío tormenta ó se anegue, han de dejar los otros de navegar. Bueno sería que porque la guerra come los hombres y los caballos, dejase de haber soldados; cuanto más, que el ser azotado por justicia, entre nosotros es tener un hábito en las espaldas, que le parece mejor que si lo trujese en los pechos y de los buenos. El toque está no acabar acoceando el aire en la flor

de nuestra juventud y á los primeros delitos; que el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las galeras, no lo estimamos en un cacao. Hijo Andrés, reposad ahora en el nido debajo de nuestras alas; que á su tiempo os sacaremos á volar, y en parte donde no volváis sin presa; y lo dicho dicho, que os habéis de lamer los dedos tras cada hurto.

— Pues para recompensar, dijo Andrés, lo que yo podía hurtar en este tiempo que se me da de vénia, quiero repartir doscientos escudos de oro entre todos los del rancho.

Apénas hubo dicho esto, cuando arremetieron á él muchos gitanos, y levantándole en los brazos y sobre los hombros, le cantaban el *¡Victor, victor, el grande Andrés,* añadiendo: *Y viva Preciosa, amada prenda suya!*



Las gitanas hicieron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Cristina y de otras gitanillas que se hallaron presentes; que la envidia tan bien se aloja en los aduares de los bárbaros y en las chozas de los pastores, como en palacios de príncipes, y esto de ver medrar al vecino, que me parece que no tiene más méritos que yo, fatiga.

Hecho esto, comieron lautamente, repartióse el dinero prometido con equidad y justicia, renováronse las alabanzas de Andrés, y subieron al cielo la hermosura de Pre-

ciosa. Llegó la noche, acocotaron la mula, y enterráronla de modo que quedó seguro Andrés de no ser por ella descubierto; y también enterraron con ella sus alhajas, como fueron silla, freno y cinchas, á uso de los indios que sepultan con ellos sus más ricas preseas.

De todo lo que había visto y oído, y de los ingenios de los gitanos, quedó admirado Andrés, y con propósito de seguir y conseguir su empresa, sin entremeterse nada en sus costumbres, ó á lo menos excusarlo por todas las vías que pudiese, pensando exentarse de la jurisdicción de obedecerlos en las cosas injustas que le mandasen, á costa de su dinero. Otro día les rogó Andrés que mudasen de sitio y se alejasen de Madrid, porque temía ser conocido si allí estaba; ellos dijeron que ya tenían determinado irse á los montes de Toledo, y desde allí correr y garramar toda la tierra circunvecina. Levantaron, pues, el rancho, y diéronle á Andrés una pollina en que fuese; pero él no la quiso, sino irse á pié, sirviendo de lacayo á Preciosa, que sobre otra iba; ella contentísima de ver cómo triunfaba de su gallardo escudero, y él ni más ni menos de ver junto á sí á la que había hecho señora de su albedrío.

¡Oh poderosa fuerza deste que llaman dulce dios de la amargura (título que le ha dado la ociosidad y el descuido nuestro), y con qué veras nos avasallas! ¡cuán sin respeto nos tratas! Caballero es Andrés, y mozo, y de muy buen entendimiento, criado casi toda su vida en la corte y con el regalo de sus ricos padres; y desde ayer acá ha hecho tal mudanza, que engañó á sus criados y á sus amigos, defraudó las esperanzas que sus padres en él tenían, dejó el camino de Flandes, donde había de ejercitar el valor de su persona y acrecentar la honra de su linaje, y se vino á prostrar á los piés de una muchacha y á ser su lacayo, que puesto que hermosísima, en fin era gitana: privilegio de la hermosura, que trae al redopelo y por la melena á sus piés á la voluntad más exenta.

De allí á cuatro días llegaron á una aldea dos leguas de

Toledo, donde asentaron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al alcalde del pueblo en fianzas de que en él ni en todo su término no hurtarían ninguna cosa. Hecho esto, todas las gitanas viejas, y algunas mozas y los gitanos se esparcieron por todos los lugares, ó á lo menos apartados por cuatro ó cinco leguas de aquel donde habían asentado su real. Fué con ellos Andrés á tomar la primera lición de ladrón; pero aunque le dieron muchas en aquella salida, ninguna se le asentó; antes correspondiendo á su buena sangre, con cada hurto que sus maestros hacían se le arrancaba el alma, y tal vez hubo que pagó de su dinero los hurtos que sus compañeros habían hecho, conmovido de las lágrimas de sus dueños; de lo cual los gitanos se desesperaban, diciéndole que era contravenir á sus estatutos y ordenanzas, que prohibían la entrada á la caridad en sus pechos, la cual en teniéndola, habían de dejar de ser ladrones, cosa que no les estaba bien en ninguna manera. Viendo, pues, esto Andrés, dijo que él quería hurtar por sí sólo, sin ir en compañía de nadie; porque para huir del peligro tenía ligereza, y para acometelle no le faltaba el ánimo; así que, el premio ó el castigo de lo que hurtase, quería que fuese suyo.

Procuraron los gitanos disuadirle deste propósito, diciéndole que le podrían suceder ocasiones donde fuese necesaria la compañía, así para acometer como para defenderse, y que una persona sola no podía hacer grandes presas. Pero por más que dijeron, Andrés quiso ser ladrón solo y señoero, con intención de apartarse de la cuadrilla y comprar por su dinero alguna cosa que pudiese decir que la había hurtado, y deste modo cargar lo que menos pudiese sobre su conciencia. Usando, pues, desta industria, en menos de un mes trujo más provecho á la compañía que trujeron cuatro de los más estirados ladrones della; de que no poco se holgaba Preciosa viendo á su tierno amante tan lindo y tan despejado ladrón; pero con todo eso estaba temerosa de alguna desgracia; que no



quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada á tenerle aquella buena voluntad por los muchos servicios y regalos que su Andrés le hacia.

Poco más de un mes se estuvieron en los términos de Toledo, donde hicieron su agosto, aunque era por el mes de setiembre, y desde allí se entraron en Extremadura, por ser tierra rica y caliente. Pasaba Andrés con Preciosa honestos, discretos y enamorados coloquios; y ella poco á poco se iba enamorando de la discreción y buen trato de su amante, y él, del mismo modo, si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discreción y belleza de su Preciosa. A do quiera que llegaban, él se llevaba el precio y las apuestas de corredor y de saltar más que ninguno; jugaba á los bolos y á la pelota extremadamente; tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza; finalmente, en poco tiempo voló su fama por toda Extremadura, y no había lugar donde no se hablase de la gallarda disposición del gitano Andrés Caballero y de sus gracias y habilidades, y al par desta fama corría la de la hermosura de la Gitanilla, y no había villa, lugar

ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas suyas, ó para otros particulares regocijos. Desta manera iba el aduar rico, próspero y contento, y los amantes gozosos con solo mirarse.

Sucedió, pues, que teniendo el aduar entre unas encinas, algo apartado del camino real, oyeron una noche casi á la mitad della ladrar sus perros con mucho ahinco y más de lo que acostumbraban; salieron algunos gitanos, y con ellos Andrés, á ver á quién ladraban, y vieron que se defendía dellos un hombre vestido de blanco, á quien tenían dos perros asidos de una pierna: llegaron y quitáronle, y uno de los gitanos le dijo:

—¿Quién diablos os trujo por aquí, hombre, á tales horas y tan fuera de camino? ¿venís á hurtar por ventura? porque en verdad que habéis llegado á buen puerto.

—No vengo á hurtar, respondió el mordido, ni sé si vengo ó no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado; pero decidme, señores, ¿está por aquí alguna venta ó lugar donde pueda recogerme esta noche, y curarme de las heridas que vuestros perros me han hecho?

—No hay lugar ni venta donde podamos encaminaros, respondió Andrés; mas para curar vuestras heridas y alojarnos esta noche no os faltará comodidad en nuestros ranchos: veníos con nosotros, que aunque somos gitanos, no lo parecemos en la caridad.

—Dios la use con vosotros, respondió el hombre, y llevadme donde quisiéredes; que el dolor desta pierna me fatiga mucho.

Llegóse á él Andrés y otro gitano caritativo (que aun entre los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno), y entre los dos le llevaron. Hacia la noche clara con luna, de manera que pudieron ver que el hombre era mozo, de gentil rostro y talle: venía vestido todo de lienzo blanco, y atravesada por las espaldas y ceñida á los pechos una

como camisa ó talega de lienzo. Llegaron á la barraca ó toldo de Andrés, y con presteza encendieron lumbre y luz y acudió luégo la abuela de Preciosa á curar al herido, de quien ya le habían dado cuenta. Tomó algunos pelos de los perros, friólos en aceite, y lavando primero con vino dos mordeduras que tenía en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceite en ellas, y encima un poco de romero verde mascado; lióselo muy bien con paños limpios; y santiguóle las heridas, y dijole:

—Dormid, amigo; que, con el ayuda de Dios, no será nada.

En tanto que curaban al herido, estaba Preciosa delante, y estúvole mirando ahincadamente, y lo mismo hacía él á ella; de modo que Andrés echó de ver en la atención con que el mozo la miraba; pero echólo á que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos. En resolución, despues de curado el mozo, le dejaron solo sobre un lecho hecho de heno seco, y por entonces no quisieron preguntarle nada de su camino ni de otra cosa.

Apenas se apartaron dél, cuando Preciosa llamó á Andrés aparte, y le dijo:

—¿Acuérdate, Andrés, de un papel que se me cayó en tu casa cuando bailaba con mis compañeras, que, según creo, te dió un mal rato?

—Si acuerdo, respondió Andrés, y era un soneto en tu alabanza, y no malo.

—Pues has de saber, Andrés, replicó Preciosa, que el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido que dejamos en la choza; y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos ó tres veces, y aun me dió un romance muy bueno: allí andaba, á mi parecer, como paje, mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algún príncipe; y en verdad te digo, Andrés, que el mozo es discreto y bien razonado, y sobre manera honesto, y no sé que pueda imaginar desta su venida y en tal traje.

—¿Qué puedes imaginar, Preciosa? respondió Andrés:

ninguna otra cosa , sino que la misma fuerza que á mí me ha hecho gitano , le ha hecho á él parecer molinero y venir á buscarte. ¡ Ah, Preciosa , Preciosa , y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener más de un rendido ! Y si esto es así , acábame á mí primero , y luégo matarás á este otro , y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño , por no decir de tu belleza.

— ¡ Válame Dios ! — respondió Preciosa , — Andrés y ¡ cuán delicado andas , y cuán de un sutil cabello tienes colgadas tus esperanzas y mi crédito , pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los celos ! Dime , Andrés : si en esto hubiera artificio ó engaño alguno , ¿ no supiera yo callar y encubrir quién era este mozo ? ¿ soy tan necia por ventura , que te había de dar ocasión de poner en duda mi bondad y buen término ? Calla , Andrés , por tu vida , y mañana procura sacar del pecho deste tu asombro adónde va ó á lo que viene : podría ser que estuviese engañada tu sospecha , como yo no lo estoy de que sea el que he dicho ; y para más satisfacción tuya , pues ya he llegado á términos de satisfacerte , de cualquiera manera y con cualquiera intención que ese mozo venga , despídele luego y haz que se vaya , pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen , y no habrá ninguno que contra tu voluntad le quiera dar acogida en su rancho ; y cuando esto así no suceda , yo te doy mi palabra de no salir del mío , ni dejarme ver de sus ojos , ni de todos aquellos que tú quisieres que no me vean.

Y prosiguiendo adelante , dijo :

— Mira , Andrés : no me pesa á mí de verte celoso ; pero pesarme ha mucho si te veo indiscreto.

— Como no me veas loco , Preciosa , respondió Andrés , cualquiera otra demostración será poca ó ninguna para dar á entender á dónde llega y cuánto fatiga la amarga y dura presunción de los celos ; pero con todo eso , yo haré lo que me mandas , y sabré , si es que es posible , qué es lo que este señor paje poeta quiere , dónde va ó que es lo que

busca; que podría ser que por algún hilo que sin cuidado muestre, sacase yo todo el ovillo con que temo viene á enredarme.

— Nunca los celos, á lo que imagino, dijo Preciosa, dejan el entendimiento libre para que pueda juzgar las cosas como ellas son: siempre miran los celosos con antojos de allende, que hacen las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes, y las sospechas verdades. Por vida tuya y por la mía, Andrés, que procedas en esto y en todo lo que tocare á nuestros conciertos cuerda y discretamente; que si así lo hicieres, sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada y de verdadera en todo extremo.

Con esto se despidió de Andrés, y él se quedó esperando el día para tomar la confesión al herido, llena de turbación el alma y de mil contrarias imaginaciones: no podía creer sino que aquel paje había venido allí atraído de la hermosura de Preciosa; porque piensa el ladrón que todos son de su condición. Por otra parte, la satisfacción que Preciosa le había dado, le parecía ser de tanta fuerza, que le obligaba á vivir seguro y á dejar en las manos de su bondad toda su ventura.

Llegóse el día (que á él le pareció haberse tardado más que otras veces), visitó al mordido, preguntóle cómo se llamaba, y á dónde iba, y cómo caminaba tan tarde y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó cómo estaba, y si se sentía sin dolor de las mordeduras. A lo cual respondió el mozo que se hallaba mejor y sin dolor alguno, y de manera que podría ponerse en camino: á lo de decir su nombre y adónde iba, no dijo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado, y que iba á Nuestra Señora de la Peña de Francia á un cierto negocio, y que por llegar con brevedad caminaba de noche, y que la pasada había perdido el camino, y acaso había dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban le habían puesto del modo que había visto.

No le pareció á Andrés legítima esta declaración, sino

muy bastarda, y de nuevo volvieron á hacerle cosquillas en el alma sus sospechas, y así le dijo :

— Hermano, si yo fuera juez, y vos hubiérades caído debajo de mi jurisdicción por algun delito, el cual pidiera que se os hicieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me habéis dado obligara á que os apretara los cordeles : yo no quiero saber quién sois, cómo os llamáis, ó á dónde váis ; pero adviértoos que si os conviene mentir en este vuestro viaje, mintáis con más apariencia de verdad. Decís que váis á la Peña de Francia, y dejáisla á la mano derecha, mas atrás deste lugar donde estamos bien treinta leguas ; camináis de noche por llegar presto, y váis fuera de camino por entre bosques y encinares que no tienen sendas apenas, cuanto más caminos. Amigo, levantáos y aprended á mentir, y andad enhorabuena ; pero por este buen aviso que os doy, ¿ no me diréis una verdad ? que sí diréis, pues tan mal sabéis mentir. Decidme, ¿ sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la córte entre paje y caballero, que tenía fama de ser gran poeta ; uno que hizo un romance y un soneto á una gitanilla que los días pasados andaba en Madrid, que era tenida por singular en la belleza ? Decídmelo, que yo os prometo, por la fe de caballero gitano, de guardaros todo el secreto que vos viéredes que os conviene ; mirad que el negarme la verdad de que no sois el que yo digo no llevaría camino, porque este rostro que yo veo aquí es el propio que vide en Madrid. Sin duda alguna que la gran fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como á hombre raro é insigne, y así se me quedó tan estampada en la memoria vuestra figura, que os he venido á conocer por ella, aun puesto en el diferente traje en que estáis agora del en que yo os ví entonces. No os turbéis ; animáos, y no penséis que habéis llegado á un pueblo de ladrones, sino á un asilo que os sabrá guardar y defender de todo el mundo. Mirad : yo imagino una cosa, y si es así como la imagino, vos habéis topado con vuestra buena

suerte en haber encontrado conmigo : lo que imagino es que enamorado de Preciosa , aquella hermosa gitánica á quien hicisteis los versos , habéis venido á buscarla , por lo que yo no os tendré en menos , sino en mucho más ; que aunque gitano , la experiencia me ha mostrado adónde se extiende la poderosa fuerza de amor y las transformaciones que hace hacer á los que coge debajo de su jurisdicción y mando. Si esto es así , como creo que sin duda es , aquí está la Gitánica.

— Sí , aquí está ; que yo la vi anoche , dijo el mordido ; razón con que Andrés quedó como difunto , pareciéndole que había salido al cabo con la confirmación de sus sospechas. — Anoche la ví , tornó á referir el mozo ; pero no me atrevía á decirle quién era , porque no me convenía.

— Desa manera , dijo Andrés , ¿ vos sois el poeta que yo he dicho ?

— Sí soy , replicó el mancebo ; que no lo puedo ni lo quiero negar : quizá podría ser que donde he pensado perderme , hubiese venido á ganarme , si es que hay fidelidad en las selvas y buen acogimiento en los montes.

— Hayle , sin duda , respondió Andrés , y entre nosotros los gitanos el mayor secreto del mundo. Con esta confianza podéis , señor , descubrirme vuestro pecho , porque hallaréis en el mío lo que veréis sin doblez alguna ; la Gitanilla es parienta mía , y está sujeta á lo que yo quisiere hacer della : si la quisiéredes por esposa , yo y todos sus parientes gustaremos dello , y lo tendremos por bien ; y si por amiga , no usaremos de ningun melindre con tal que tengáis dineros , porque la codicia por jamás sale de nuestros ranchos.

— Dineros traigo , respondió el mozo ; en estas mangas de camisa , que traigo ceñida por el cuerpo , vienen cuatrocientos escudos de oro.

Este fué otro susto mortal que recibió Andrés , viendo que el traer tanto dinero no era sino para conquistar ó comprar su prenda , y con lengua ya turbada , dijo :

— Buena cantidad es esa ; no hay sino descubriros , y manos á la labor ; que la muchacha , que no es nada boba , verá cuán bien le está ser vuestra .

— ¡ Ay , amigo ! dijo á esta sazón el mozo , quiero que sepáis que la fuerza que me ha hecho mudar de traje no es la de amor que vos decís , ni de desear á Preciosa ; que hermosas tiene Madrid que pueden y saben robar los corazones y rendir las almas tan bien y mejor que las más hermosas gitanas ; puesto que confieso que la hermosura de vuestra parienta á todas las que yo he visto se aventaja . Quien me tiene en este traje , á pié y mordido de perros , no es amor , sino desgracia mía .

Con estas razones que el mozo iba diciendo , iba Andrés cobrando los espíritus perdidos , pareciéndole que se encaminaban á otro paradero del que se imaginaba ; y deseoso de salir de aquella confusión , volvió á reforzarle la seguridad con que podía descubrirse , y así él prosiguió diciendo :

— Yo estaba en Madrid en casa de un título , á quien servía , no como á señor , sino como á pariente ; éste tenía un hijo único heredero suyo , el cual , así por el parentesco , como por ser ambos de una edad y de una condición misma , me trataba con familiaridad y amistad grande . Sucedió que este caballero se enamoró de una doncella principal , á quien él escogiera de bonísima gana para su esposa , si no tuviera la voluntad sujeta como buen hijo á la de sus padres , que aspiraban á casarle más altamente ; pero con todo eso la servía á hurto de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar á la plaza sus deseos : solos los míos eran testigos de sus intentos ; y una noche , que debía de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré , pasando los dos por la puerta y calle desta señora , vimos arrimados á ella dos hombres al parecer de buen talle ; quiso reconocerlos mi pariente , y apenas se encaminó hácia ellos , cuando echaron con mucha ligereza mano á las espadas y á dos broqueles , y

se vinieron á nosotros, que hicimos lo mismo, y con iguales armas nos acometimos. Duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiaron los celos de mi pariente y la defensa que yo le hacía, las perdieron (caso extraño, y pocas veces visto). Triunfando, pues, de los que así no quisiéramos, volvimos á casa, y secretamente tomando todos los dineros que podimos, nos fuimos á San Gerónimo, esperando el día que descubriese lo sucedido y las presunciones que se tenían de los matadores. Supimos que de nosotros no había indicio alguno, y aconsejaronnos los prudentes religiosos que nos volviésemos á casa, y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros; y ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisaron que los señores alcaldes de córte habían preso en su casa á los padres de la doncella y á la misma doncella, y que entre otros criados á quien tomaron la confesión, una criada de la señora dijo como mi pariente paseaba á su señora de noche y de día, y que con este indicio habían acudido á buscarlos, y no hallándonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la córte ser nosotros los matadores de aquellos dos caballeros, que lo eran, y muy principales. Finalmente, con parecer del Conde, mi pariente, y del de los religiosos, despues de quince días que estuvimos escondidos en el monasterio, mi camarada, en hábito de fraile, con otro fraile se fué la vuelta de Aragón, con intención de pasarse á Italia, y desde allí á Flandes, hasta ver en qué paraba el caso. Yo quise dividir y apartar nuestra fortuna, y que no corriese nuestra suerte por una misma derrota; seguí otro camino diferente del suyo, y en hábito de mozo de fraile, á pié, sali con un religioso, que me dejó en Talavera. Desde allí aquí he venido solo y fuera de camino, hasta que anoche llegué á este encinar, donde me ha sucedido lo que habéis visto; y si pregunté por el camino de la Peña de Francia, fué por responder

algo á lo que se me preguntaba ; que en verdad que no sé donde cae la Peña de Francia, puesto que sé que está más arriba de Salamanca.

— Así es verdad , respondió Andrés , y ya la dejáis á mano derecha casi veinte leguas de aquí ; porque veáis cuán derecho camino llevábades , si allá fuérades.

— El que yo pensaba llevar , replicó el mozo , no es sino á Sevilla ; que allí tengo un caballero ginovés , grande amigo del Conde , mi pariente , que suele enviar á Génova gran cantidad de plata , y llevo designio de que me acomode con los que las suelen llevar como uno dellos , y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena , y de allí á Italia , porque han de venir dos galeras muy presto á embarcar esta plata. Esta es , buen amigo , mi historia : mirad si puedo decir que nace más de desgracia pura que de amores aguados ; pero si estos señores gitanos quisiesen llevarme en su compañía hasta Sevilla , si es que van allá , yo se lo pagaría muy bien ; que me doy á entender que en su compañía iría más seguro , y no con el temor que llevo.

— Sí llevarán , respondió Andrés , y si no fuéredes en nuestro aduar , porque hasta ahora no sé si va al Andalucía , iréis en otro que creo habemos de topar dentro de dos ó tres días , y con darles algo de lo que lleváis , facilitaréis con ellos otros imposibles mayores.

Dejóle Andrés , y vino á dar cuenta á los demás gitanos de lo que el mozo le había contado y de lo que pretendía , con el ofrecimiento que hacía de la buena paga y recompensa. Todos fueron de parecer que se quedase en el aduar : sólo Preciosa tuvo el contrario ; y la abuela dijo que ella no podía ir á Sevilla ni á sus contornos , á causa que los años pasados había hecho una burla en Sevilla á un gorrero llamado Triguillos , muy conocido en ella , al cual le había hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello , desnudo en carnes , y en la cabeza puesta una corona de ciprés , esperando el filo de la media noche para salir de

la tinaja á cavar y sacar un gran tesoro que ella le había hecho creer que estaba en cierta parte de su casa. Dijo que como oyó el buen gorrero tocar á maitines, por no perder la coyuntura se dió tanta priesa á salir de la tinaja, que dió con ella y con él en el suelo, y con el golpe y con los cascos se magulló las carnes, derramándose el agua, y él quedó nadando en ella y dando voces que se anegaba. Acudieron al momento su mujer y sus vecinos con luces, y halláronle haciendo efectos de nadador, soplando y arastrando la barriga por el suelo, y meneando los brazos y las piernas con mucha priesa, y diciendo á grandes voces:



« ¡socorro, señores, que me ahogo! » Tal le tenía el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba: abrazáronse con él, sacáronle de aquel peligro, volvió en sí, contó la burla de la gitana, y con todo eso cavó en la parte señalada más de un estado en hondo, á pesar de todos cuantos le decían que era embuste mío; y si no se lo estorbara un vecino suyo, que tocaba ya en los cimientos de su casa, él diéra con entrambas en el suelo, si le dejaran cavar todo cuanto él quisiera. Súpose este cuento por toda la ciudad, y hasta los muchachos le señalaban con el dedo y contaban su credulidad y mi embuste.

Esto contó la gitana vieja, y esto dió por excusa para no ir á Sevilla. Los gitanos, que ya sabían de Andrés Ca-

ballero que el mozo traía dineros en cantidad , con facilidad le acogieron en su compañía y se ofrecieron de guardarle y encubrirle todo el tiempo que él quisiese , y determinaron de torcer el camino á mano izquierda , y entrarse en la Mancha y en el reino de Murcia. Llamaron al mozo , y diéronle cuenta de lo que pensaban hacer por él ; él se lo agradeció , y dió cien escudos de oro para que los repartiesen entre todos. Con esta dádiva quedaron más blandos que unas martas : sólo á Preciosa no contentó mucho la quedada de D. Sancho (que así dijo el mozo que se llamaba) ; pero los gitanos se lo mudaron en el de Clemente , y así le llamaron desde allí adelante. También quedó un poco torcido Andrés , y no bien satisfecho de haberse quedado Clemente , por parecer que con poco fundamento había dejado sus primeros designios ; más Clemente , como si le leyera la intención , entre otras cosas , le dijo se holgaba de ir al reino de Murcia por estar cerca de Cartagena , adonde si viniesen galeras , como él pensaba que habían de venir , pudiese con facilidad pasar á Italia. Finalmente , por traerle más ante los ojos , y mirar sus acciones y escudriñar sus pensamientos , quiso Andrés que fuese Clemente su camarada , y Clemente tuvo esta amistad por gran favor que se le hacía. Andaban siempre juntos , gastaban largo , llovían escudos , corrían , saltaban , bailaban y tiraban la barra mejor que ninguno de los gitanos , y eran de las gitanas más que medianamente queridos , y de los gitanos en todo extremo respetados.

Dejaron , pues , á Extremadura , y entráronse en la Mancha , y poco á poco fueron caminando al reino de Murcia. En todas las aldeas y lugares que pasaban había desafíos de pelota , de esgrima , de correr , de saltar , de tirar la barra , y de otros ejercicios de fuerza , maña y ligereza , y de todos salían vencedores Andrés y Clemente , como de solo Andrés queda dicho ; y en todo este tiempo , que fué más de mes y medio , nunca tuvo Clemente oca-



sión, ni él la procuró, de hablar á Preciosa, hasta que un día, estando juntos Andrés y ella, llegó él á la conversación, porque le llamaron, y Preciosa le dijo:

— Desde la vez primera que llegaste á nuestro aduar te conocí, Clemente, y se me vinieron á la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise decir nada por no saber con qué intención venías á nuestras estancias; y cuando supe tu desgracia, me pesó en el alma, y se aseguró mi pecho, que estaba sobresaltado, pensando que como había Don Juanes en el mundo que se mudaban en Andreses, así podía haber Don Sanchos que se mudasen en otros nombres. Háblote desta manera, porque

Andrés me ha dicho que te ha dado cuenta de quién es, y de la intención con que se ha vuelto gitano (y así era la verdad, que Andrés le había hecho sabidor de toda su historia por poder comunicar con él sus pensamientos); y no pienses que te fué de poco provecho el conocerte, pues por mi respeto y por lo que yo de tí dije, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañía, donde plega á Dios te suceda todo el bien que acertares á desearte. Este buen deseo quiero que me pagues en que no afees á Andrés la bajeza de su intento, ni le pintes cuán mal le está perseverar en este estado; que puesto que yo imagino que debajo de los candados de mi voluntad está la suya, todavía me pesaría de verle dar muestras, por mínimas que fuesen, de algun arrepentimiento.

A esto respondió Clemente:

— No pienses, Preciosa única, que don Juan con ligereza de ánimo me descubrió quién era; primero le conocí yo y primero me descubrieron sus ojos sus intentos; primero le dije yo quién era, y primero le adiviné la prisión de su voluntad que tú señalas; y él, dándome el crédito que era razón que me diese, fió de mi secreto el suyo, y él es buen testigo si alabé su determinación y escogido empleo; que no soy, ¡oh, Preciosa! de tan corto ingenio, que no alcance hasta dónde se extienden las fuerzas de la hermosura; y la tuya, por pasar de los límites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que deben llamarse yerros los que se hacen con tan forzosas causas. Agradézcode, señora, lo que en mi crédito dijiste, y yo pienso pagártelo en desear que estos enredos amorosos salgan á fines felices, y que tú goces de tu Andrés, y Andrés de su Preciosa en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta veamos en el mundo los más bellos renuevos que pueda formar la bien intencionada naturaleza. Esto desearé yo, Preciosa, y esto le diré siempre á tu Andrés, y no cosa alguna que le divierta de sus bien colocados pensamientos.

Con tales afectos dijo las razones pasadas Clemente, que estuvo en duda Andrés si las había dicho como enamorado ó como comedido; que la infernal enfermedad celosa es tan delicada y de tal manera, que en los átomos del sol se pega, y de los que tocan á la cosa amada se fatiga el amante y se desespera; pero con todo esto no tuvo celos confirmados, más fiado de la bondad de Preciosa que de la ventura suya; que siempre los enamorados se tienen por infelices en tanto que no alcanzan lo que desean. En fin, Andrés y Clemente eran camaradas y grandes amigos, asegurándolo todo la buena intención de Clemente y el recato y prudencia de Preciosa, que jamás dió ocasión á que Andrés tuviese della celos.

Tenía Clemente sus puntas de poeta, como lo mostró en los versos que dió á Preciosa, y Andrés se picaba un poco, y entrambos eran aficionados á la música. Sucedió, pues, que estando el aduar alojado en un valle cuatro leguas de Murcia, una noche, por entretenerse, sentados los dos, Andrés al pié de un alcorcho, Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche, comenzando Andrés y respondiendo Clemente, cantáron estos versos:

ANDRÉS.

Mira, Clemente, el estrellado velo
Con que esta noche fría
Compite con el día,
De luces bellas adornado el cielo;
Y en esta semejanza,
Si tanto tu divino ingenio alcanza,
Aquel rostro figura
Donde asiste el extremo de hermosura.

CLEMENTE.

Donde asiste el extremo de hermosura,
Y adonde la Preciosa



Honestidad hermosa
 Con todo extremo de bondad se apura :
 En un sugeto cabe,
 Que no hay humano ingenio que le alabe,
 Si no toca en divino,
 En alto, en raro, en grave y peregrino.

ANDRÉS.

En alto, en raro, en grave y peregrino
 Estilo nunca usado,
 Al cielo levantado,
 Por dulce al mundo y sin igual camino.

Tu nombre ¡ oh Gitanilla !
 Causando asombro, espanto y maravilla
 La fama yo quisiera
 Que le llevara hasta la octava esfera.

CLEMENTE.

Que le llevara hasta la octava esfera
 Fuera decente y justo,
 Dando á los cielos gusto
 Cuando el són de su nombre allá se oyera ;
 Y en la tierra causara ,
 Por donde el dulce nombre resonara ,
 Música en los oídos ,
 Paz en las almas , gloria en los sentidos.

ANDRÉS.

Paz en las almas , gloria en los sentidos
 Se siente cuando canta
 La sirena que encanta
 Y adormece á los más apercebidos ;
 Y tal es mi Preciosa ,
 Que es lo ménos que tiene ser hermosa :
 Dulce regalo mío ,
 Corona del donaire, honor del brio.

CLEMENTE.

Corona del donaire, honor del brio
 Eres , bella Gitana ,
 Frescor de la mañana ,
 Céfiro blando en el ardiente estio
 Rayo con que amor ciego
 Convierte el pecho más de nieve en fuego ;
 Fuerza que así la hace
 Que blandamente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo , sino sonara á sus espaldas la voz de Preciosa, que las suyas había escuchado. Suspendiólos el oírlo , y

sin moverse, prestándola maravillosa atención, la escucharon. Ella (no sé si de improviso, ó si en algún tiempo los versos que cantaba le compusieron), con extremada gracia, como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes :

En esta empresa amorosa
 Donde el amor entretengo,
 Por mayor ventura tengo
 Ser honesta que hermosa.

La que es más humilde planta,
 Si la subida endereza
 Por gracia ó naturaleza,
 A los cielos se levanta.

En este mi bajo cobre,
 Siendo honestidad su esmalte,
 No hay buen deseo que falte,
 Ni riqueza que no sobre.

No me causa alguna pena
 No quererme ó no estimarme ;
 Que yo pienso fabricarme
 Mi suerte y ventura buena.

Haga yo lo que en mí es,
 Que á ser buena me encamine,
 Y haga el ciclo y determine
 lo que quisiere después.

Quiero ver si la belleza
 Tiene tal prerrogativa,
 Que me encumbre tan arriba
 Que aspire á mayor alteza.

Si las almas son iguales,
 Podrá la de un labrador
 Igualarse por valor
 Con las que son imperiales.

De la mía lo que siento
 Me sube al grado mayor,
 Porque majestad y amor
 No tienen un mismo asiento.

Aquí dió fin Preciosa á su canto, y Andrés y Clemente se levantaron á recibirla. Pasaron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubrió en las sayas su discreción,

su honestidad y su agudeza de tal manera, que en Clemente halló disculpa la intención de Andrés, que aun hasta entónces no la había hallado, juzgando más á mocedad que á cordura su arrojada determinación.



Aquella mañana se levantó el aduar, y se fueron á alojarse en un lugar de la jurisdicción de Murcia, tres leguas de la ciudad, donde le sucedió á Andrés una desgracia que le puso en punto de perder la vida; y fué, que despues de haber dado en aquel lugar algunos vasos y prendas de plata en fianzas, como tenían de costumbre, Preciosa y su abuela, y Cristina con otras dos gitanillas, y los dos, Clemente y Andrés, se alojaron en un mesón de una viuda rica, la cual tenía una hija de edad de diez y siete ó diez y ocho años, algo más desenvuelta que hermosa, y por más señas se llamaba Juana Carducha. Ésta, habiendo visto bailar á las gitanas y gitanos, la tomó el diablo y se enamoró de Andrés tan fuertemente, que propuso de decírselo y tomarle por marido, si él quisiese, aunque á todos sus parientes les pesase; y así buscó coyuntura para decírselo, y hallóla en un corral donde Andrés había entrado á requerir dos pollinos. Llegóse á él, y con priesa, por no ser vista, le dijo:

— Andrés (que ya sabía su nombre), yo soy doncella y rica, que mi madre no tiene otro hijo sino á mí, y este mesón es suyo, y amén desto, tiene muchos majuelos, y

otros dos pares de casas: hasme parecido bien; si me quieres por esposa, en tí está, respóndeme presto, y si eres discreto, quédate, y verás qué vida nos damos.

Admirado quedó Andrés de la resolución de la Carducha, y con la presteza que ella pedía, le respondió:

— Señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme, y los gitanos no nos casamos sino con gitanas: guárdela Dios por la merced que me quería hacer, de que yo no soy digno.

No estuvo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la aceda respuesta de Andrés, á quien replicara si no viera que entraban en el corral otras gitanas. Salióse corrida y asendereada, y de buena gana se vengara si pudiera. Andrés, como discreto, determinó de poner tierra en medio, y desviarse de aquella ocasión que el diablo le ofrecía; que bien leyó en los ojos de la Carducha que sin los lazos matrimoniales se le entregara á toda su voluntad, y no quiso verse pié á pié y solo en aquella estacada; y así pidió á todos los gitanos que aquella noche se partiesen de aquel lugar. Ellos, que siempre le obedecían, lo pusieron luégo por obra, y cobrando sus fianzas aquella tarde, se fueron.

La Carducha, que vió que en irse Andrés se le iba la mitad de su alma, y que no le quedaba tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenó de hacer quedar á Andrés por fuerza, ya que de grado no podía; y así con la industria, sagacidad y secreto que su mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andrés, que ella conoció por suyas, unos ricos corales y dos patenas de plata con otros brincos suyos; y apénas habían salido del mesón, cuando dió voces diciendo que aquellos gitanos le llevaban robadas sus joyas, á cuyas voces acudió la justicia y toda la gente del pueblo. Los gitanos hicieron alto, y todos juraban que ninguna cosa llevaban hurtada, y que ellos harían patentes todos los sacos y repuesto de su aduar. Desto se congojó mucho la gitana vieja, temiendo en

aquel escrutinio no se manifestasen los dijes de la Preciosa y los vestidos de Andrés, que ella con gran cuidado y recato guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con mucha brevedad todo, porque al segundo envoltorio que miraron dijo que preguntasen cuál era el de aquel gitano, gran bailador, que ella había visto entrar en su aposento dos veces, y que podía ser que aquel las llevase. Entendió Andrés que por él lo decía, y riéndose, dijo:

— Señora doncella, esta es mi recámara y este es mi pollino; si vos halláredes en ella ni en él lo que os falta, yo os lo pagaré con las setenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley da á los ladrones.

Acudieron luego los ministros de la justicia á desbaliar el pollino, y á pocas vueltas dieron con el hurto, de que quedó tan espantado Andrés y tan absorto, que no pareció sino estatua sin voz, de piedra dura.

— ¿No sospeché yo bien? dijo á esta sazón la Carducha: mirad con qué buena cara se encubre un ladrón tan grande.

El Alcalde, que estaba presente, comenzó á decir mil injurias á Andrés y á todos los gitanos, llamándolos de públicos ladrones y salteadores de caminos. A todo caliaba Andrés, suspenso é imaginativo, y no acababa de caer en la traición de la Carducha. En esto se llegó á él un soldado bizarro, sobrino del Alcalde, diciendo:

— ¿No veis cuál se ha quedado el gitanico podrido de hurtar? Apostaré yo que hace melindres, y que niega el hurto, con habérsele cogido en las manos; que bien haya quien no os echa en galeras á todos. Mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas, sirviendo á su Majestad; que no andarse bailando de lugar en lugar y hurtando de venta en monte. A fè de soldado, que estoy por darle una bofetada que le derribe á mis piés.

Y diciendo esto, sin más ni más alzó la mano, y le dió un bofetón tal, que le hizo volver de su embelesamiento

y le hizo acordar que no era Andrés Caballero, sino don Juan y caballero; y arremetiendo al soldado con mucha presteza y más cólera, le arrancó su misma espada de la vaina, y se la envainó en el cuerpo, dando con él muerto en tierra. Aquí fué el gritar del pueblo; aquí el amohinarse el tío alcalde; aquí el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andrés de verla desmayada; aquí el acudir todos á las armas y dar tras el homicida. Creció la confusión, creció la grita, y por acudir Andrés al desmayo de Preciosa, dejó de acudir á su defensa; y quiso la suerte que Clemente no se hallase al desastrado suceso, que con los bagajes había ya salido del pueblo; finalmente, tantos cargaron sobre Andrés, que le prendieron y le aherrojaron con dos muy gruesas cadenas. Bien quisiera el Alcalde ahorcarle luégo, si estuviera en su mano; pero hubo de remitirle á Murcia, por ser de su jurisdicción. No le llevaron hasta otro día, y en el que allí estuvo pasó Andrés muchos martirios y vituperios, que el indignado Alcalde y sus ministros y todos los del lugar le hicieron. Prendió el Alcalde todos los más gitanos y gitanas que pudo, porque los más huyeron, y entre ellos Clemente, que temió ser cogido y descubierto. Finalmente, con la sumaria del caso y con una gran cáfila de gitanos, entraron el Alcalde y sus ministros con otra mucha gente armada en Murcia, entre los cuales iba Preciosa y el pobre Andrés, ceñido de cadenas sobre un macho y con esposas y piedeamigo. Salió toda Murcia á ver los presos, que ya se tenía noticia de la muerte del soldado. Pero la hermosura de Preciosa aquel día fué tanta, que ninguno la miraba que no la bendecía, y llegó la nueva de su belleza á los oídos de la señora Corregidora, que por curiosidad de verla hizo que el Corregidor, su marido, mandase que aquella gitánica no entrase en la cárcel, y todos los demas sí, y á Andrés le pusieron en estrecho calabozo, cuya escuridad y la falta de la luz de Preciosa le trataron de manera, que bien pensó no salir de allí sino para la sepultura. Llevaron á Preciosa

con su abuela á que la Corregidora la viese, y así como la vió, dijo:

— Con razon la alaban de hermosa.



Y llegándola á sí, la abrazó tiernamente y no se hartaba de mirarla, y preguntó á su abuela que qué edad tendría aquella niña.

— Quince años, respondió la gitana, dos meses más ó menos.

— Esos tuviera agora la desdichada de mi Costanza: ¡ay, amigas! que esta niña me ha renovado mi desventura, dijo la Corregidora.

Tomó en esto Preciosa las manos de la Corregidora, y besándoselas muchas veces se las bañaba con lágrimas y le decía:

— Señora mía, el gitano que está preso no tiene culpa, porque fué provocado: llamáronle ladrón, y no lo es; diéronle un bofetón en su rostro, que es tal, que en él se descubre la bondad de su ánimo. Por Dios y por quien vos sois, señora, que le hagáis guardar su justicia, y que el señor Corregidor no se dé prisa á ejecutar en él el castigo con que las leyes le amenazan; y si algun agrado os ha dado mi hermosura, entretenedla con entretener el preso, porque en el fin de su vida está el de la mía. Él ha de ser

mi esposo, y justos y honestos impedimentos han estorbado que aun hasta ahora no nos habemos dado las manos; si dineros fueren menester para alcanzar perdón de la parte, todo nuestro aduar se venderá en pública almoneda, y se dará aún más de lo que pidieren. Señora mía, si sabeis qué es amor, y algún tiempo le tuvisteis, y ahora le tenéis á vuestro esposo, doléos de mí, que amo tierna y honestamente al mío.

En todo el tiempo que esto decía Preciosa, nunca la dejó las manos ni apartó los ojos de mirarla atentísimamente, derramando amargas y piadosas lágrimas en mucha abundancia: asimismo la Corregidora la tenía á ella asida de las suyas, mirándola ni más ni menos con no menor ahinco y con no más pocas lágrimas. Estando en esto, entró el Corregidor, y hallando á su mujer y á Preciosa tan llorosas y encadenadas, quedó suspenso, así de su llanto como de su hermosura: preguntó la causa de aquel sentimiento, y la respuesta que dió Preciosa fué soltar las manos de la Corregidora y asirse de los piés del Corregidor, diciéndole:

— Señor, misericordia, misericordia: si mi esposo muere, yo soy muerta: él no tiene culpa: pero si la tiene, déseme á mi la pena; y si esto no puede ser, á lo menos entreténgase el pleito en tanto que se procuran y buscan los medios posibles para su libertad; que podrá ser que al que no pecó de malicia le enviase el cielo la salud de gracia.

Con nueva suspension quedó el Corregidor de oír las discretas razones de la Gitanilla, y que ya, si no fuera por no dar indicios de flaqueza, le acompañara en sus lágrimas. En tanto que esto pasaba, estaba la gitana vieja considerando grandes, muchas y diversas cosas, y al cabo de toda esta suspensión é imaginación, dijo:

— Espérenme vuestras mercedes, señores míos, un poco; que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque á mí me cueste la vida.

Y así, con ligero paso se salió de donde estaba, dejando á los presentes confusos de lo que dicho había. En tanto, pues, que ella volvía, nunca dejó Preciosa las lágrimas ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intención de avisar á su padre que viniese á entender en ella. Volvió la gitana con un pequeño cofre debajo del brazo, y dijo al Corregidor que con su mujer y ella se entrasen en un aposento; que tenía cosas grandes que decirles nn secreto. El Corregidor, creyendo que algunos hurtos de los gitanos quería descubrirle por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento se retiró con ella y con su mujer en su recámara, adonde la gitana, hincándose de rodillas ante los dos, les dijo:

— Si las buenas nuevas que os quiero dar, señores, no merecieran alcanzar en albricias el perdón de un gran pecado mío, aquí estoy para recibir el castigo que quisiéredes darme; pero ántes que le confiese, quiero que me digais, señores, primero, si conoceis estas joyas.

Y descubriendo un cofrecito donde venían las de Preciosa, se le puso en las manos al Corregidor, y en abriéndole, vió aquellos dijés pueriles, pero no cayó en lo que podían significar. Mirólos también la Corregidora, pero tampoco dió en la cuenta; solo dijo:

— Estos son adornos de alguna pequeña criatura.

— Así es la verdad, dijo la gitana; y de qué criatura sean, lo dice ese escrito que está en ese papel doblado.

Abrióle con priesa el Corregidor, y leyó que decía: *Llamábase la niña doña Constanza de Acevedo y de Meneses; su madre doña Guiomar de Meneses, y su padre don Fernando de Acevedo, caballero del hábito de Calatrava: desparecila día de la Ascensión del Señor, á las ocho de la mañana del año de mil y quinientos y noventa y cinco: traía la niña puestos estos brincos que en este cofre están guardados.*

Apenas hubo oído la Corregidora las razones del papel, cuando reconoció los brincos, se los puso á la boca, y dándoles infinitos besos, se cayó desmayada. Acudió el

Corregidor á ella ántes que á preguntar á la gitana por su hija, y habiendo vuelto en sí, dijo:

— Mujer buena, antes ángel que gitana, ¿ adónde está el dueño, digo, la criatura cuyos eran estos dijes?

— ¿ Adónde, señora? respondió la gitana: en vuestra casa la tenéis; aquella Gitanica que os sacó las lágrimas de los ojos es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurté en Madrid de vuestra casa el día y hora que ese papel dice.

Oyendo esto la turbada señora, soltó los chapines, y desalada y corriendo salió á la sala, donde había dejado á Preciosa, y hallóla rodeada de sus doncellas y criadas todavía llorando; arremetió á ella, y sin decirle nada, con gran priesa la desabrochó el pecho, y miró si tenía debajo de la teta izquierda una señal pequeña á modo de lunar blanco con que había nacido, y hallóle ya grande, que con el tiempo se había dilatado: luégo con la misma celeridad la descalzó, y descubrió un pié de nieve y de marfil hecho á torno, y vió en él lo que buscaba, que era que los dos dedos últimos del pié derecho se trababan el uno con el otro por medio con un poquito de carne, la cual, cuando niña, nunca se la habían querido cortar por no darle pesadumbre. El pecho, los dedos, los brincos, el día señalado del hurto, la confesión de la gitana, y el sobresalto y alegría que habían recibido sus padres cuando la vieron, con toda la verdad confirmaron en el alma de la Corregidora ser Preciosa su hija; y así, cogiéndola en sus brazos, se volvió con ella adonde el Corregidor y la gitana estaban.

Iba Preciosa confusa, que no sabía á qué efecto se habían hecho con ella aquellas diligencias, y más viéndose llevar en brazos de la Corregidora, y que le daba de un beso hasta ciento. Llegó, en fin, con Preciosa doña Guio-mar á la presencia de su marido, y trasladándola de sus brazos á los del Corregidor, le dijo:

— Recibid, señor, á vuestra hija Costanza, que ésta es

sin duda : no lo dudéis , señor , en ningún modo ; que la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto ; y más , que á mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron .

— No lo dudo , respondió el Corregidor , teniendo en sus brazos á Preciosa , que los mismos efectos han pasado por la mía que por la vuestra ; y más , que tantas puntualidades juntas , ¿ cómo podían suceder , sino fuera por milagro ?

Toda la gente de casa andaba absorta , preguntando unos á otros qué sería aquello , y todos andaban bien lejos del blanco : que ¿ quién había de imaginar que la Gitanilla era hija de sus señores ?

El Corregidor dijo á su mujer , y á su hija , y á la gitana vieja que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese ; y asimismo dijo á la vieja que él la perdonaba el agravio que le había hecho en hurtarle el alma ; pues la recompensa de habérsela vuelto , mayores albricias merecía , y que sólo le pesaba que sabiendo ella la calidad de Preciosa , la hubiese desposado con un gitano , y más con un ladrón y homicida .

— ¡ Ay ! dijo á esto Preciosa , señor mio , que ni es gitano ni ladrón , puesto que es matador ; pero fuélo del que le quitó la honra , y no pudo hacer menos de mostrar quién era y matarle .

— ¿ Cómo ? ¿ qué no es gitano , hija mia ? dijo doña Guiomar ?

Entonces la gitana vieja contó brevemente la historia de Andrés Caballero , y que era hijo de don Francisco de Cárcamo , caballero del hábito de Santiago , y que se llamaba don Juan de Cárcamo ; asimismo del mismo hábito , cuyos vestidos ella tenía de cuando los mudó en los de gitano . Contó también el concierto que entre Preciosa y don Juan estaba hecho de guardar dos años de probación para desposarse ó no ; puso en su punto la honestidad de entrambos y la agradable condición de don Juan . Tanto se

admiraron de esto como del hallazgo de su hija, y mandó el Corregidor á la gitana que fuese por los vestidos de don Juan; ella lo hizo así, y volvió con otro gitano que los trujo.

En tanto que ella iba y volvía, hicieron sus padres á Preciosa cien mil preguntas, á que respondió con tanta discreción y gracia, que aunque no la hubieran reconocido por hija, los enamorara. Preguntáronla si tenía alguna afición á don Juan: respondió que no más de aquella que le obligaba á ser agradecida á quien se había querido humillar á ser gitano por ella; pero que ya no se extendería á más el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen.

— Calla, hija Preciosa, dijo su padre (que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu pérdida y de tu hallazgo); que yo, como tu padre, tomo á cargo el ponerte en estado que no desdiga de quién eres.

Suspiró oyendo esto Preciosa, y su madre, como era discreta, entendió que suspiraba de enamorada de don Juan, y dijo á su marido:

— Señor, siendo tan principal don Juan de Cárcamo como lo es, y queriendo tanto á nuestra hija, no nos estaría mal dársela por esposa.

Y él respondió:

— Aun apenas hoy la hemos hallado, ¿y ya queréis que la perdamos? Gocémosla algún tiempo; que en casándola no será nuestra, sino de su marido.

— Razon tenéis, señor, respondió ella; pero dad orden de sacar á don Juan, que debe de estar en algún calabozo.

— Sí estará, dijo Preciosa, que á un ladrón matador, y sobre todo gitano, no le habrán dado mejor estancia.

— Yo quiero ir á verle, como que le voy á tomar la confesión, respondió el Corregidor, y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera.

Y abrazando á Preciosa , fué luégo á la cárcel y entró en el calabozo donde don Juan estaba , y no quiso que nadie entrase con él. Hallóle con entrambos piés en un cepo , y con las esposas en las manos , y que aún no le habían quitado el piedeamigo. Era la estancia oscura , pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera , por donde entraba luz , aunque muy escasa ; y así como le vió , le dijo :

— ¿ Cómo está la buena pieza ? que así tuviera yo atraíllados cuantos gitanos hay en España , para acabar con ellos en un día , como Nerón quisiera con Roma , sin dar más de un golpe. Sabed , ladrón puntoso , que yo soy el Corregidor desta ciudad , y vengo á saber , de mí á vos , si es verdad que es vuestra esposa una gitanilla que viene con vosotros.

Oyendo esto Andrés , imaginó que el Corregidor se debía haber enamorado de Preciosa ; que los celos son de cuerpos sutiles y se entran por otros cuerpos sin romperlos , apartarlos ni dividirlos ; pero con todo esto , respondió :

— Si ella ha dicho que yo soy su esposo , es mucha verdad ; y si ha dicho que no lo soy , también ha dicho verdad ; porque no es posible que Preciosa diga mentira.

— ¿ Tan verdadera es ? respondió el Corregidor ; no es poco serlo para ser gitana. Ahora bién , mancebo : ella ha dicho que es vuestra esposa , pero que nunca os ha dado la mano ; ha sabido que , según es vuestra culpa , habeís de morir por ella , y hame pedido que antes de vuestra muerte la despose con vos , porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan grande ladrón como vos.

— Pues hágalo vuesa merced , señor Corregidor , como ella lo suplica , respondió Andrés ; que como yo me despose con ella , iré contento á la otra vida , como parta desta con nombre de ser suyo.

— Mucho la debéis de querer , dijo el Corregidor.

— Tanto , respondió el preso , que á poderlo decir , no

fuera nada. En efeto , señor Corregidor , mi causa se concluya ; yo maté al que me quiso quitar la honra ; yo adoro á esa gitana : moriré contento si muero en su gracia , y sé que no nos ha de faltar la de Dios , pues entrambos habemos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos.

— Pues esta noche enviaré por vos , dijo el Corregidor , y en mi casa os desposaréis con Preciosa , y mañana á medio día estaréis en la horca ; con lo que yo habré cumplido con lo que pide la justicia y con el deseo de entrambos.

Agradecióselo Andrés , y el Corregidor volvió á su casa y dió cuenta á su mujer de lo que con D. Juan había pasado , y de otras cosas que pensaba hacer. En el tiempo que él faltó de su casa dió cuenta Preciosa á su madre de todo el discurso de su vida , y de cómo siempre había creído ser gitana y ser nieta de aquella vieja ; pero que siempre se había estimado en mucho más de lo que de ser gitana se esperaba.

Preguntóle su madre que le dijese la verdad , si quería bien á D. Juan de Cárcamo. Ella con vergüenza y con los ojos en el suelo le dijo que por haberse considerado gitana , y que mejoraba su suerte con casarse con un caballero de hábito y tan principal como D. Juan de Cárcamo , y por haber visto por experiencia su buena condición y honesto trato , alguna vez le había mirado con ojos aficionados ; pero que en resolución ya había dicho que no tenía otra voluntad de aquella que ellos quisiesen.

Llegóse la noche , y siendo casi las diez , sacaron á Andrés de la cárcel sin las esposas y el piedeamigo , pero no sin una gran cadena que desde los piés todo el cuerpo le ceñía. Llegó deste modo , sin ser visto de nadie sino de los que le traían , en casa del Corregidor , y con silencio y recato le entraron en un aposento , donde le dejaron solo. De allí á un rato entró un clérigo , y le dijo que se confesase , porque había de morir otro día. A lo cual respondió Andrés :

— De muy buena gana me confesaré ; pero ¿ cómo no me desposan primero ? Y si me han de desposar , por cierto que es muy malo el tálamo que me espera .

Doña Guiomar , que todo esto sabía , dijo á su marido que eran demasiados los sustos que á D. Juan daba ; que los moderase , porque podría ser perdiere la vida con ellos . Parecióle buen consejo al Corregidor , y así entró á llamar al que le confesaba , y dijole que primero habían de desposar al gitano con Preciosa la gitana , y que despues se confesaría , y que se encomendase á Dios de todo corazón , que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas .

En efecto , Andrés salió á una sala donde estaban solamente doña Guiomar , el Corregidor , Preciosa y otros dos criados de casa . Pero cuando Preciosa vió á D. Juan ceñido y aherrojado con tan gran cadena , descolorido el rostro y los ojos con muestra de haber llorado , se le cubrió el corazón , y se arrimó al brazo de su madre que junto á ella estaba , la cual abrazándola consigo , le dijo :

— Vuelve en tí , niña , que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho .

Ella , que estaba ignorante de aquello , no sabía cómo consolarse , y la gitana vieja estaba turbada , y los circunstantes colgados del fin de aquel caso . El Corregidor dijo :

— Señor Tiniente-cura , este gitano y esta gitana son los que vuesa merced ha de desposar .

— Eso no podré yo hacer , si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren . ¿ Dónde se han hecho las amonestaciones ? ¿ dónde está la licencia de mi superior , para que con ellas se haga el desposorio ?

— Inadvertencia ha sido mía , respondió el Corregidor ; pero yo haré que el vicario la dé .

— Pues hasta que la vea , respondió el Tiniente-cura , estos señores perdonen .

Y sin replicar más palabra , porque no sucediese algún escándalo , se salió de casa , y los dejó á todos confusos .

— El padre ha hecho muy bien, dijo á esta sazón el Corregidor, y podría ser fuese providencia del cielo esta para que el suplicio de Andrés se dilate, porque en efecto él se ha desposar con Preciosa, y han de preceder primero las amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida á muchas amargas dificultades; y con todo esto querría saber de Andrés, si la suerte encaminase sus sucesos, de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, ¿ si se tendría por dichoso, ya siendo Andrés Caballero ó ya D. Juan de Cárcamo?

Así como oyó Andrés nombrarse por su nombre, dijo:

— Pues Preciosa no ha querido contenerse en los límites del silencio, y ha descubierto quién soy, aunque esa buena dicha me hallara hecho monarca del mundo, la tuviera en tanto, que pusiera término á mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del cielo.

— Pues por ese buen ánimo que habeis mostrado, señor D. Juan de Cárcamo, á su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legitima consorte, y agora os la doy y entrego en esperanza por la más rica joya de mi casa y de mi vida y de mi alma, y estimadla en lo que decís, porque en ella os doy á doña Constanza de Acevedo y Meneses, mi única hija, la cual, si os iguala en el amor, no os desdice nada en el linaje.

Atónito quedó Andrés viendo el amor que le mostraban, y en breves razones doña Guiomar contó la pérdida de su hija y su hallazgo, con las certísimas señas que la gitana vieja había dado de su hurto; con que acabó D. Juan de quedar atónito y suspenso; pero, alegre sobre todo encarcamiento, abrazó á sus suegros, llamólos padres y señores suyos, y besó las manos á Preciosa, que con lágrimas le pedía las suyas.

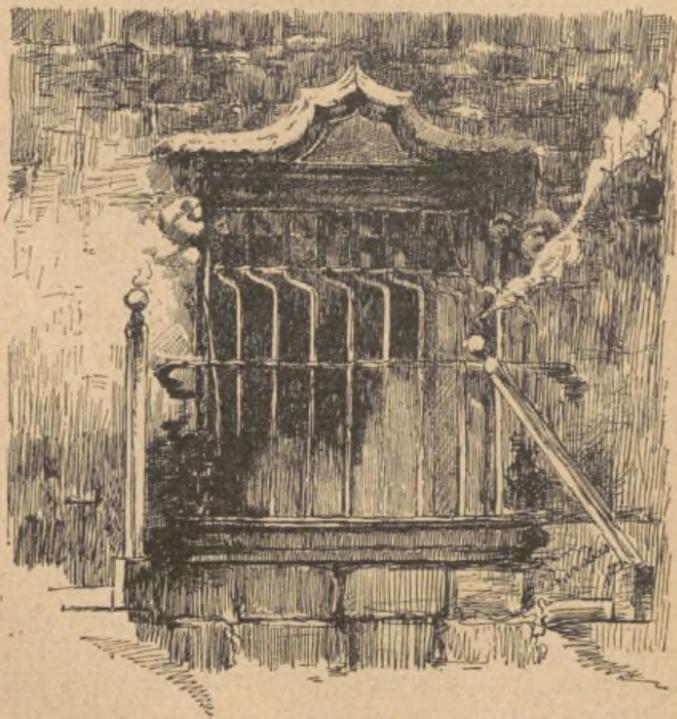
Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habían estado presentes, el cual sabido por el Alcalde, tío del muerto, vió tomados los ca-

minos de su venganza, pues no había de tener lugar el rigor de la justicia para ejecutarla en el yerno del Corregidor.

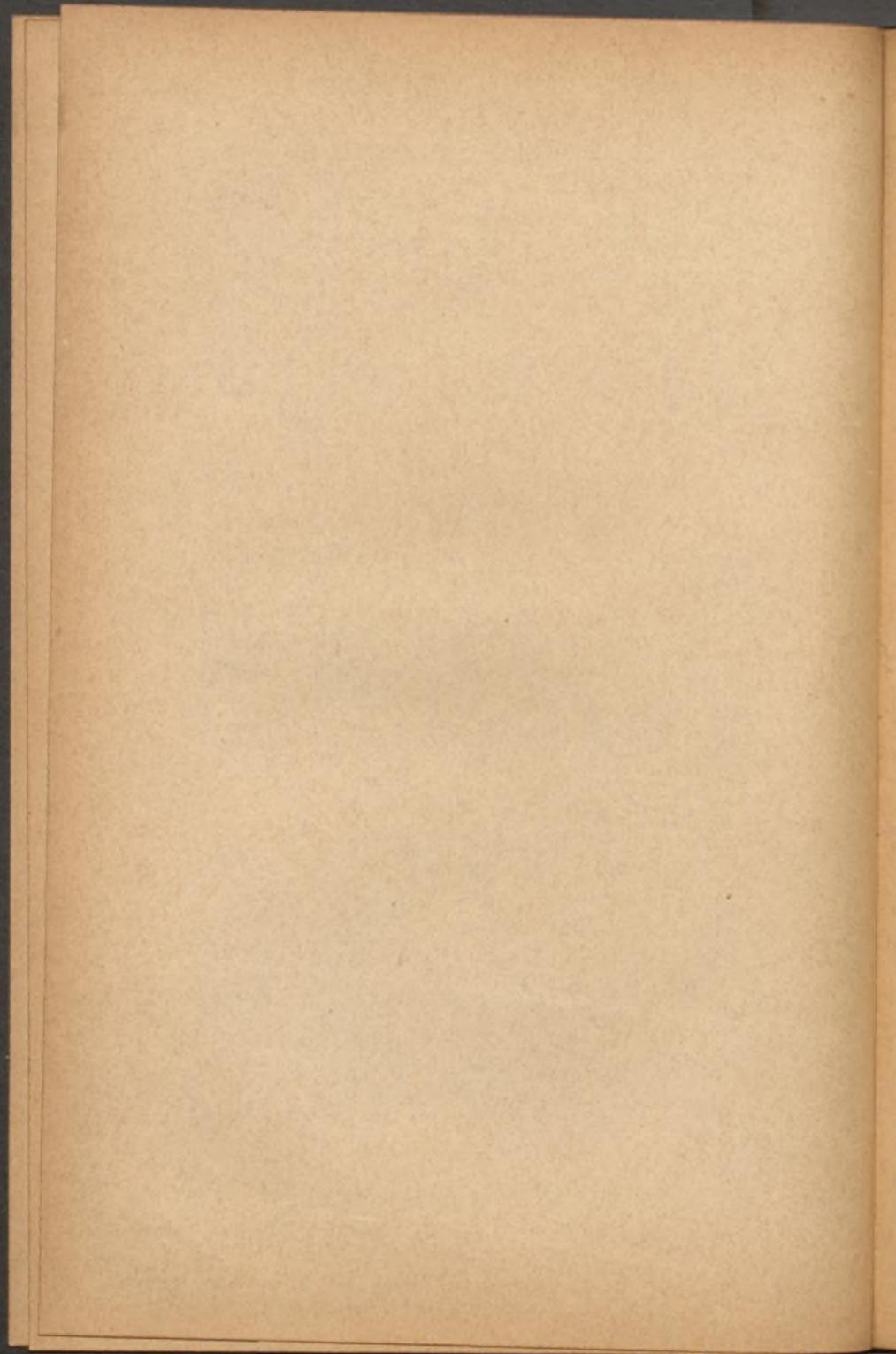
Vistióse D. Juan los vestidos de camino que allí había traído la gitana; volviéronse las prisiones y cadenas de hierro en libertad y cadenas de oro; la tristeza de los gitanos presos en alegría, pues otro día los dieron en fiado; recibió el tío del muerto la promesa de dos mil ducados que le hicieron porque bajase de la querrela y perdonase á D. Juan, el cual, no olvidándose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron ni supieron dél hasta que desde allí á cuatro días tuvo nuevas ciertas que se había embarcado en una de dos galeras de Génova que estaban en el puerto de Cartagena y ya se habían partido. Dijo el Corregidor á D. Juan que tenía por nueva cierta que su padre D. Francisco de Cárcamo estaba proveído por Corregidor de aquella ciudad, y que sería bien esperalle para que con su beneplácito y consentimiento se hiciesen las bodas. D. Juan dijo que no saldría de lo que él ordenase; pero que, ante todas cosas, se había de desposar con Preciosa. Concedió licencia el Arzobispo para que con sola una amonestacion se hiciese. Hizo fiestas la ciudad, por ser muy bien quisto el Corregidor, con luminarias, toros y cañas el día del desposorio; quedóse la gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de su nieta Preciosa; llegaron las nuevas á la córte del caso y casamiento de la Gitanilla; supo D. Francisco de Cárcamo ser su hijo el gitano, y ser Preciosa la gitanilla que él había visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenía por perdido, por saber que no había ido á Flandes; y más porque vió cuán bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero y tan rico como era D. Fernando de Acebedo. Dió priesa á su partida por llegar presto á ver á sus hijos, y dentro de veinte días ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas, y los

poetas de la ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomaron á cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la Gitanilla; y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa mientras los siglos duraren.

Olvidábaseme de decir cómo la enamorada mesonera descubrió á la justicia no ser verdad lo del hurto de Andrés el gitano, y confesó su amor y su culpa, á quien no respondió pena alguna, porque en la alegría del hallazgo de los desposados se enterró la venganza y resucitó la clemencia.



QUEVEDO.





D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

A oír este nombre ¿á qué español no le retoza la risa en los labios? Por sus chistes y jácaras, por sus intencionadas sátiras llenas de sal y pimienta, se ha hecho principalmente famoso en nuestra patria y fuera de ella, el ingenioso autor de *Los Sueños* y de la *Vida del gran Tacaño*. Manifiesta injusticia fuera conceder solo renombre por las burlas á quien tan alto rayó en las veras y con razonar tan profundo trató de la Política de Dios como insigne filósofo y moralista, y escribió la *Vida de San Pablo* como gran conocedor de las Sagradas Escrituras. Con razon dice uno de sus biógrafos, que

mejor que á Lope debió llamársele mónstruo de la naturaleza, porque fué don Francisco de Quevedo hombre sabio en la ciencia de su tiempo « desde las lenguas vulgares á la teología, desde el derecho á las matemáticas y la astronomía, desde la medicina á la política; gran humanista, filósofo eminente, inspirado poeta, fácil en la sátira, en el chiste incomparable, famoso esgrimidor, y á no habérselo impedido la viciosa conformacion de sus piés, se hubiera señalado asimismo como hábil en la danza y perito en el arte de la jineta. »

Madrid se lleva la gloria de ser cuna de este insigne ingenio. En la parroquia de San Ginés fué bautizado á los 26 de setiembre de 1580, siendo sus padres don Pedro Gomez de Quevedo, secretario de la Reina doña Ana de Austria cuarta esposa de Felipe II, y doña María de Santibañez, que formaba parte de la servidumbre de la infanta doña Isabel Clara Eugenia. Despuntó ya de mozo por su instrucción, y el duque de Lerma le llevó á palacio conociendo cuán útil podía serle el talento de Quevedo. Contrajo pronto amistad con don Pedro Tellez Giron el gran duque de Osuna, nombrado entonces virey de Sicilia. Partió el duque á su gobierno y Quevedo se quedó en Madrid, mas un caso de honra les reunió de nuevo muy pronto. Érase el dia del Jueves Santo, del año del Señor de 1611, y Quevedo asistia al oficio de tinieblas en la parroquia de San Martin. Absorto se hallaba en sus oraciones, pero no tanto que no reparase junto á sí á una dama, jóven al parecer y de gallarda apostura, cuando de improviso se acercó á esta un galan que le descargó tremenda bofetada. Tomó don Francisco la defensa de la desconocida ultrajada, píssole cara el agresor, salieron ambos al átrio de la iglesia, deservainaron las espadas, resultando del lance que al primer quite quedara muerto el de la bofetada. Al amparo del virey de Nápoles se acogió Quevedo, hasta que juzgó calmado el encono de los parientes del difunto y en situación, por lo mismo, de que pudiese

regresar á Madrid sin riesgo. Así lo hizo, y de la corte se trasladó á su posesion de la torre de Juan Abad, en los campos de Montiel, en donde ejerció su pluma principalmente en traducciones de poetas y filósofos antiguos.

Mal sesgo tomaron muy en breve las cosas de Italia, por lo cual el duque de Osuna que no ignoraba cuan provechosos podian serle los consejos y el auxilio de don Francisco de Quevedo, le llamó á su lado y le tuvo desde aquel instante por su consejero y amigo de confianza. Sinsabores de cuenta pasó el insigne escritor; mudanzas vió en el ánimo del duque que hubieron de serle desagradables; y para colmo de desdichas, hallóse empapelado en el mismo proceso que se siguió al de Osuna acusado de gravísimas culpas, preso luego y desterrado, hasta que en 1622 recobró su libertad tras de la absolucíon que alcanzó de sus jueces.

Nuevas peripecias debió correr con la exaltación de Felipe IV al trono, y con la privanza del Conde duque de Olivares. Vió éste en la Política de Dios una censura de su desatentado gobierno, y desterró á su autor á la torre de Juan Abad, en donde permaneció hasta diciembre de 1628. Mas tarde fué introducido cierto dia subrepticamente en la mesa del rey un Memorial en verso, pintura fiel del lamentable estado de la nación, que se creyó obra de don Francisco, confirmando esta suposición para los que de tal modo opinaban, el dicho de una mujer que lo afirmó resueltamente. Prendiósele sin otras pruebas y se le llevó á San Marcos de Leon, en donde se le tuvo encerrado en oscuro y húmedo calabozo, sujetos los piés con grillos. Cuatro mortales años permaneció en este encierro, destrozado el cuerpo y llagado, y el alma en continua inquietud esperando el dia de mañana. De allí no salió hasta la caída del privado, pero tan quebrantado, que el 8 de setiembre de 1645, á los sesenta y cinco años de su edad, murió en Villanueva de los Infantes, á donde habia ido en busca de fuerzas

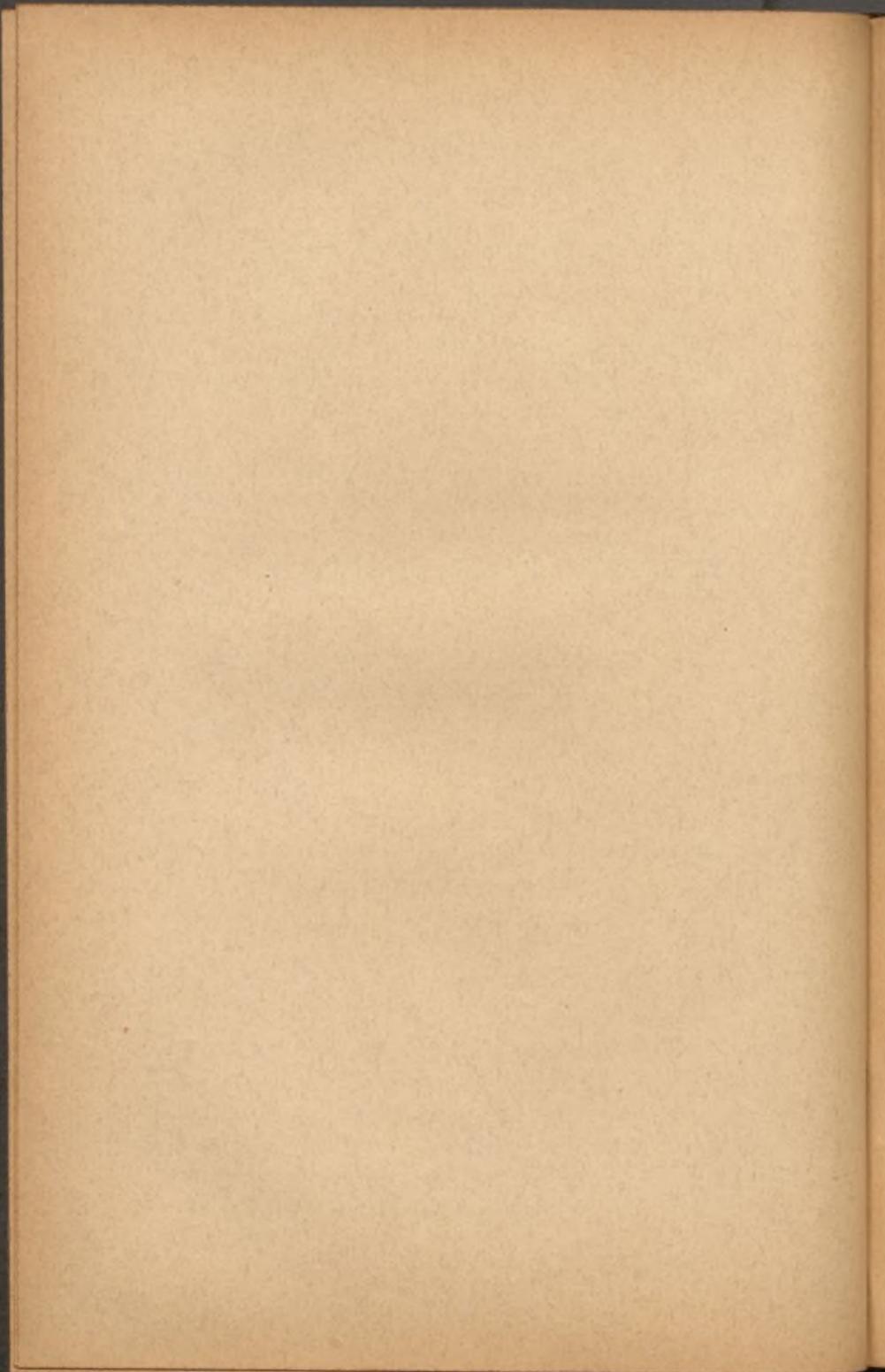
para su cuerpo y de alivio á sus dolencias. « Si no fué ejemplar su vida—dice su biógrafo don Aureliano Fernandez Guerra—lo fué su muerte, resplandeciendo en ella la fe y la piedad cristianas. »

Los acerados dardos que su pluma satírica dirigió contra los vicios y las gentes de su época, valiéronle también vejámenes é invectivas por parte de ofendidos, émulos ó envidiosos. El Para todos del doctor Juan Perez de Montalván, fué objeto de sus censuras en la Perinola, lo cual encendió las iras de Montalván y de sus paniaguados, entre ellos el padre Niseno provincial de los Basilios y don Luis Pacheco, quienes escribieron con el título de Tribunal de la justa venganza, una tremenda diatriba en la que pontan como ropa de pascua al autor de Los Sueños, y le denunciaban al Tribunal de la Inquisición para que hiciese con él un escarmiento condenándole á muerte en patíbulo. Con Montalván y los escritorzuelos que le secundaban hicieron coro también Lope, Góngora, Alarcón y otros ingenios que hubieran debido ser los primeros en reconocer el de don Francisco de Quevedo Villegas y en celebrarlo. La fama póstuma le ha hecho justicia cumplida, y sin dejar de poner tildes y aun reparos mayúsculos á sus obras, dice de ellas: que son ejemplo maravilloso de chiste y donosura en la locución, y de intención y profundidad en el pensamiento.

EL MUNDO POR DE DENTRO.

ILUSTRACIÓN DE

APELES MESTRES.



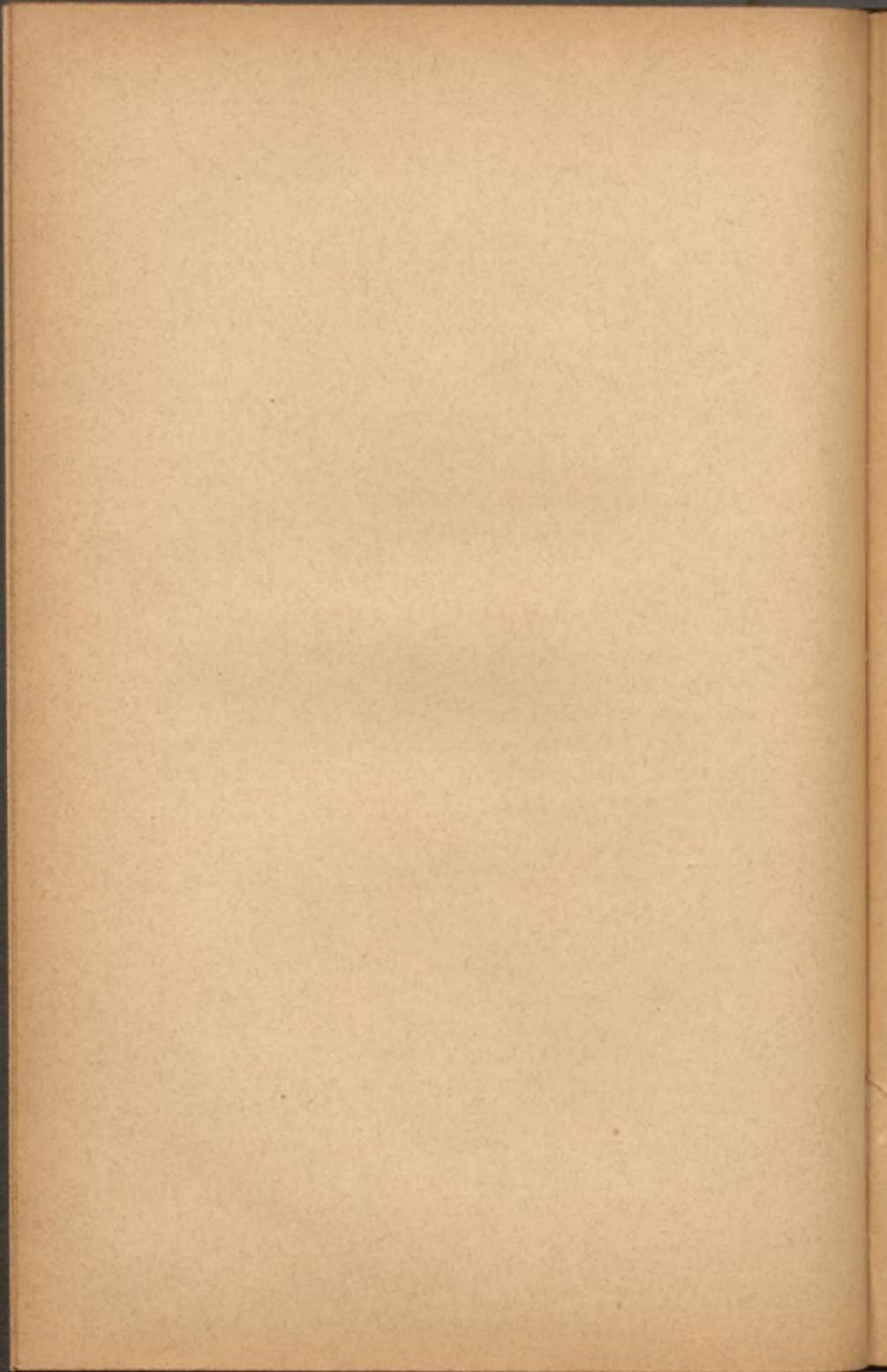
EL MUNDO POR DE DENTRO.

A DON PEDRO GIRÓN,

DUQUE DE OSUNA, MARQUÉS DE PEÑAFIEL,
CONDE DE UREÑA.

ESTAS burlas, que llevan en la risa disimulado algún miedo provechoso, envío para que vuecelencia se divierta de grandes ocupaciones algún rato. Pequeña es la demostración, mas yo no puedo dar más, y sólo me consuela ver que la grandeza de vuecelencia á mucho menos hace honra y merced. En la Aldea, Abril 26 de 1612.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.



AL LECTOR,

COMO DIOS ME LO DEPARARE, CÁNDIDO Ó PURPÚREO,
PIÓ Ó CRUEL, BENIGNO Ó SIN SARNA.

Es cosa averiguada (así lo siente Metrodoro Chío y otros muchos) que no se sabe nada, y que todos son ignorantes; y aun esto no se sabe de cierto, que á saberse, ya se supiera algo: sospéchase. Dícelo así el doctísimo Francisco Sanchez, médico y filósofo, en su libro cuyo título es: *Nihil scitur*: No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden á la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada y estudian para saber, y éstos tienen buenos deseos y vano ejercicio; porque al cabo sólo les sirve el estudio de conocer cómo toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada, y no estudian porque piensan que lo saben todo. Son destos muchos irremediables: á éstos se les ha de envidiar el ócio y la satisfacción, y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada; y á estos se les había de castigar la hipocresía con creerles la confesión. Otros hay (y en éstos, que son los peores, entro yo) que no saben nada, ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada, y todos dicen dellos lo mismo, y nadie miente. Y como gente que en cosas de letras y ciencia tiene que perder tan

poco, se atreven á imprimir y sacar á luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer á las imprentas, sustentan á los libreros, gastan á los curiosos, y al cabo sirven á las especierias. Yo, pues, como uno destes, y no de los peores ignorantes, no contento con haber soñado el Juicio, ni haber endemoniado un Alguacil, y últimamente escrito el Infierno, ahora salgo (sin ton y sin són; pero no importa, que esto no es bailar) con *El Mundo por de dentro*. Si te agradare y pareciere bien, agradécelo á lo poco que sabes, pues de tan mala cosa te contentas. Y si te pareciere malo, culpa mi ignorancia en escribirlo, y la tuya en esperar otra cosa de mí. Dios te libre, lector, de prólogos largos y de malos epítetos.



DISCURSO.



s nuestro deseo siempre peregrino en las cosas desta vida, y así con vana solicitud anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad, y diviértese con ella; tiene por ejercicio el apetito, y éste nace de la ignorancia de las cosas, pues si las conociera cuando codicioso y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia. Y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete y persuade tanta hermosura en los deleites y gustos, lo cual dura sólo en la pretensión dellos; porque en llegando cualquiera á ser poseedor, es juntamente descontento. El mundo, que á nuestro deseo sabe la condición para lisonjearla, pónese

delante mudable y vario , porque la novedad y diferencia es el afeite con que más nos atrae ; con esto acaricia nuestros deseos , llévalos tras sí , y ellos á nosotros. Sea por todas las experiencias mi suceso , pues cuando más apurado me había de tener el conocimiento destas cosas , me hallé todo en poder de la confusión , poseido de la vanidad de tal manera , que en la gran población del mundo , perdido ya , corría donde tras la hermosura me llevaban los ojos , y adonde tras la conversación los amigos , de una calle en otra ; hecho fábula de todos ; y en lugar de desear salida al laberinto , procuraba que se me alargase el engaño. Ya por la calle de la ira , descompuesto , seguía las pendencias pisando sangre y heridas ; ya por la de la gula veía responder á los brindis turbados. Al fin , de una calle en otra andaba (siendo infinitas) de tal manera confuso , que la admiración aun no dejaba sentido para el cansancio , cuando llamado de voces descompuestas y tirado porfiadamente del mantéo , volví la cabeza. Era un viejo venerable en sus canas , mal tratado , roto por mil partes el vestido y pisado ; no por eso ridículo , antes severo y digno de respeto. ¿ Quién eres (dije) , que así te confiesas envidioso de mis gustos ? Déjame , que siempre los ancianos aborreceis en los mozos los placeres y deleites ; no que dejais de vuestra voluntad , sino que por fuerza os quita el tiempo. Tú vas , yo vengo : Déjame gozar y ver el mundo. Desmintiendo sus sentimientos , riéndose , dijo : « Ni te estorbo ni te envidio lo que deseas ; antes te tengo lástima. ¿ Tú por ventura sabes lo que vale un día ? ¿ Entiendes de cuanto precio es una hora ? ¿ Has examinado el valor del tiempo ? Cierto es que no , pues así alegre le dejas pasar hurtado de la hora que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿ Quién te ha dicho que lo que ya fué volverá , cuando lo hayas menester si lo llamas ? Dime , ¿ has visto algunas pisadas de los días ? no por cierto ; que ellos sólo vuelven la cabeza á reirse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábetes que la muerte y ellos están eslabonados

y en una cadena; y que cuando más caminan los días que van delante de tí, tiran hacia tí y te acercan á la muerte, que quizá la aguardas y es ya llegada; y segun vives antes será pasada que creída. Por necio, tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive tan sin miedo della como si no la hubiese; que éste la viene á temer cuando la padece; y embarazado con el temor, ni halla remedio á la vida ni consuelo á su fin. Cuerto es sólo el que vive cada día como quien cada día y cada hora puede morir.» «Eficaces palabras tienes, buen viejo: traído me has el alma á mí, que me la llevaban embelusada vanos deseos. ¿Quién eres, de dónde y qué haces por aquí?» «Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien, y amigo de decir verdades en lo roto y poco medrado; y lo peor que tu vida tiene es no haberme visto la cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño: estos rasgones de la ropa son de los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren; y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan, en llegando, porque vine y porque me vaya; que en el mundo todos decís que quereis desengaño, y en teniéndole, unos os desesperais, otros maldecís á quien os le dió, y los más corteses no le creéis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, vén conmigo; que yo te llevaré á la calle mayor, que es adonde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es; que tú no alcanzas á ver sino lo que parece.» «Y ¿cómo se llama, dije yo, la calle mayor del mundo donde hemos de ir? Llámase, respondió, Hipocresía; calle que empieza con el mundo, y se acabará con él, y no hay casi nadie que no tenga sino una casa, un cuarto ó un aposento en ella. Unos son vecinos, y otros paseantes; que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son. ¿Y ves aquel que gana de comer como sastre, y se viste como hidalgo? Es hipócrita; y el día de fiesta con el raso y el terciopelo y el cintillo y la cadena de oro, se desfigura de

suerte, que no le conocerán las tijeras y agujas y jabon; y parecerá tan poco oficial, que aun parece que dice verdad. ¿ Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? Pues debiendo medirse con su hacienda, ir sólo, por ser hipócrita y parecer lo que no es, se va metiendo á caballero, y por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice ni lo que hace, pues ni lo cumple ni lo paga, y la hidalguía y la ejecutoria le sirve sólo de pontífice en dispensarle los casamientos que hace con sus deudas; que está más casado con ellas que con su mujer. Aquel caballero por ser señoría no hay diligencia que no haga, y ha procurado hacerse Venecia por ser señoría; sino que como se fundó en el viento para serlo, se había de fundar en el agua. Sustenta, por parecer señor, caza de halcones que lo primero que matan es á su amo de hambre con la costa, y luego el rocín en que los llevan, y después cuando mucho una graja ó un milano, y ninguno es lo que parece. El señor por tener acciones de grande, se empeña, y el grande remeda ceremonia de rey. Pues ¿ qué diré de los discretos? ¿ Ves aquél aciago de cara? Pues siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal, se alaba de que tiene poca memoria, quéjase de melancolías, vive descontento y préciase de mal regido, y es hipócrita que parece entendido, y es mentecato. ¿ No ves los viejos hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos? No ves á los niños preciarse de dar consejos y presumir de cuerdos? Pues todo es hipocresia. Pues en los nombres de las cosas ¿ no la hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado; el botero, sastre del vino, porque le hace de vestir; el mozo de mulas, gentil-hombre de camino; el bodegon, estado; el bodegonero, contador; el verdugo se llama miembro de la justicia; y el corchete, criado; el fullero, diestro; el ventero, huésped y la taberna, ermita. Amistad llaman al amancebamiento, trato á la usura, burla á la estafa, gracia la mentira, donaire la malicia, descuido la bellaquería, va-

liente al desvergonzado , cortesano al vagamundo , al negro moreno , señor maestro al albardero , y señor doctor al platicante. Así que ; ni son lo que parecen ni lo que se llaman : hipócritas en el nombre y en el hecho. ¡Pues unos nombres que hay generales ! A toda pícara , señora hermosa ; á todo hábito largo , señor licenciado ; á todo gallofero , señor soldado ; á todo bien vestido , señor hidalgo ; á todo capigorrón ó lo que fuere , canónigo ó arcediano ; á todo escribano , secretario. De suerte que todo el hombre es mentira por cualquier parte que le examines , si no es que ignorante como tú , crea las experiencias. ¿ Ves los pecados ? pues todos son hipocresía , y en ella empiezan y acaban , y della nacen y se alimentan la ira , la gula , la soberbia , la avaricia , la lujuria , la pereza , el homicidio y otros mil. » « ¿ Cómo me puedes tú decir ni probarlo , si vemos que son diferentes y distintos ? » « No me espanto qué eso ignores ; que lo saben pocos. Oye , y entenderás con facilidad eso que así te parece contrario , que bien se conviene. Todos los pecados son malos : eso bien lo confiesas ; y también confiesas con los filósofos y teólogos que la voluntad apetece lo malo debajo de razon de bien , y que para pecar no basta la representación de la ira ni el conocimiento de la lujuria sin el consentimiento de la voluntad ; y que eso , para que sea pecado , no aguarda la ejecución , que sólo le agrava más , aunque en esto hay muchas diferencias. Esto así visto y entendido , claro está que cada vez que un pecado de estos se hace , que la voluntad lo consiente y lo quiere ; y segun su natural , no pudo apetecele sino debajo de razon de algún bien. Pues ¿ hay más clara y más confirmada hipocresía que vestirse del bien en lo aparente para matar con el engaño ? ¿ Qué esperanza es la del hipócrita ? dice Job. Ninguna , pues ni la tiene por lo que es , pues es malo ; ni por lo que parece , pues lo parece y no lo es. Todos los pecadores tienen ménos atrevimiento que el hipócrita , pues ellos pecan contra Dios , pero no con Dios

ni en Dios; mas el hipócrita peca contra Dios y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar. »

En esto llegamos á la calle mayor; ví todo el concurso que el viejo me habia prometido. Tomamos puesto conveniente para registrar lo que pasaba: fué un entierro en esta forma. Venian, envainados en unos sayos grandes de diferentes colores, unos pícaros haciendo una taracea de mullidores. Pasó esta recua incensando con las campanillas; seguian los muchachos de la doctrina, meninos de la muerte y lacayuelos del ataud, chirriando la calavera; seguianse luégo doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas acompañando el cuerpo y abrigando á los de la Capacha, que hombreando testificaban el peso de la difunta. Detras seguía larga procesión de amigos que acompañaban en la tristeza y luto al viudo, que anegado en capuz de bayeta y devanado en una chía, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte que no se le podían hallar los ojos; corvos é impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola que arrastraba, iba tardo y perezoso. Lastimado deste espectáculo, «¡ dichosa mujer, dije, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fé y el amor más allá de la vida y sepultura! ¡ Y dichoso viudo que ha hallado tales amigos, que no sólo acompañan su sentimiento, pero que parece que le vencen en él! ¿No ves qué tristes van y suspensos?» El viejo, moviendo la cabeza y sonriéndose, dijo: «Desventurado, eso todo es por de fuera, y parece así; pero ahora lo verás por de dentro, y verás con cuánta verdad el ser desmiente las apariencias. ¿Ves aquellas luces, campanillas y mullidores y todo este acompañamiento piadoso, que es sufragio cristiano y limosnero? Esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben, podrición y gusanos, se podrían excusar; empero también los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su soberbia. Allí no va sino tierra de ménos fruto y más espantosa de la que pisas, por sí no merecedora de alguna honra ni

aun de ser cultivada con arado ni azadón. ¿ Ves aquellos viejos que llevan las hachas ? Pues algunos no las atizan para que atizadas alumbren más , sino porque atizadas á menudo se derritan más y ellos hurten más cera para vender. Estos son los que á la sepultura hacen la salva en el difunto y difunta , pues antes que ella lo coma ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado , arrancándole un real ó dos , mas con todo esto tiene el valor de la limosna. ¿ Ves la tristeza de los amigos ? Pues todo es de ir en el entierro ; y los convidados van dados al diablo con los que los convidaron , que quisieran más pasearse ó asistir á sus negocios. Aquél que habla de mano con el otro , le va diciendo que convidar á entierro y á misacantanos , donde se ofrece , que no se puede hacer con un amigo ; y que el entierro sólo es convite para la tierra , pues á ello solamente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez , sino de ver que pudiendo él haber enterrado á su mujer en un muladar y sin costa y fiesta ninguna , le hayan metido en semejante baraunda y gasto de cofradías y cera ; y entre sí dice que le debe poco ; que ya que se había de morir , pudiera haberse muerto de repente , sin gastarle en médicos , barberos ni boticas , y no dejarle empeñado en jarabes y pócimas. Dos ha enterrado con ésta ; y es tanto el gusto que recibe de enviudar , que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido ; y fiado en su mala condición y endemoniada vida , piensa doblar el capuz por poco tiempo. Quedé espantado de ver todo esto ser así , diciendo : « ¡ Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos ! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos , y nada creeré menos de lo que viere. » Pasó por nosotros el entierro como si no hubiera de pasar por nosotros tan brevemente , y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino , y muda no nos dijera á todos : « Delante voy , donde aguardo á los que quedais , acompañando á otros que yo vi pasar con ese propio descuido. »

Apartónos de esta consideración el ruido que andaba en una casa á nuestras espaldas: entramos dentro á ver lo que fuese; y al tiempo que sintieron gente comenzó un plañido, á seis voces, de mujeres que acompañaban á una



viuda. Era el llanto muy autorizado, pero poco provechoso al difunto. Sonaban palmadas de rato en rato, que parecia palmeado de disciplinantes. Oíanse unos sollozos estirados, embutados de suspiros, pujados por falta de

gana. La casa estaba despojada, las paredes desnudas; la cuitada estaba en un aposento oscuro sin luz ninguna, lleno de bayetas, donde lloraban á tiento. Unas decían: «amiga, nada se remedia con llorar.» Otras: «sin duda goza de Dios.» Cuál la animaba á que se conformase con la voluntad del Señor. Y ella luégo comenzaba á soltar el trapo, y llorando á cántaros, decía: «Para qué quiero yo vivir sin Fulano? ¡Desdichada nací, pues no me queda á quien volver los ojos! ¡Quién ha de amparar á una pobre mujer sola!» Y aquí plañían todas con ella, y andaba una sonadera de narices que se hundía la cuadra; y entónces advertí que las mujeres se purgan en un pésame destos, pues por los ojos y las narices echan cuanto mal tienen. Enternecíme y dije: «¡Qué lástima tan bien empleada es la que se tiene á una viuda! pues por sí una mujer es sola, y viuda mucho más; y así su nombre es de *mudas sin lengua*, que eso significa la voz que dice *viuda* en hebreo, pues ni tiene quien hable por ella, ni atrevimiento; y como se ve sola para hablar, y aunque hable, como no la oyen, lo mismo es que ser mudas, y peor. Esto remedian con meterse á dueñas, pues en siéndolo, hablan de manera, que de lo que las sobra pueden hablar todos los mudos y sobrar palabras para los tartajosos y pausados. Al marido muerto llaman el que pudre. Mirad cuáles son éstas; y si muerto, que ni las asiste, ni las guarda ni las acecha, dicen que pudre, ¿qué dirían cuando vivo hacía todo esto?» «Eso, respondí, es malicia que se verifica en algunas; mas todas son un género femenino desamparado y tal como aquí se representa en esta desventurada mujer. Dejadme, dije al viejo, llorar semejante desventura y juntar mis lágrimas á las destas mujeres.» El viejo algo enojado dijo: «¿Ahor lloras después de haber hecho ostentación vana de tus estudios y mostrádotte docto y teólogo cuando era menester mostrarte prudente? ¿No aguardaras á que yo te hubiera declarádo estas cosas para ver cómo merecían que se hablase dellas? Mas ¿quién

habrá que detenga la sentencia ya imaginada en la boca? No es mucho, que no sabes otra cosa, y que á no ofrecerse la viuda te quedabas con toda tu ciencia en el estómago. No es filósofo el que sabe donde está el tesoro, sino el que trabaja y le saca. Ni aún ése lo es del todo, sino el que después de poseído usa bien dél. ¿Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos? Oye, verás esta viuda, que por de fuera tiene un cuerpo de resposos, cómo por de dentro tiene un ánima de aleluyas, las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿Ves la escuridad del aposento y el estar cubiertos los rostros con el manto? Pues es porque así, como no las pueden ver, con hablar un poco gangoso, escupir y remedar sollozos, hace un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos una yesca. ¿Quiérelas consolar? Pues déjalas solas, y bailarán en no habiendo con quien cumplir, y luégo las amigas harán su oficio: Quedáis moza, y es malograros; hombres habrá que os estimen; ya sabéis quien es Fulano, que cuando no supla la falta del que está en la gloria, etc. Otra: Mucho debeis á don Pedro, que acudió en este trabajo; no sé qué me sospeché; y en verdad que si hubiera de ser algo... que por quedar tan niña os será forzoso... Y entónces la viuda, muy recoleta de ojos y muy estreñida de boca, dice: No es ahora tiempo deso; á cargo de Dios está; él lo hará si viere que conviene. Y advertid que el día de la viudez es el día que más comen estas viudas, porque para animarla no entra ninguna que no le dé un trago, y le hace comer un bocado, y ella lo come diciendo: Todo se vuelve ponzoña; y medio mascándolo dice: ¡Qué provecho puede hacer esto á la amarga viuda que estaba hecha á comer á medias todas las cosas y con compañía, y ahora se las habrá de comer todas enteras sin dar parte á nadie de puro desdichada! Mira, pues, siendo esto así, qué á propósito vienen tus exclamaciones.»

Apénas esto dijo el viejo, cuando arrebatados de unos



gritos, ahogados en vino, de gran ruido de gente, salimos á ver qué fuese, y era un alguacil, el cual con sólo un pedazo de vara en la mano, y las narices ajadas, deshecho el cuello, sin sombrero y en cuerpo, iba pidiendo favor al Rey, favor á la justicia, tras un ladrón que en seguimiento de una iglesia (y no de puro buen cristiano) iba tan ligero como pedía la necesidad y le mandaba el

miedo. Atrás, cercado de gente, quedaba el escribano lleno de lodo, con las cajas en el brazo izquierdo, escribiendo sobre la rodilla. Y noté que no hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder del escribano, pues en un instante tenía una resma al cabo. Pregunté la causa del alboroto: dijeron que aquel hombre que huía era amigo del alguacil, y que le fió no sé qué secreto tocante en delito; y por no dejarlo á otro que lo hiciese, quiso él asirle. Huyósele después de haberse dado muchas puñadas; y viendo que venía gente, encomendóse á sus piés, y fué á dar cuenta de sus negocios á un retablo. El escribano hacía la causa mientras el alguacil con los corchetes (que son podencos del verdugo que siguen ladrando) iban trás él, y no le podían alcanzar. Y debía de ser ladrón muy ligero, pues no le podían alcanzar soplones, que por fuerza corrían como el viento. «¿ Con qué podrá premiar una república el celo deste alguacil, pues porque yo y el otro tengamos nuestras vidas, honras y haciendas, ha aventurado su persona? Este merece mucho con Dios y con el mundo: mírale cual vá roto y herido, llena de sangre la cara, por alcanzar á aquel delincuente y quitar un tropezón á la paz del pueblo.» «Basta, dijo el viejo, que si no te van á la mano, dirás un día entero. Sábetes que ese alguacil no sigue á este ladrón ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie, sino que como vé que aquí le mira todo el mundo, córrese de que haya quién en materia de hurtar le eche el pié delante, y por eso aguija por alcanzarle. Y no es culpable el alguacil porque le prendió siendo su amigo si era delincuente; que no hace mal el que come de su hacienda, antes hace bien y justamente, y todo delincuente y malo, sea quién fuere, es hacienda de alguacil, y le es lícito comer della. Estos tienen sus censos sobre azotes y gáleras, y sus juros sobre la horca. Y créeme que el año de virtudes para éstos y para el infierno es estéril; y no sé cómo aborreciéndolos el mundo tanto, por venganza

dellos no da en ser bueno adrede por uno ó por dos años, que de hambre y de pena se morirían; y renegad de oficio que tiene situados sus gajes donde los tiene situados Bercebú. » « Ya que en eso pongas también dolo, ¿ cómo lo podrás poner en el escribano que le hace la causa calificada con testigos? » « Ríete deso, dijo: ¿ Has visto tú alguacil sin escribano algun día? No por cierto; que como ellos salen á buscar de comer, porque, aunque topen un inocente, no vaya á la cárcel sin causa, llevan escribano que se la haga; y así, aunque ellos no den causa para que les prendan, hácesela el escribano, y están presos con causa; y en los testigos no repares, que para cualquier cosa tendrán tantos como tuviere gotas de tinta el tintero; que los más en los malos oficiales los presenta la pluma y los examina la codicia. Y si dicen algunos lo que es verdad, escriben lo que han menester y repiten lo que dijeron. Y para andar como había de andar el mundo, mejor fuera, y más importara que el juramento que ellos toman al testigo que jure á Dios y á la cruz decir verdad en lo que le fuere preguntado, que el testigo se lo tomara á ellos de que la escribieran como ellos la dijeren. Muchos hay buenos escribanos, y alguaciles muchos; pero de sí el oficio es con los buenos como la mar con los muertos, que no los consiente, y dentro de tres días los echa á la orilla. Bien me parece á mí un escribano á caballo y un alguacil con capa y gorra honrando unos azotes, como pudiera un bautismo, detrás de una sarta de ladrones que azotan; pero siento que cuando el pregonero dice: A estos hombres por ladrones, — que suene el eco en la vara del alguacil y en la pluma del escribano. »

Más dijera si no le tuviera la grandeza con que un hombre rico iba en una carroza tan hinchado, que parecía porfiaba á sacarla de husillo, pretendiendo parecer tan grave, que á las cuatro bestias aun se lo parecía, según el espacio con que andaban. Iba muy derecho, preciándose de espetado, escaso de ojos, y avariento de miraduras,

ahorrando cortesías con todos, sumida la cara en un cuello abierto hácia arriba, que parecía vela en papel, y tan olvidado de sus conjunturas, que no sabía por dónde volverse á hacer una cortesía ni levantar el brazo á quitarse el sombrero. Cercaban el coche cantidad de criados traídos con artificio, entretenidos con promesas y sustentados con esperanzas. Otra parte iba de acompañamiento de acree-



dores, cuyo crédito sustentaba toda aquella máquina. Iba un bufón en el coche entreteniéndole. «Para ti se hizo el mundo, dije yo luégo que le ví, que tan descuidado vives y con tanto descanso y grandeza. ¡Qué bien empleada hacienda! Qué lucida! ¡Y cómo representa bien quién es este caballero!» «Todo cuanto piensas (dijo el viejo) es disparate y mentira y cuanto dices, y sólo aciertas en decir que el mundo sólo se hizo para éste; y es verdad, porque el mundo es sólo trabajo y vanidad, y éste es todo vanidad y locura. ¿Ves los caballos? Pues comiendo se

van, á vueltas de la cebada y paja, al que la fia á éste, y por cortesía de las ejecuciones trae ropilla. Más trabajo le cuesta la fábrica de sus embustes para comer que si lo ganara cavando. ¿ Ves aquel bufón? Pues has de advertir que tiene por bufón al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿ Qué más miseria quieres destes ricos que todo el año andan comprando mentiras y adulaciones, y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Va aquel tan contento porque el truhán le ha dicho que no hay tal príncipe como él, y que todos los demás son unos escuderos, como si ello fuera así. Y diferencian muy poco, porque el uno es juglar del otro: desta suerte el rico se ríe con el bufón, y el bufón se ríe del rico, porque hace caso de lo que lisonjea. »

Venía una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban, y dejando los corazones llenos de deseos, iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro á los que ya la habían visto, y descubriéndole á los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por verlo, tal vez por tejadillo; ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo sólo, y tapada de medio lado, descubría un tarazón de mejilla. Los cabellos martirizados hacían sortijas á las sienes; el rostro era nieve y grana y rosas, que se conservaban en amistad, esparcidas por labios, cuello y mejillas; los dientes transparentes; y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones; el talle y paso ocasionando pensamientos lascivos; tan rica y galana como cargada de joyas recibidas y no compradas. Vila, y arrebatado de la naturaleza, quise seguirla entre los demás, y á no tropezar en las canas del viejo, lo hiciera. Volvíme atrás y diciendo: « Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa, no estima á la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. Dichoso es el que halla tal ocasión, y sabio el que la goza. ¡ Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer que nació

para amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta y olvida su amor correspondido, teniéndole todo en poco y tratándole con desprecio. ¡Qué ojos tan honestamente hermosos! Qué mirar tan cauteloso y preve-



nido en los descuidos de un alma libre! Qué cejas tan negras esforzando recíprocamente la blancura de la frente! Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche engendra lo rosado que admira! Qué labios encarnados guardando perlas que la risa muestra con recato! Qué

cuello ! qué manos ! qué talle ! Todos son causa de perdición , y juntamente disculpa del que se pierde por ella. » « ¿ Qué más le queda á la edad que decir y al apetito que desear ? dijo el viejo. Trabajo tienes si con cada cosa que ves haces esto. Triste fué tu vida ; no naciste sino para admirado. Hasta ahora te juzgaba por ciego , y ahora veo que también eres loco ; y echo de ver que hasta ahora no sabes para lo que Dios te dió los ojos ni cual es su oficio : ellos han de ver , y la razón ha de juzgar y elegir ; al revés lo haces , ó nada haces , que es peor. Si te andas á creerlos , padecerás mil confusiones , tendrás las sierras por azules , y lo grande por pequeño : que la longitud y la proximidad engañan la vista. ¡ Qué río caudaloso no se burla della , pues para saber hacia donde corre es menester una paja ó ramo que se lo muestre ! ¿ Viste esa visión , que acostándose fea se hizo esta mañana hermosa ella misma y hace extremos grandes ? Pues sábetete que las mujeres lo primero que se visten en despertando es una cara , una garganta y unas manos , y luégo las sayas. Todo cuanto ves en ellas es tienda , y no natural. ¿ Ves el cabello ? Pues comprado es y no criado ; las cejas tienen más de ahumadas que de negras ; y si como se hacen cejas se hicieran las narices , no las tuvieran ; los dientes que ves y la boca era , de puro negra , un tintero , y á puros polvos se ha hecho salvadera ; la cera de los oídos se ha pasado á los labios , y cada uno es una candelilla ; ¿ las manos ? pues lo que parece blanco es untado. ¿ Qué cosa es ver una mujer que ha de salir otro día á que la vean , echarse la noche antes en adobo , y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas , y á la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren ? ¿ Qué es ver una fea ó una vieja querer , como el otro tan celebrado nigromántico , salir de nuevo de una redoma ? ¿ Estás la mirando ? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras , no las conocerías ; y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa , donde se

enjagan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas desconfiadas de sus personas. Cuando quieren halagar algunas narices, luégo se encomiendan á la pastilla y al sahumero ó aguas de olor; y á veces los piés disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar. Dígame que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer, y ahitos de lo que le parece. Si la besas, te embarras los lábios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines; si la pretendes, te cansas; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres, te deja. Dame á entender de qué modo es buena, y considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza, á quien hacen poderoso nuestras necesidades (más provechosas sufridas ó castigadas, que satisfechas), y verás tus disparates claros.»

Mirando estaba yo confusión de gente tan grande, cuando dos figurones, entre fantasmas y colosos, con caras abominables y facciones traídas tiraron una cuerda. Delgada me pareció y de mil diferentes colores, y dando gritos por unas simas que abrieron por bocas, dijeron: «Ea, gente cuerda, alto á la obra.» No lo hubieron dicho cuando de todo el mundo que estaba al otro lado se vinieron á la sombra de la cuerda muchos, y en entrando eran todos tan diferentes, que parecía transmutación ó encanto. Yo no conocí á ninguno. «¡Válgate Dios por cuerda, decía yo, que tales tropelías haces!» El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carcajadas sin dientes con tantos dobleces de mejillas, que se arremetían á sollozos mirando mi confusión. «Aquella mujer allí fuera estaba más compuesta que copla, más serena que la de la mar, con una honestidad en los huesos, anublada de manto; y en entrando aquí ha desatado las coyunturas (mira de par en par); y por los ojos está disparando las entrañas á aquellos mancebos, y no deja descansar la lengua en ceceos, los ojos en guiñaduras, las manos en teclados de moño.»

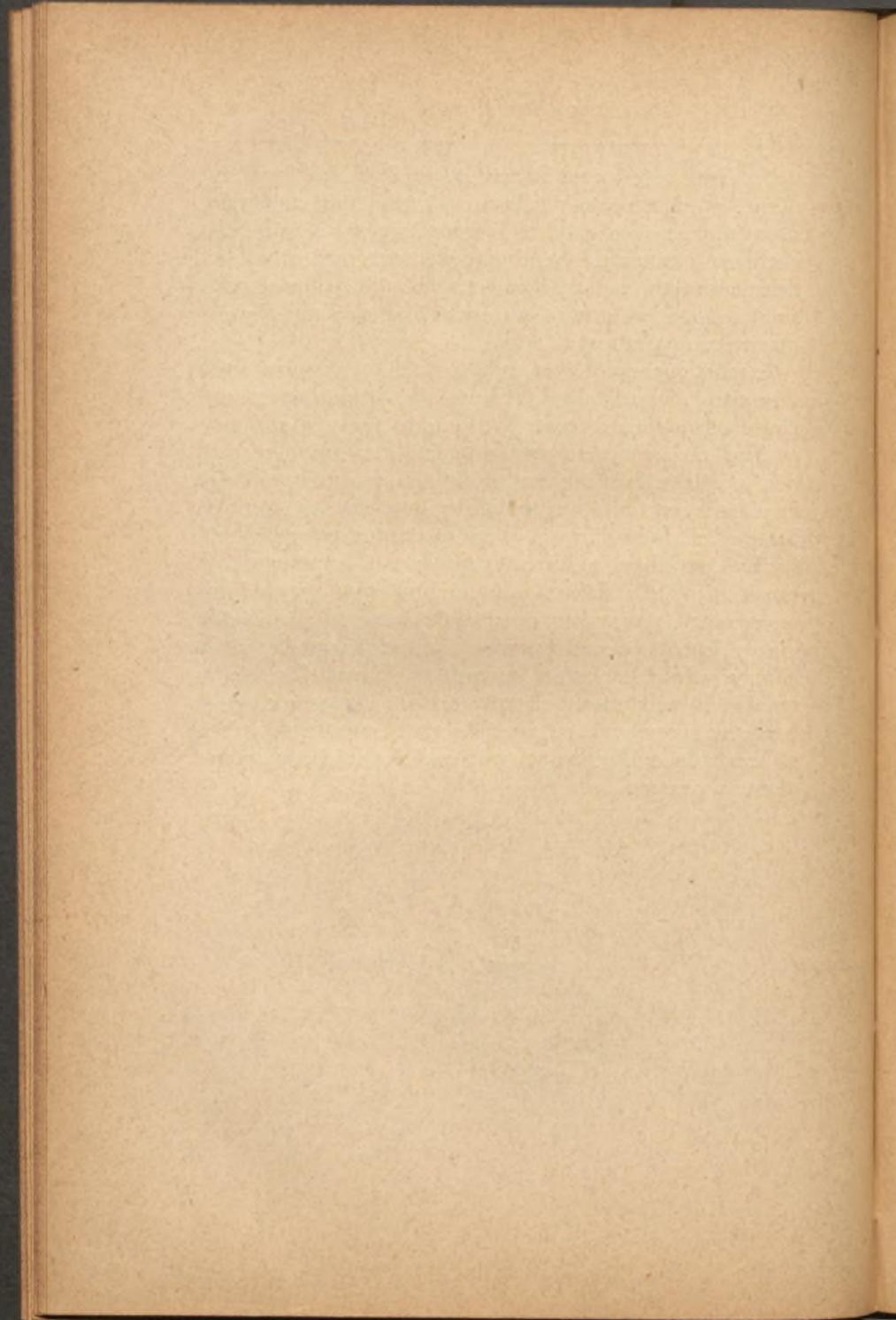
« ¿Qué te ha dado, mujer? Eres tú la que yo vi allí? »
« Sí es (decía el vejete con una voz tropicada en toses y con juanetes de gargajos), ella es; mas por debajo de la cuerda hace estas habilidades. » « Y aquel que estaba allí tan ajustado de ferreruelo, tan atusado de traje, tan recoleto de rostro, tan angustiado de ojos, tan mortificado de habla, que daba respeto y veneración, dije yo, ¿ cómo no hubo pasado cuando se descerrajó de mohatras y de usuras? Montero de necesidades que las arma trampas, y perpétuo vocinglero del tanto más cuanto, anda acechando logros. » « Ya te he dicho que eso es por debajo de la cuerda. » « ¡ Válate el diablo por cuerda, que tales cosas urdes! Aquel que anda escribiendo billetes, sonsacando doncellas y solicitando deshonoras, y facilitando maldades, yo lo conocí á la orilla de la cuerda, dignidad gravísima. » « Pues por debajo de la cuerda tiene esas ocupaciones; respondió mi ayo. » « Aquel que anda allí juntando bregas, aguzando pendencias, revolviendo caldos, aumentando cizañas y calificando porfias, y dando pistas á temas desmayadas, yo lo vi fuera de la cuerda revolviendo libros, ajustando leyes, examinando la justicia, ordenando peticiones, dando pareceres: ¿ cómo he de entender estas cosas? » « Ya te lo he dicho, dijo el buen caduco: ese propio por debajo de la cuerda hace lo que ves, tan al contrario de lo que profesa. Mira aquel que fuera de la cuerda viste á la brida en mula tartamuda de paso, con ropilla y ferreruelo y guantes y receta, dando jarabes, cual anda aquí á la brida en un basilisco, con peto y espaldar y con manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando las vidas que allí parecía que curaba, aquí por debajo de la cuerda está estirando las enfermedades para que dén de sí y se alarguen, y allí parecía que rehusaba las pagas de las visitas. Mira, mira aquel maldito cortesano, acompañante perdurable de los dichosos, cual andaba allí fuera á la vista de aquel ministro mirando las zalemas de los otros para excederlas, rematando las

reverencias en desaparecimientos ; tan bajas las hacía por pujar á otros la ceremonia , que tocaban en debuces. ¿ No le viste siempre inclinada la cabeza como si recibiera bendiciones , y negociar de puro humilde á lo Guadiana por debajo de tierra , y aquel amén sonoro y anticipado á todos los otros bergantes á cuanto el patrón dice y contradice ? Pues mírale allí por debajo de la cuerda royéndole los zancajos , que ya se le ve el hueso , abrazándole en chismes , maldiciéndole y engañándole , y volviendo en gestos y en muecas las esclavitudes de la lisonja , lo cariacontecido del semblante , y las adulaciones menudas del coleo de la barba y de los entretenimientos de la geta. ¿ Viste allá fuera aquel maridillo dar voces que hundía el barrio : « cierrén esa puerta , qué cosa es ventanas , no quiero coche , en mi casa me como , calle y pase , que así hago yo » , y todo el séquito de la negra honrá ? Pues mírale por debajo de la cuerda encarecer con sus desabrimientos los encierros de su mujer. Mírale amodorrado con una promesa , y los negocios que se le ofrecen cuando le ofrecen , cómo vuelve á su casa con un esquilón por tos tan sonora que se oye á seis calles. ¡ Qué calidad tan inmensa y qué honra halla en lo que come y en lo que le sobra , y qué nota en lo que pide y le falta , qué sospechoso es de los pobres , y qué buen concepto tiene de los dadivosos y ricos , qué á raíz tiene el ceño de los que no pueden más y qué á propósito las jornadas para los precipitados de dádiva ! Ves aquel bellaconazo que allí está vendiéndose por amigo de aquel hombre casado y arremetiéndose á hermano , que acude á sus enfermedades y á sus pleitos , y que le prestaba y le acompañaba ? Pues mírale por debajo de la cuerda añadiéndole hijos y embarazos en la cabeza y trompicones en el pelo. Oye cómo reprendiéndoselo aquel vecino , que parece mal que entre á cosas semejantes á casa de su amigo , donde le admiten y se fian dél y le abren la puerta á todas horas , él responde : ¿ Pues qué , queréis que vaya donde me aguarden con una escopeta ,

no se fian de mí y me niegan la entrada? Eso sería ser necio, si estotro es ser bellaco.» Quedé muy admirado de oír al buen viejo y de ver lo que pasaba por debajo de la cuerda en el mundo, y entónces dije entre mí: «Si á tan delgada sombra, fiando su cubierta del bulto de una cuerda, son tales los hombres, ¿qué serán debajo de tinieblas de mayor bulto y latitud?»

Extraña cosa era de ver cómo casi todos se venían de la otra parte del mundo á declararse de costumbres en estando debajo de la cuerda. Y luégo á la postre vi otra maravilla, que siendo esta cuerda de una linea invisible, casi debajo della cabian infinitas multitudes; y que hay debajo de cuerdas en todos los sentidos y potencias, y en todas partes y en todos oficios; y yo lo veo por mí que ahora escribo este discurso diciendo que es para entretener, y por debajo de la cuerda doy un jabon muy bueno á los que prometí halagos muy sazonados. Con esto el viejo me dijo: «Forzoso es que descanses; que el choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginación. Reposa un poco para que lo que resta te enseñe y no te atormente.» Yo tal estaba, que dí conmigo en el sueño y en el suelo obediente y cansado.

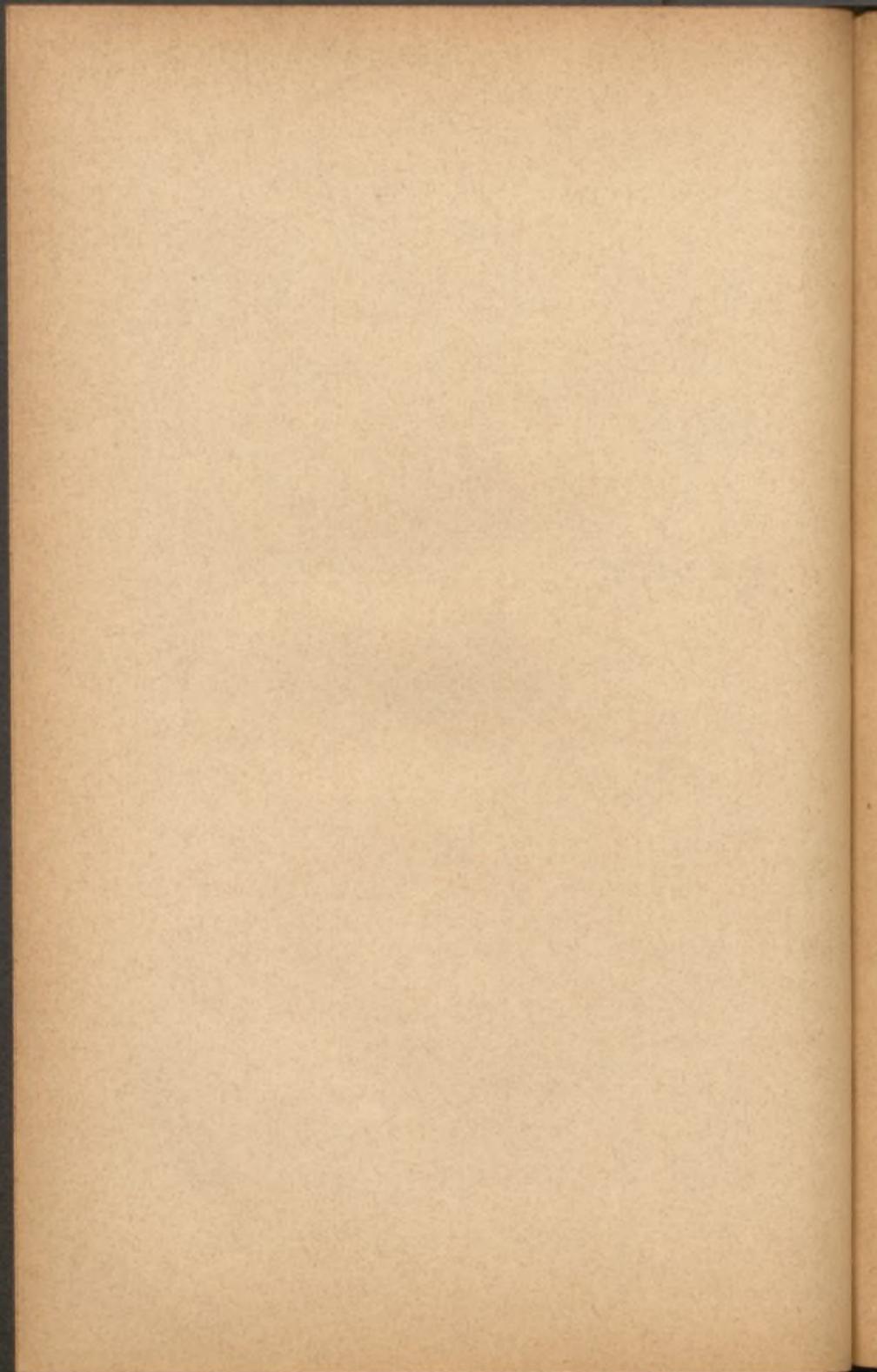




EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS.

ILUSTRACIÓN DE

J. LUIS PELLICER.



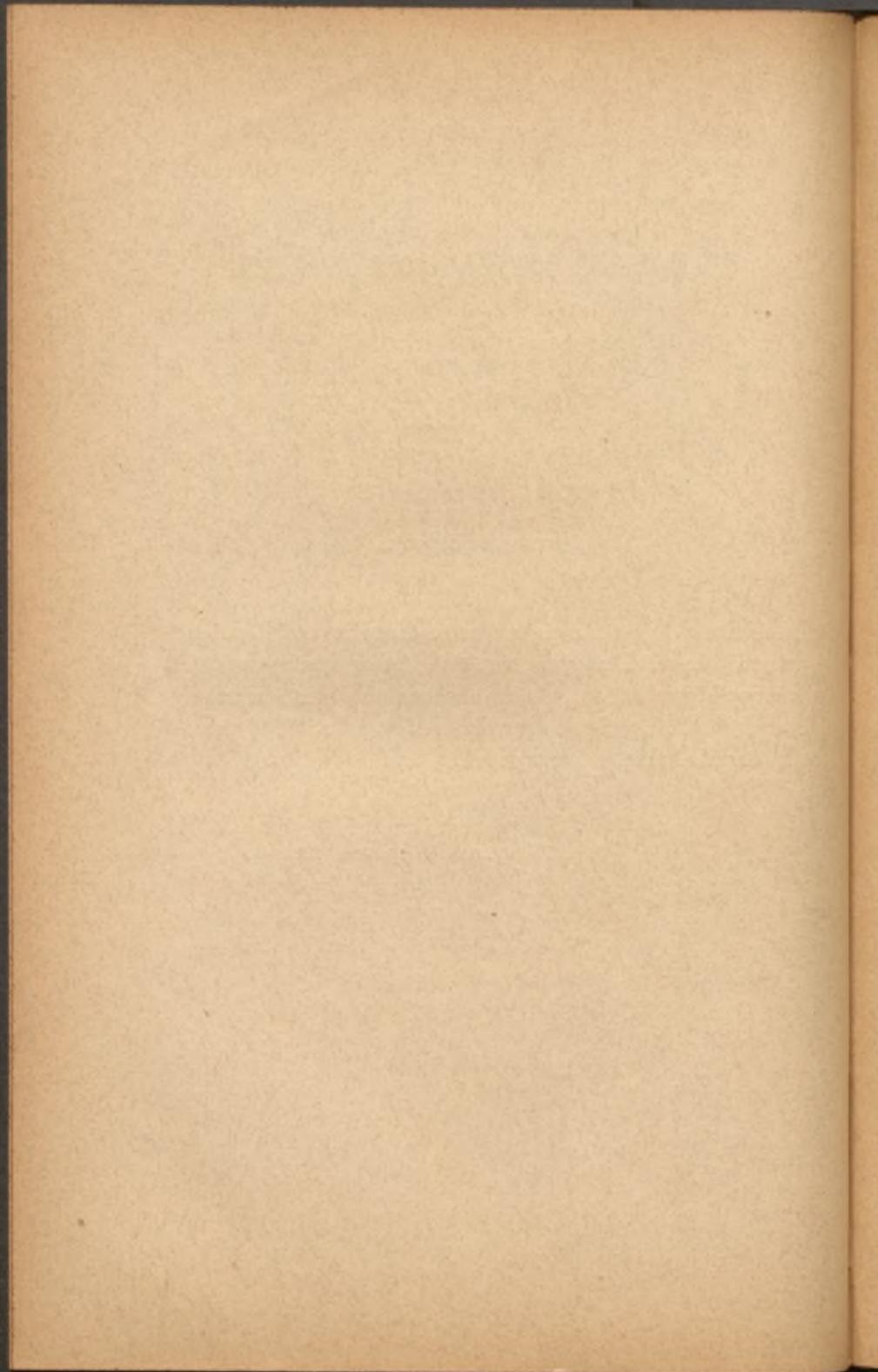
EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS.

AL CONDE DE LEMOS,

PRESIDENTE DE INDIAS.

A manos de vuecelencia van estas desnudas verdades, que buscan, no quien las vista, sino quien las consienta; que á tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. Prométese seguridad en ellas solas. Viva vuecelencia para honra de nuestra edad.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.





DISCURSO.



os sueños dice Homero que son de Júpiter y que él los envía; y en otro lugar, que se han de creer. Es así, cuando tocan en cosas importantes y piadosas, ó las sueñan reyes y grande señores, como se colige del doctísimo y admirable Propercio en estos versos:

Nec tu sperne piis venientia somnia portis...

Quum pia venerunt somnia, pondus habent.

Dígo á propósito que tengo por caído del cielo uno que yo tuve estas noches pasadas, habiendo cerrado los ojos con el libro del Dante; lo cual fué causa de soñar que veía un tropel de visiones. Y aunque en casa de un poeta es cosa dificultosa creer que haya cosa de juicio (aun por sueños), le hubo en mí por la razón que dá

Claudiano en la prefación al libro segundo del *Rapto*, diciendo que todos los animales sueñan de noche como sombras de lo que trataron de día. Y Petronio Arbitro dice:

Et canis in somniis leperis vestigia latrat.

Y hablando de los jueces:

Et pavido cernit inclusum corde tribunal.

Parecióme, pues, que veía un mancebo que, discurrendo por el aire, daba voz de su aliento á una trompeta, afeando con su fuerza en parte su hermosura. Halló el són obediencia en los mármoles, oídos en los muertos; y así, al punto comenzó á moverse toda la tierra, y á dar licencia á los huesos que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando tiempo (aunque fué breve), vi á los que habían sido soldados y capitanes levantarse de los sepulcros con ira, juzgándola por seña de guerra; á los avarientos, con ansias y congojas, recelando algun rebato; y los dados á vanidad y gula, con ser áspero el són, lo tuvieron por cosa de sarao ó caza. Esto conocía yo en los semblantes de cada uno, y no ví que llegase el ruido de la trompeta á oreja que se persuadiese á lo que era. Después noté de la manera que algunas almas huían, unas con asco y otras con miedo, de sus antiguos cuerpos: á cuál faltaba un brazo, á cuál un ojo; y dióme risa ver la diversidad de figuras, y admiróme la providencia en que estando barajados unos con otros, nadie por yerro de cuenta se ponía las piernas ni los miembros de los vecinos. Solo en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas, y que ví á un escribano que no le venía bien el alma, y quiso decir que no era suya por descartarse della. Después, ya que á noticia de todos llegó que era el día del juicio, fué de ver cómo los lujuriosos no

querían que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí; los maldicientes las lenguas; los ladrones y matadores gastaban los piés en huir de sus mismas manos. Y volviéndome á un lado, ví á un avariento que estaba preguntando á uno (que por haber sido embalsamado y estar léjos sus tripas no hablaba, porque no habían llegado) si habían de resucitar aquel día todos los enterados, si resucitarían unos bolsones suyos. Riérame si no me lastimara á otra parte el afán con que una gran chusma de escribanos andaba huyendo de sus orejas, deseando no las llevar, por no oír lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habían perdido por ladrones; que por descuido no fueron los más. Pero lo que más me espantó fué ver los cuerpos de dos ó tres mercaderes que se habían vestido las almas del revés, y tenían todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha. Yo veía todo esto de una cuesta muy alta, cuando oí dar voces á mis piés que me apartase; y bien lo hice, cuando comen-



zaron á sacar las cabezas muchas mujeres hermosas, llamándome descortés y grosero porque no había tenido más

respeto á las damas (que aun en el infierno están las tales y no pierden esta locura). Salieron fuera muy alegres de verse gallardas y desnudas entre tanta gente que las mirase; aunque luégo, conociendo que era el día de la ira, y que la hermosura las estaba acusando de secreto, comenzaron á caminar al valle con pasos más entretenidos. Una que había sido casada siete veces iba trazando disculpas para todos los maridos. Otra dellas, que había sido mujer cortesana, por no llegar al valle no hacía sino decir que se le habían olvidado las muelas y una ceja, y volvía y deteníase; pero al fin llegó á vista del teatro, y fué tanta la gente de los que había ayudado á perder y que señalándola daban gritos contra ella, que se quiso esconder entre una caterva de corchetes, pareciéndole que aquella no era gente de cuenta aun en aquel día. Divirtióme desto un gran ruido que por la orilla de un río venía de gente en cantidad tras un médico, que después supe que lo era en la sentencia. Eran hombres que había despachado sin razon antes de tiempo, y venían por hacerle que pareciese, y al fin por fuerza le pusieron delante del trono. A mi lado izquierdo oí como ruido de alguno que nadaba, y ví un juez, que lo había sido, que estaba en medio de un arroyo lavándose las manos, y esto hacía muchas veces. Lleguéme á preguntarle por qué se lavaba tanto; y díjome que en vida, sobre ciertos negocios se las habían untado, y que estaba porfiando allí por no parecer con ellas de aquella suerte delante de la universal residencia. Era de ver una legión de verdugos con azotes, palos y otros instrumentos, cómo traían á la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres y zapateros, que de miedo se hacían sordos, y aunque habían resucitado, no querían salir de la sepultura. En el camino por donde pasaban, al ruido, sacó un abogado la cabeza y preguntóles que adónde iban; y respondiéronle: «Al Tribunal de Radamanto»; á lo cuál, metiéndose más adentro, dijo: «Esto me ahorrará de andar después, si he de ir más abajo.» Iba sudando un

tabernero de congoja, tanto, que cansado se dejaba caer á cada paso, y á mí me pareció que le dijo un verdugo: «Harto es que sudeis el agua, y no nos la vendais por vino.» Uno de los sastres, pequeño de cuerpo, redondo de cara, malas barbas y peores hechos, no hacía sino decir: «¿Qué pude hurtar yo, si andaba siempre muriéndome de hambre?» Y los otros le decían (viendo que negaba haber sido ladrón) qué cosa era despreciarse de su oficio. Toparon con unos salteadores y capeadores públicos que andaban huyendo unos de otros, y luégo los verdugos cerraron con ellos, diciendo que los salteadores bien podían entrar en el número, porque eran á su modo sastres silvestres y monteses, como gatos del campo. Hubo pendencia entre ellos sobre afrentarse los unos de ir con los otros; y al fin, juntos llegaron al valle. Tras ellos venía la locura en una tropa, con sus cuatro costados, poetas, músicos, enamorados y valientes, gente en todo ajena deste día: pusieronse á un lado. Andaban contándose dos ó tres procuradores las caras que tenían, y espantábanse que les sobrasen tantas, habiendo vivido descaradamente. Al fin ví hacer silencio á todos.

El trono era obra donde trabajaron la omnipotencia y el milagro. Júpiter estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos y enojado para los otros; el sol y las estrellas colgando de su boca, el viento tullido y mudo, el agua recostada en sus orillas, suspensa la tierra, temerosa, en sus hijos, de los hombres. Algunos amenazaban al que les enseñó con su mal ejemplo peores costumbres. Todos en general pensativos: los piadosos, en qué gracias le darían, cómo rogarían por sí, y los malos, en dar disculpas. Andaban los procuradores mostrando en sus pasos y colores las cuentas que tenían que dar de sus encomendados, y los verdugos repasando sus copias, tarjas y procesos. Al fin, todos los defensores estaban de la parte de adentro, y los acusadores de la de afuera. Estaban guardas á una puerta tan angosta, que los que estaban á puros



ayunos flacos aun tenían algo que dejar en la estrechura.

A un lado estaban juntas las desgracias, peste y pesadumbres, dando voces contra los médicos. Decía la peste que ella los había herido; pero que ellos los habían despachado; las pesadumbres, que no habían muerto ninguno sin ayuda de los doctores; y las desgracias, que todos los que habían enterrado habían ido por entrambos.

Con eso los médicos quedaron con cargo de dar cuenta de los difuntos; y así, aunque los necios decían que ellos habían muerto más, se pusieron los médicos con papel y tinta en un alto con su arancel, y en nombrando la gente, luego salía uno dellos y en alta voz decía: «Ante mí pasó á tanto de tal mes», etc.

Pilatós se andaba lavando las manos muy apriesa, para irse con sus manos lavadas al brasero. Era de ver cómo se entraban algunos pobres entre media docena de reyes que tropezaban con las coronas, viendo entrar las de los sacerdotes tan sin detenerse. Llegó en esto un hombre desa-



forado lleno de ceño; y alargando la mano, dijo: «Esta es la carta de exámen.» Admiráronse todos: dijeron los porteros que quién era; y él en altas voces respondió: «Maestro de esgrima examinado y de los más diestros del mundo»; y sacando unos papeles del pecho, dijo que aquellos eran los testimonios de sus hazañas. Cayéronse en el suelo por descuido los testimonios, y fueron á un tiempo á levantarlos dos furias y un alguacil, y él los levantó primero que las furias. Llegó un abogado, y alargó el brazo para asille y metelle dentro; y él, retirándose,

alargó el suyo, y dando un salto, dijo: «Esta de puño es irreparable, y pues enseño á matar, bien puedo pretender que me llamen Galeno; que si mis heridas anduvieran en mula, pasaran por médicos malos: si me quereis probar, yo daré buena cuenta.» Riéronse todos, y un oficial algo moreno le preguntó qué nuevas tenía de su alma. Pidiéronle no sé qué cosas, y respondió que no sabía tretas contra los enemigos della. Mandáronle que se fuese, y diciendo: «Entre otro», se arrojó. Y llegaron unos despenseros á cuentas (y no rozándolas), y en el ruido con que venía la trulla, dijo un ministro: «Despenseros son»; y otros dijeron: «No son»; y otros: «Sison»; y dióles tanta pesadumbre la palabra sison, que se turbaron mucho. Con todo, pidieron que se les buscase su abogado, y dijo un verdugo: «Ahí está Judas, que es apóstol descartado.» Cuando ellos oyeron esto, volviéndose á otra furia, que no se daba manos á señalar hojas para leer, dijeron: «Nadie mire, y vamos á partido, y tomamos infinitos siglos de fuego.» El verdugo, como buen jugador, dijo: «Partido pedís? No teneis buen juego.» Comenzó á descubrir, y ellos, viendo que miraba, se echaron en baraja de su bella gracia. Pero tales voces como venían tras de un malaventurado pastelero no se oyeron jamás de hombres hechos cuartos; y pidiéndole que declarase en qué les había acomodado sus carnes, confesó que en los pasteles; y mandaron que les fuesen restituidos sus miembros de cualquier estómago en que se hallasen. Dijéronle si quería ser juzgado, y respondió que sí, á Dios y á la ventura. La primera acusación decía no sé qué de gato por liebre; tanto de huesos, y no de la misma carne, sino advenedizos; tanto de oveja y cabra, caballo y perro; y cuando él vió que se les probaba á sus pasteles haberse hallado en ellos más animales que en el arca de Noé (porque en ella no hubo ratones ni moscas, y en ellos sí), volvió las espaldas y dejólos con la palabra en la boca. Fueron juzgados filósofos, y fué de ver cómo ocupaban sus enten-

dimientos en hacer silogismos contra su salvación. Mas lo de los poetas fué de notar, que de puro locos querían hacer á Júpiter malilla de todas las cosas. Virgilio andaba con su *Sicelides musæ*, diciendo que era el nacimiento; mas saltó un verdugo, y dijo no sé qué de Mecenas y Octavia, y que había mil veces adorado unos cuernecillos suyos, que los traía por ser día de más fiesta: contó no sé qué cosas. Y al fin, llegando Orfeo (como más antiguo) á hablar por todos, le mandaron que se volviese otra vez á hacer el experimento de entrar en el infierno para salir; y á los demas, por hacérseles camino, que le acompañasen. Llegó tras ellos un avariento á la puerta, y fué preguntado qué quería, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los había guardado: y él dijo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: Amar á Dios sobre todas las cosas; y dijo que él solo aguardaba á tenerlas todas para amar á Dios sobre ellas. No jurar: dijo que aun jurando falsamente, siempre había sido por muy grande interés; y que así no había sido en vano. Guardar las fiestas: éstas, y aun los días de trabajo, guardaba y escondía. Honrar padre y madre: siempre les quitó el sombrero. No matar: por guardar esto no comía, por ser matar la hambre comer. De mujeres: en cosas que cuestan dineros ya está dicho. No levantar falso testimonio: «Aquí, dijo un verdugo, es el negocio, avariento; que si confiesas haberle levantado te condenas, y si no, delante del juez te le levantarás á tí mismo.» Enfadóse el avariento, y dijo: «Si no he de entrar no gastemos tiempo.» (que hasta aquello rehusó de gastar). Convenciónse con su vida, y fué llevado adonde merecía. Entraron en esto muchos ladrones, y salváronse dellos algunos ahorcados. Y fué de manera el ánimo que tomaron los escribanos que estaban delante de Mahoma, Lutero y Judas (viendo salvar ladrones), que entraron de golpe á ser sentenciados, de que les tomó á los verdugos muy

gran risa. Los procuradores comenzaron á esforzarse y á llamar abogados.

Dieron principio á la acusación los verdugos, y no la hacían en los procesos que tenían hechos de sus culpas, sino con los que ellos habían hecho en esta vida. Dijeron lo primero. «Estos, señor, la mayor culpa suya es ser escribanos.» Y ellos respondieron á voces (pensando que disimularían algo) que no eran sino secretarios. Los abogados comenzaron á dar descargos, que se acabó en: «Es hombre, y no lo hará otra vez, y alcen el dedo.» Al fin se salvaron dos ó tres, y á los demas dijeron los verdugos: «Ya entienden.» Hiciéronles del ojo, diciendo que importaban allí para jurar contra cierta gente. Uno azuzaba testigos, y repartía orejas de lo que no se había dicho y ojos de lo que no había sucedido, salpicando de culpas postizas la inocencia. Estaba engordando la mentira á puros enredos; y ví á Judas, y á Mahoma y á Lutero recatar desta vecindad el uno la bolsa y el otro el zancarrón. Lutero decía: «Lo mismo hago yo escribiendo.» Solo se lo estorbó aquel médico que dije, que forzado de los que le habían traído, parecieron él, un boticario y un barbero, á los cuales dijo un verdugo que tenía las copias: «Ante este doctor han pasado los más difuntos, con ayuda de este boticario y barbero, y á ellos se les debe gran parte deste día.» Alegó un procurador por el boticario que daba de balde á los pobres; pero dijo un verdugo que hallaba por su cuenta que habían sido más dañosos dos botes de su tienda que diez mil de pica en la guerra, porque todas sus medicinas eran espurias, y que con esto había hecho liga con una peste y había destruido dos lugares. El médico se disculpaba con él, y al fin el boticario se desapareció, y el médico y el barbero andaban á daca mis muertes y toma las tuyas. Fué condenado un abogado porque tenía todos los derechos con corcovas, cuando descubierto un hombre que estaba detrás deste á gatas porque no le viesen, y preguntando quién era, dijo

que cómico; pero un verdugo muy enfadado replicó: «Farandulero es, señor, y pudiera haber ahorrado aquesta venida sabiendo lo que hay.» Juró de irse, y fué sobre su palabra. En esto dieron con muchos tarberneros en el puesto, y fueron acusados de que habían muerto mucha cantidad de sed á traición, vendiendo agua por vino. Estos venían confiados en que habían dado á un



hospital siempre vino puro para los sacrificios; pero no les valió, ni á los sastres decir que habían vestido niños; y así, todos fueron despachados como siempre se esperaba. Llegaron tres ó cuatro extranjeros ricos pidiendo asientos, y dijo un ministro: «¿Piensan ganar en ellos? Pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta, y no hay donde se asienten, porque han quebrado el banco de su crédito.» Y volviéndose á Júpiter, dijo un ministro: «Todos los demás hombres, señor, dan cuenta de lo que es suyo; más éstos de lo ajeno y todo.» Pronuncióse la sentencia contra ellos: yo no la oí bien, pero ellos desaparecieron. Vino un caballero tan derecho, que al parecer quería competir con la misma justicia que le aguardaba: hizo muchas reverencias á todos, y con la

mano una ceremonia usada de los que beben en charco. Traía un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenía cabeza. Preguntóle un portero, de parte de Júpiter, si era hombre; y él respondió con grandes cortesías que sí, y que por más señas se llamaba don Fulano á fé de caballero. Rióse un ministro, y dijo: «De codicia es el mancebo para el infierno.» Preguntáronle qué pretendía, y respondió: «Ser salvado;» y fué remitido á los verdugos para que le moliesen; y él sólo reparó en que le ajarían el cuello. Entró tras él un hombre dando voces, diciendo: «Aunque las doy, no tengo mal pleito; que á cuantos simulacros hay, ó á los más, he sacudido el polvo.» Todos esperaban ver un Diocleciano ó Nerón, por lo de sacudir el polvo, y vino á ser un sacristán que azotaba los retablos; y se había ya con esto puesto en salvo; sino que dijo un ministro que se bebía el aceite de las lámparas y echaba la culpa á una lechuza, por lo cual habían muerto sin ella; que pellizcaba de los ornamentos para vestirse; que heredaba en vida las vinajeras, y que tomaba alzorzas á los oficios. No sé qué descargo se dió, que le enseñaron el camino de la mano izquierda. Dando lugar unas damas alcorzadas que comenzaron á hacer melindres de las malas figuras de los verdugos, dijo un procurador á Vesta que habían sido devotas de su nombre aquellas; que las amparase. Y replicó un ministro que también fueron enemigas de su castidad. Sí por cierto, dijo una que había sido adúltera; y el demonio la acusó que había tenido un marido en ocho cuerpos; que se había casado de por junto en uno para mil. Condenóse esta sola, y iba diciendo: «¡Ojalá supiera que me había de condenar, que no hubiera cansádome en hacer buenas obras!» En esto que era todo acabado, quedaron descubiertos Judas, Mahoma y Martin Lutero; y preguntando un ministro cuál de los tres era Judas, Lutero y Mahoma dijeron cada uno que él; y corrióse Judas tanto, que dijo en altas voces: «Señor, yo soy Judas, y bien conoceis

vos que soy mucho mejor que éstos, porque si os vendi remedié al mundo, y éstos, vendiéndose á sí y á vos, lo han destruido todo.» Fueron mandados quitar delante; y un abogado que tenía la copia, halló que faltaban por juzgar los malos alguaciles y corchetes. Llamáronlos, y fué de ver que asomaron al puesto muy tristes, y dijeron: «Aquí lo damos por condenado: no es menester nada.» No bien lo dijeron cuando cargado de astrolabios y globos entró un astrólogo dando voces, y diciendo que se habían engañado, que no había de ser aquel día el del juicio, porque Saturno no había acabado sus movimientos, ni el de trepidación el suyo. Volvióse un verdugo, y viéndole tan cargado de madera y papel, le dijo: «Ya os traéis la leña con vos, como si supiérades que de cuantos cielos habeis tratado en vida estais de manera, que por la falta de uno solo, en muerte, os iréis al infierno.» «Eso no iré yo,» dijo él: «Pues llevaros han;» y así se hizo.

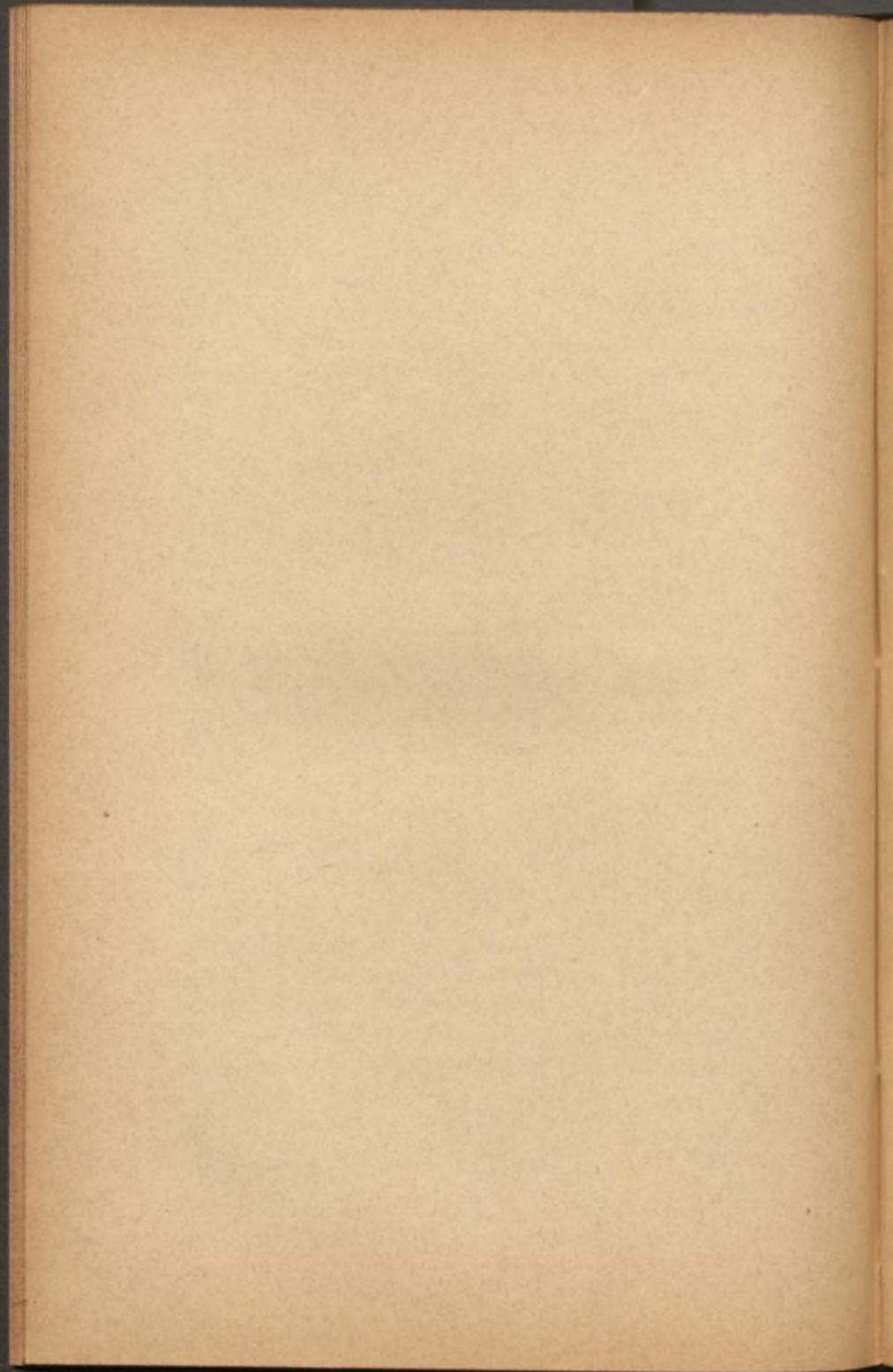
Con esto se acabó la residencia y tribunal: huyeron las sombras á su lugar, quedó el aire con nuevo aliento, floreció la tierra, rióse el cielo, Júpiter subió consigo á descansar en sí los dichosos, y yo me quedé en el valle, y discurriendo por él, oí mucho ruido y quejas en la tierra. Lleguéme por ver lo que había, y ví en una cueva honda (garganta del averno) penar muchos, y entre otros un letrado, revolviendo no tanto leyes como caldos: un escribano, comiendo sólo letras, que no había sólo querido leer en esta vida, todos ajuares del infierno. Las ropas y tocados de los condenados estaban prendidos, en vez de clavos y alfileres, con alguaciles; un avariento, contando más duelos que dineros; un médico pensando en un orinal, y un boticario en una medicina. Dióme tanta risa ver esto, que me despertaron las carcajadas; y fué mucho quedar de tan triste sueño más alegre que espantado.

Sueños son estos que si se duerme vucelencia sobre

ellos, verá que por ver las cosas como las veo, las esperará como las digo.



HURTADO DE MENDOZA.





D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

DESCENDIA este caballero, insigne autor de La Guerra de Granada y El Lazarillo de Tormes, del famoso marqués de Santillana que ilustró la literatura de nuestra patria en el reinado de don Juan II. Fueron sus padres don Íñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, primer marqués de Mondejar y doña Francisca Pacheco, hija de don Juan, marqués de Villena y primer duque de Escalona. Según fundadas conjeturas nació en Granada en 1503 y según noticias ciertas recibió las primeras lecciones del sabio Pedro Mártir de Anglería y se contó luego entre los discípulos de Agustín

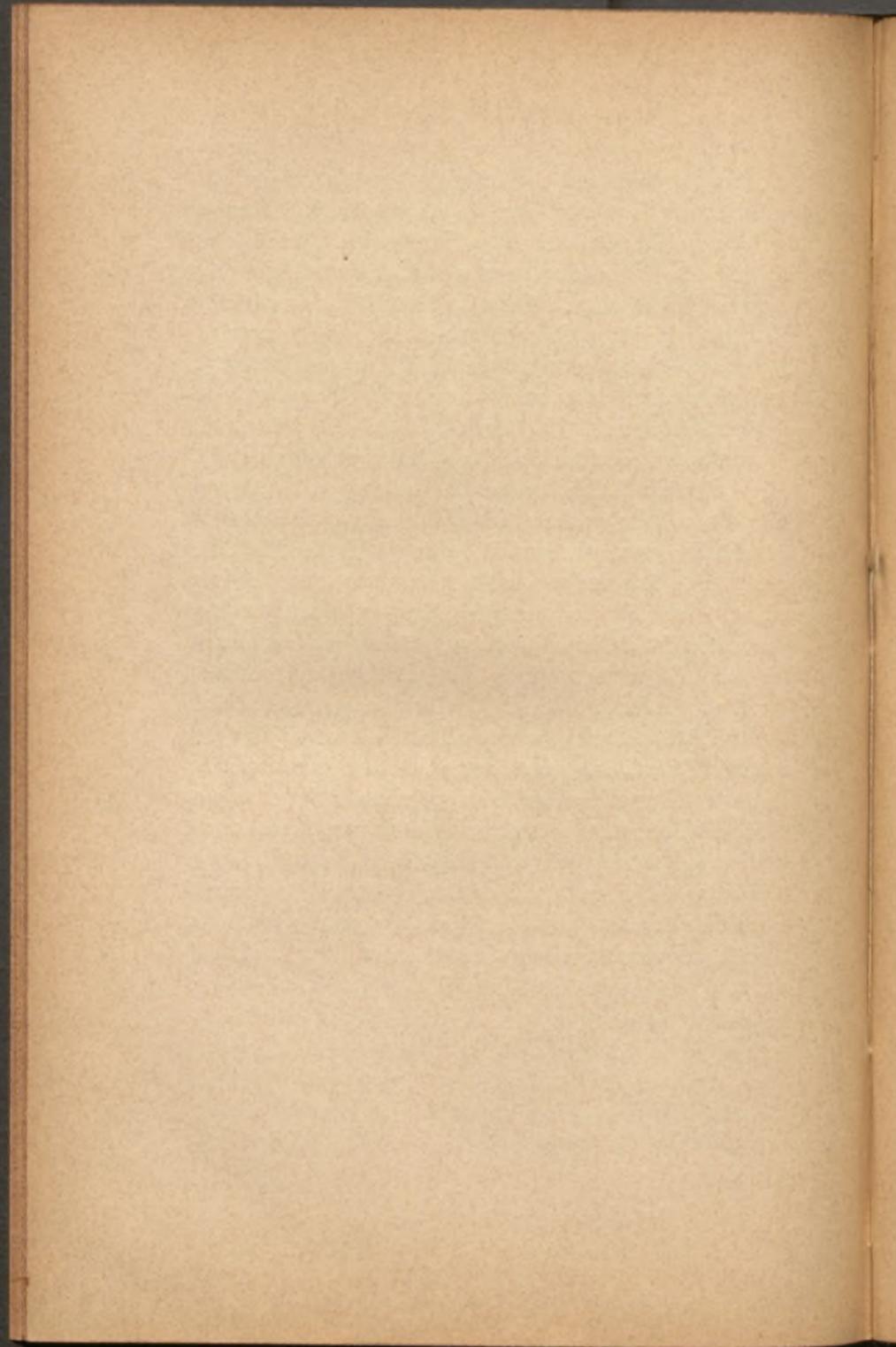
Nifo y del renombrado sevillano Montesdoca. En sus estudios dió ya señales evidentes de claro ingenio saliendo de las aulas muy perito en filosofía y humanidades.

En Italia pasó las mocedades, peleando por España en las guerras que esta sostuvo, y acaso también militó fuera de aquella península bajo las mismas banderas. La tregua que en los inviernos dejaban las armas la aprovechaba para ir á Padua, Bolonia y Roma en busca de sabios cuyo trato frecuentar y en busca de escuelas donde aprender. Señalóse pronto entre sus contemporáneos, á lo cual se debió que Carlos V le nombrara su embajador en Venecia, al decir de Mondejar por los años de 1527, y según afirmación de otros autores después del año 1530 y antes del 38, logrando su destreza que la altiva Señoría no concluyese las paces intentadas con el Gran Turco. En 1542 fué al Sacro Concilio de Trento como representante del emperador, cuyas preeminencias y prerrogativas sostuvo con elocuencia y con un tesón que á veces rayó en dureza, sino en descortesía, para con el Papa Paulo III, resultado quizás de la « áspera condición y riguroso genio que le opinaron de algo arrojado é intrépido en la conducta de los negocios de Estado, » conforme Sedano lo escribe muy á cuento en su Parnaso español. Desempeñó más tarde el cargo de embajador de Roma y capitán general de Siena y demás plazas de la Toscana, en cuyo ejercicio dió nuevas muestras de su natural áspero, ya castigando al barrachelo ó alguacil mayor de Roma por un desacato al emperador, ya atreviéndose á aconsejar al monarca con demasiada y desusada severidad. Por este motivo, y además por las instancias del Papa Julio III, fué don Diego Hurtado de Mendoza destituido del cargo de su embajador en Roma, en el año de 1551.

Aposentado en la Corte de España y ocupando el trono el rey don Felipe II, le nombró éste para que disuadiera á los aragoneses á que espontáneamente renunciasen al privilegio de

los fueros , según el cual no podía ser virrey de Aragón quien no hubiese nacido en este Reino, fin que no consiguió Mendoza atribuyéndose el fracaso á falta de celo en el desempeño del cometido. Por eso y por un suceso ocurrido en palacio entre don Diego y otro caballero, en el que dió aquél nuevas señales de su bravía condición, salió desterrado viviendo en Granada por algún tiempo, hasta que con el perdón del rey regresó otra vez á la Córte, en donde murió en breve en 1575, de una enfermedad que le provino del pasmo de una pierna.

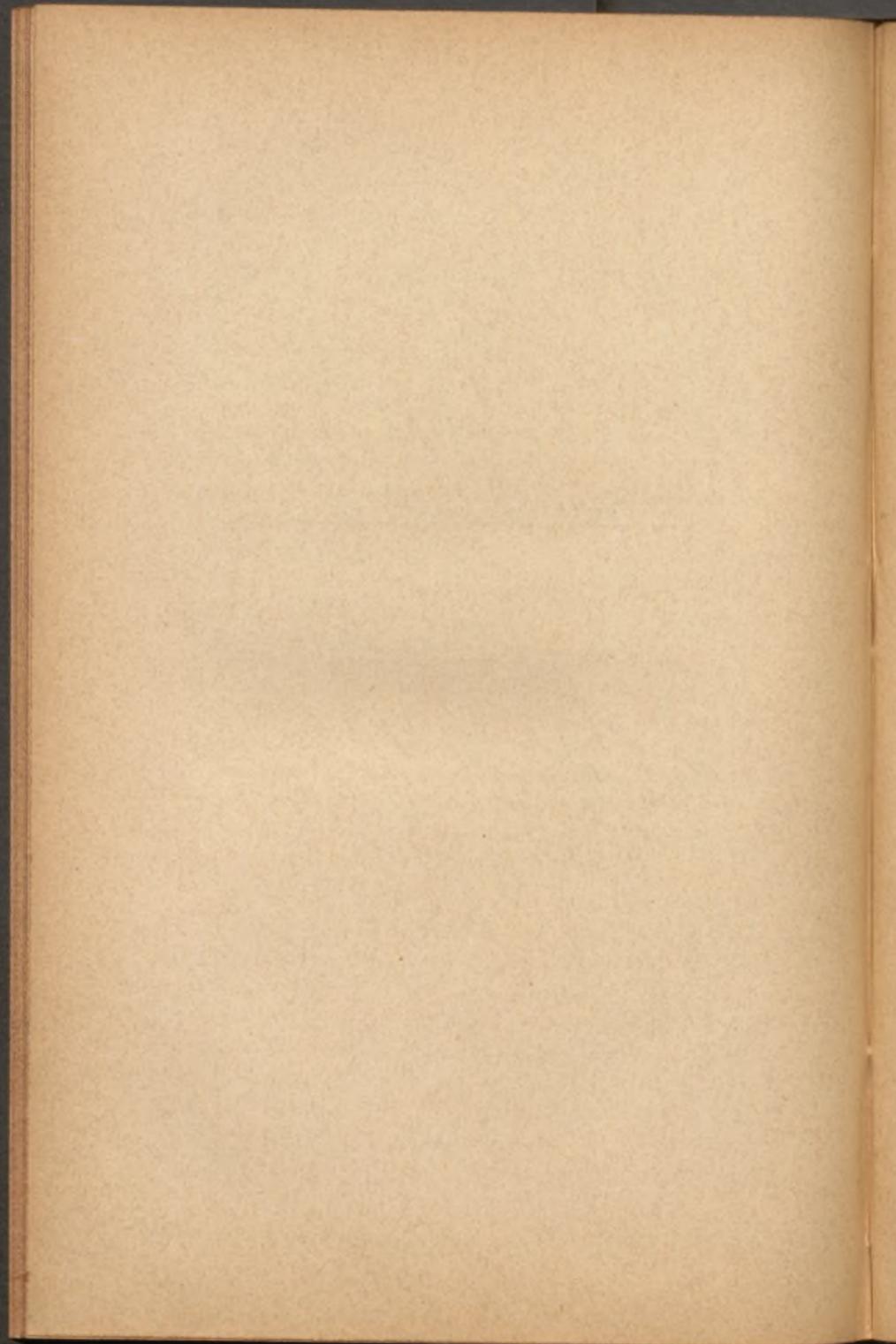
Dicen con elocuencia estos datos el papel que representó don Diego Hurtado de Mendoza en los asuntos políticos de su época. De su saber y talento dan idea, además de las obras antes citadas, otras que escribió, como la Traducción de la mecánica de Aristóteles y la Paraphrasis in totum Aristotelem, y las atenciones de que fué objeto por parte de los hombres más sabios contemporáneos suyos, puesto que le estimaban en mucho Lázaro Bonamico y don Martín Pérez de Ayala, Carranza le dedicaba su Suma de Concilios y otro tanto hacía el célebre Paulo Manucio con una edición de las obras filosóficas de Marco Tulio Cicerón, de quien era Mendoza apasionado. Su Guerra de Granada es modelo de vigor en el estilo y su Lazarillo de Tormes, que ponemos á continuación, una novela picaresca que presenta felizmente reunidas la observación de las miserias humanas, y la vivacidad y agudeza de pensamiento al describirlas, con lenguaje chispeante y gráfico propio del héroe de la narración y de las escenas que en la misma se contienen.

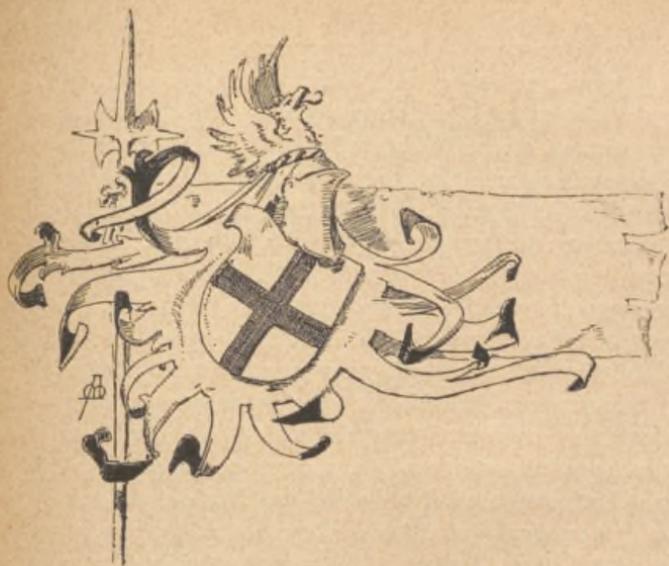


EL LAZARILLO DE TORMES.

ILUSTRACIÓN DE

APELES MESTRES.





PRÓLOGO.

Vo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oidas ni vistas, vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido: pues podria ser que alguno que las lea, halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren tanto, los deleite. Y á este propósito dice Plinio: que no hay libro por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello; y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y por esto ninguna cosa se debería romper ni echar á mal (si muy detestable no fuese), sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar de ella algún fruto. Porque si así no fuese, muy pocos escribirian para uno sólo, pues no se hace sin trabajo; y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que lean y vean sus obras,

y si hay de qué , se las alaben. Y á este propósito dice Tulio : *la honra cria las artes*. ¿ Quién piensa que el soldado que es primero en la escala, tiene mas aborrecido el vivir? no por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el Presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced, si le pesa cuando le dicen : ¡ ó qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia! Justó muy ruilmente el señor D. Fulano, y dió el sayete de armas al truhán, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas : ¿ qué hiciera, si fuera verdad? Y todo va de esta manera : que confesando yo no ser más santo que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico á vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomarle del medio sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados, cuan poco se les debe, pues fortuna fué con ellos parcial; y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.





LA VIDA
DEL
LAZARILLO DE TORMES,
Y
SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

CUENTA EL LÁZARO SU VIDA Y QUIEN ERA SU PADRE.

DUES sepa Vuestra Merced ante todas cosas, que á mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antonia Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del rio Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué de esta manera. Mi padre (que Dios perdone) tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fué molinero más de quince años: y estando mi madre una noche en la aceña preñada de mí, tomóla el parto y parióme allí, de manera que con verdad me puedo decir

nacido en el río. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á moler venían, por lo cual fué preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra los moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué, y con su señor, como leal criado, feneció su vida. Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos por ser uno de ellos, y vino á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metíase á guisar de comer á ciertos estudiantes, y limpiaba la ropa á ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena; de manera que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Éste algunas veces se venía á nuestra casa, y se iba á la mañana. Otras veces de día llegaba á la puerta en achaque de comprar huevos, y entrábase en la casa. Yo al principio de su entrada pesábame de ella, y hacíame miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que ví que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien; porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leña con que nos calentábamos; de manera que continuando la posada y conversación, mi madre vino á darme un negrito, el cual yo brincaba y ayudaba á calentar. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veía á mi madre y á mi blancos, y á él no, huía de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decía: madre, coco; respondiéndole riendo, el demonio. Yo aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermano, y dije entre mí: cuantos debe haber en el mundo que huyen de otros, porque no se ven á sí mismos. Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zayde (que así se

llamaba), llegó á oídos del mayordomo; y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban , hurtaba ; y salvados , leña , almohazas, mandiles , y las mantas y sábanas de los caballos hacia perdidas ; y cuando otra cosa no tenía , las bestias desherraba ; y con todo esto acudía á mi madre para criar á mi hermanico. No nos maravillamos de un clérigo ni de un fraile , porque el uno hurta de los pobres y el otro de su casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto , cuando á un pobre esclavo el amor le animaba á esto. Y probósele cuánto digo y aun más ; porque á mí con amenazas me preguntaban , y como niño respondía y descubría cuanto sabía con miedo , hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste del padrastro azotaron y pringaron , y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario , que en casa del sobredicho Comendador no entrase , ni al lastimado Zayde en la suya acogiese. Por no echar la sogá tras el caldero , la triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas , se fué á servir á los que al presente vivían en el mesón de la solana , y allí padeciendo mil importunidades acabó de criar á mi hermanico hasta que supo andar , y á mí hasta ser buen mozuelo , que iba á los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino á posar al mesón un ciego, el cual pareciéndole que yo sería á propósito para adestrarle , me pidió á mi madre , y ella me encomendó á él , diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fé, habia muerto en la batalla de los Gelves ; y que ella confiaba en Dios que no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí , pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo , sino por hijo ; y así le comencé á servir y adestrar á mi nuevo y viejo amo. Como estuvimos en Salamanca algunos dias , pareciéndole á mi amo que no era

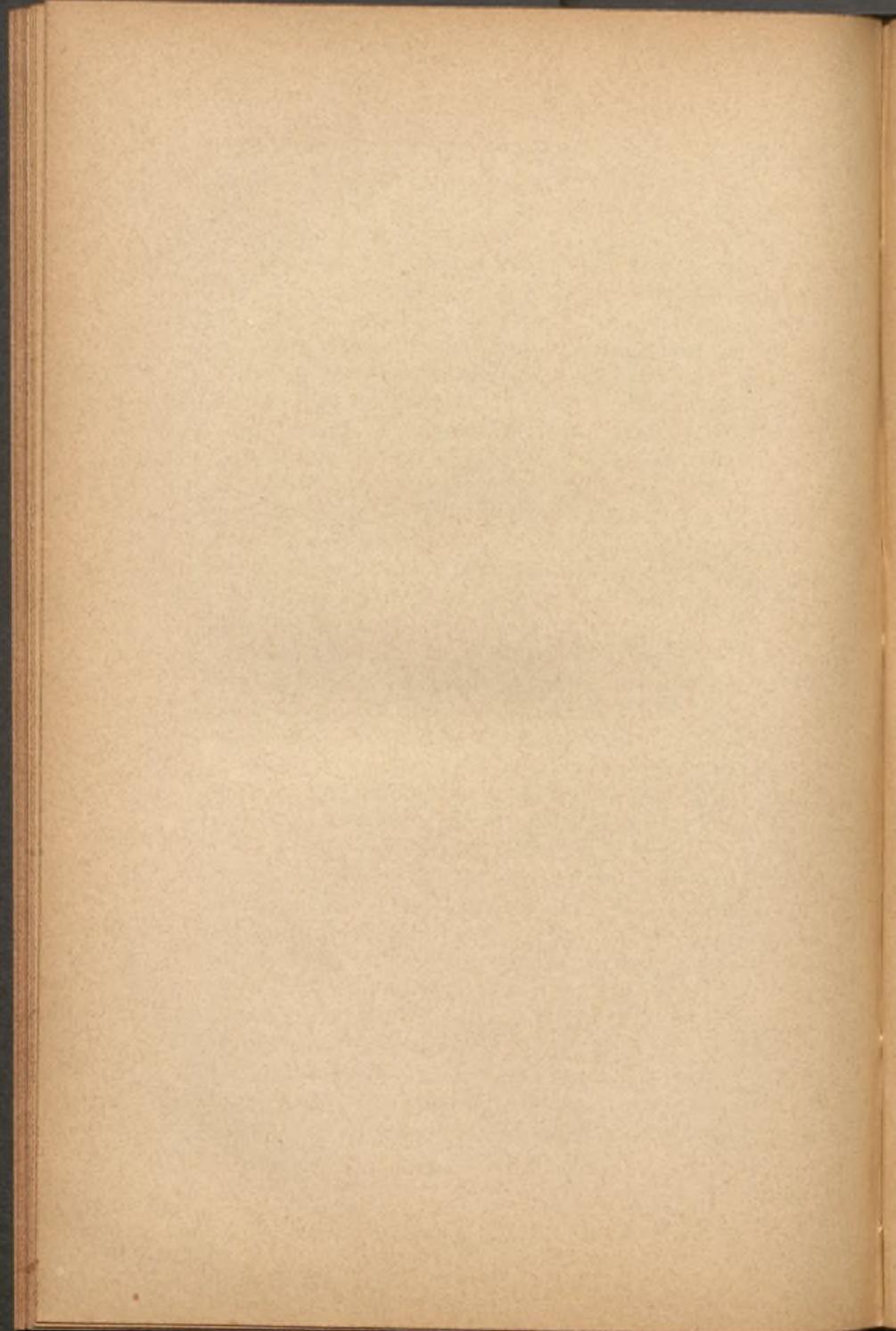
la ganancia á su contento, determinó irse de allí. Y cuando nos hubimos de partir, yo fuí á ver á mi madre, y ámbos llorando, me dió su bendición y dijo: hijo, ya sé que no te veré más; procura ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he, y con buen amo te he puesto; válete por tí. Y así me fuí para mi amo, que esperándome estaba.

Salímos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada de ella un animal de piedra que casi tiene forma de toro; y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, dijo: Lázaro, llega el oído á este toro, y oirás grande ruido dentro de él. Yo simplemente llegué, creyendo ser así, y como sintió que tenía la cabeza á par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada; y díjome: necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo, y rió mucho de la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba, y dije entre mí: verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues sólo soy, y pensar como me sepa valer. Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró gerigonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía: yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré. Y fué así, que después de Dios éste me dió la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á Vuestra Merced estas niñerías, para mostrar, cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos; y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, Vuestra Merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro; un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la Iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que





con muy buen continente ponía cuando rezaba , sin hacer gestos ni visages con boca ni ojos , como otros suelen hacer. Allende de esto tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos : para mujeres que no parían ; para las que estaban de parto ; para las que eran mal casadas , que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos á las preñadas , si traían hijo ó hija ; pues en caso de medicina decía que Galeno no supo la mitad que él : para muelas , desmayos , males de comadre. Finalmente nadie le decía padecer alguna pasión , que luégo no le decía : haced esto , haréis estotro , coced tal yerba , tomad tal raíz. Con esto andábase todo el mundo tras él , especialmente mujeres , que , cuanto les decía , creían. De estas sacaba él grandes provechos con las artes que digo , y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año. Mas también quiero que sepa Vuestra Merced , que con todo lo que adquiría y tenía jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi ; tanto que me mataba á mí de hambre , y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad : si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar , muchas veces me finara de hambre. Mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte , que siempre ó las más veces me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas , de las cuales contaré algunas , aunque no todas á mi favor. Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo , que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave ; y el meter de las cosas y sacarlas , era con tanta vigilancia y tan por contador , que no bastara todo el mundo á hacerle ménos una migaja. Mas yo tomaba aquella lacería que él me daba , la cual en ménos de dos bocados era despachada : y después que cerraba el candado y se descuidaba , pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas , por un poco de costura que muchas veces de un lado del fardel descosía y tornaba á coser , sangraba el avariento fardel ; sacando no por tasa pan , mas buenos

pedazos, torreznos y longanizas. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba. Todo lo que podía sisar y hurtar, traía en medias blancas; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábame el mal ciego, porque al tiento luégo conocía y sentía que no era blanca entera, y decía: qué diablo es esto, que después que conmigo estais, no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban: en tí debe de estar esta desdicha.

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado, que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacía, y luégo él tornaba á dar voces, diciendo: mandan rezar tal y tal oración, como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrito de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar; más duróme poco, que en los tragos conocía la falta; y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, ántes le tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán, que así trajese á sí el hierro como yo con una paja de centeno que para aquel menester tenía hecha; la cuál metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, le dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió; y dende en adelante mudó de propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y tapábale con la mano, y así bebía seguro. Yo como estaba hecho al vino, moría por él: y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuente-cilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparle.

Al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobre-cilla lumbre que teníamos, y al calor de ella, luégo derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota que se perdía. Cuando el pobrete iba á beber, no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. No diréis, tío, que os lo bebo yo, decía, pues no le quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido; y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor. Sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder; de manera que el pobre Lázaro, que á nada de esto se aguardaba, antes sí, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente le pareció que el cielo con todo lo que en él hay, le había caído encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien ví que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía: qué te parece, Lázaro, lo que te enfermó, te sana y dá salud, y otros donaires que á mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que

á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él : mas no lo hice tan presto , para hacerlo mas á mi salvo y provecho.

Aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonarle el jarrazo , no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacía ; que sin causa ni razón me hería , dándome coscorriones y repelándome. Y si alguno le decía , porqué me trataba tan mal , luégo contaba el cuento del jarro , diciendo : pensais que este mi mozo es algun inocente ? pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que le oían , decían : mira , quien pensara de un muchachõ tan pequeño tal ruindad , y se reían mucho del artificio , y decíanle : castigadle , castigadle , que de Dios lo habréis. Y él con aquello nunca otra cosa hacía : y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos , y adrede por hacerle mal y daño. Si había piedras , por ellas ; si lodo , por lo más alto : que aunque yo no iba por lo más enjuto , holgábame de quebrarme un ojo , por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo , el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no hacerlo con malicia , sino por nõ hallar mejor camino , no me aprovechaba , ni me creía ; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea Vuestra Merced á quanto se extendía el ingenio de este astuto ciego , contaré un caso de muchos que con él me acaecieron , en el cual me parece dió bien á entender su grande astucia. Cuando salimos de Salamanca , su motivo fué venir á tierra de Toledo , porque decía ser la gente mas rica , aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refrán : *mas da el duro que el desnudo*. Y vinimos á este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia , deteníamonos ; donde no , al tercero día hacíamos San Juan. Acaeciõ que llegando á un lugar que llaman Almorox , al tiempo que cogian

las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna; y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano. Al echarle en el fardel, tornábase mosto; y de lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no poder llevarlo, como por contentarme; que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo: ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo. Partir lo hemos de esta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez mas que una uva, y yo haré lo mismo hasta que le acabemos, y de esta suerte no habrá engaño. Hecho así el concierto comenzamos, mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como ví que él quebraba la postura, no me contenté con ir á la par con él, mas aun pasaba adelante, dos á dos y tres á tres, y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro, engañádome has: juraré yo á Dios que has tú comido las uvas tres á tres. No comí, dije yo: mas ¿porqué sospechais eso? Respondió el sagacísimo ciego ¿sabes en qué veo que las comiste tres á tres? en que comía yo dos á dos, y callabas. Reíme entre mí, y aunque muchacho, noté la discreta consideración del ciego. Mas por no ser prolijo, deo de contar muchas cosas así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron; y quiero decir el despidiente, y con él acabar. Estábamos en Escalona, villa del Duque de ella, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza había pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual (como suelen

decir) hace el ladrón : y fué que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que por no ser para la olla, debió de ser echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que él sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador: el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado. Yo fuí por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza: y cuando vine, hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, el cual aun no había conocido, por no haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando también llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío nabo, alteróse y dijo: qué es esto, Lazarillo? ¡Lacerado de mí, dije yo, si queis á mí echar algo! yo no vengo de traer el vino? alguno estaba ahí, y por burlarse haría esto. No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible. Yo torné á jurar y perjurar que estaba libre de aquel truco y cambio; mas poco me aproveché, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondía. Levantóse y asíome por la cabeza y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asíndome con las manos, abrióme la boca mas de su derecho, y desatentadamente metía la nariz, la cual él tenía luenga y afilada, que en aquella sazón con el enojo se había aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó al gallillo, con esto y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo la negra longaniza aun no había hecho asiento en el estómago; y lo mas principal,

con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogado me tuvo: todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño: de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió



mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡Ó gran Dios! quien estuviera á aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fué tal el corage del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida.

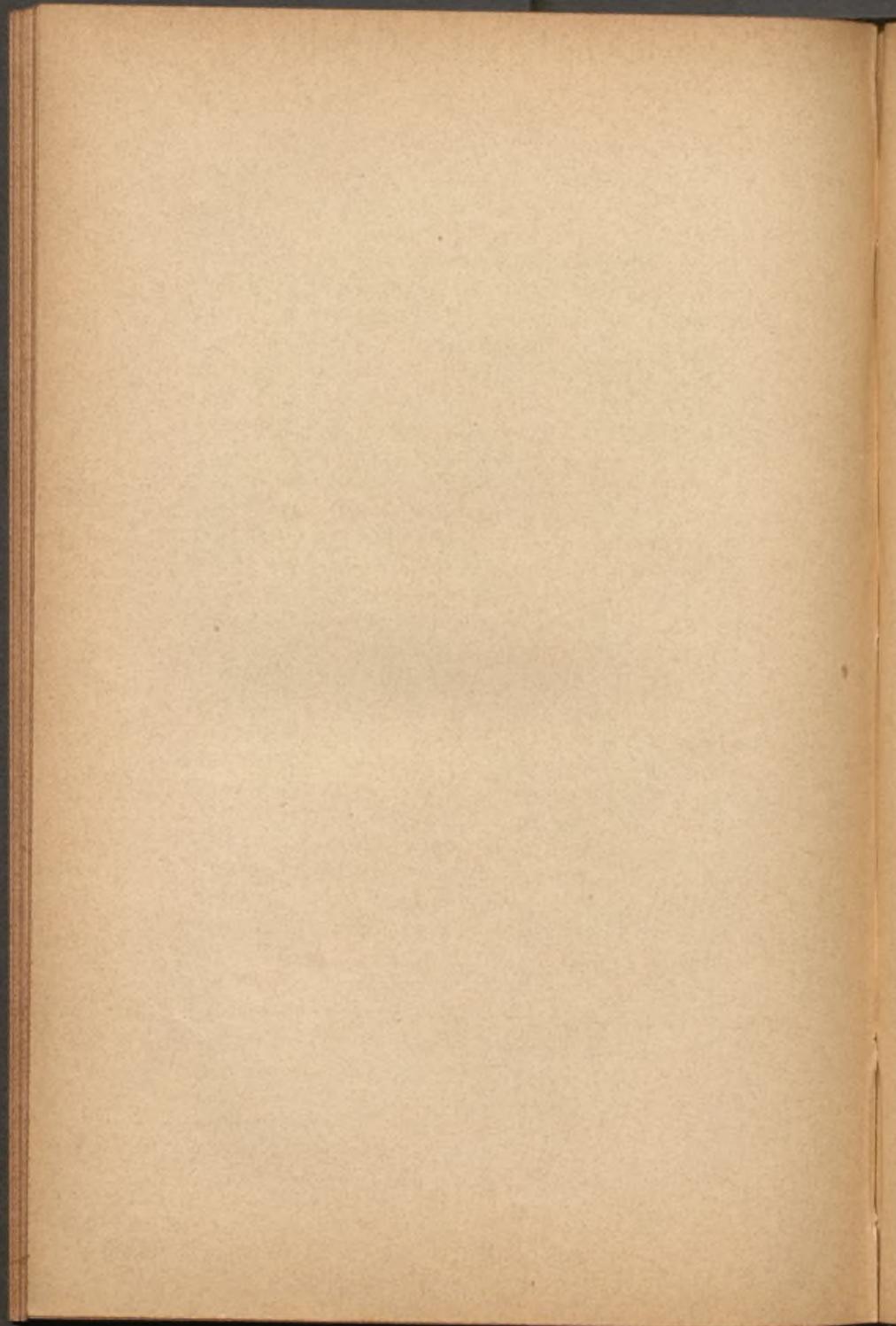
Sacáronme dentre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rasguñado el pescuezo, y la garganta; y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venían tantas persecuciones.

Contaba el mal ciego á todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro, como de la del racimo, y ahora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba, entraba á ver la fiesta. Mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía injusticia en no se las reír. Y en cuanto esto pasaba, á la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecía, y fué no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado; que con solo apretar los dientes, se me quedaran en casa, y con ser de aquel malvado por ventura lo retuviera mejor mi estómago, que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. Pluguiera á Dios que lo hubiera hecho, que esto fuera así que así. Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le había traído, laváronme la cara y la garganta, sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo: por verdad, mas vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo no bebo en dos. Á lo menos, Lázaro, eres en mas cargo al vino que á tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida.

Y luego contaba cuantas veces me había descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba. Yo te digo, dijo, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú; y reían mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre que sin duda debía tener espíritu de profecía; y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando, lo que aquel dia me dijo, salirme tan verdadero como adelante Vuestra Merced oirá.

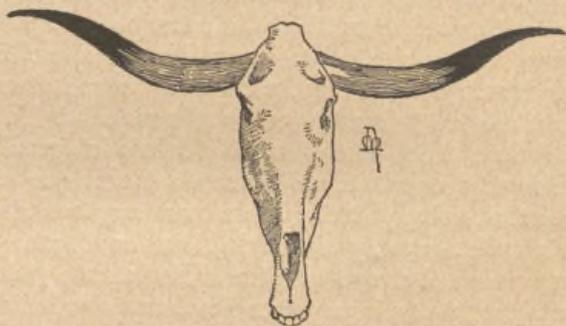
Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de

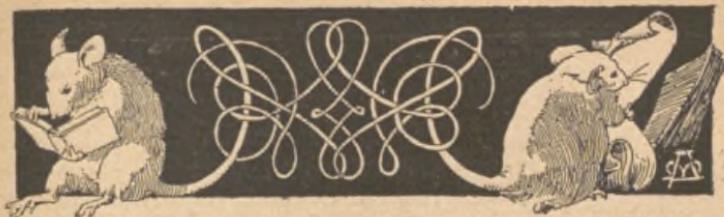




mí, determiné de todo en todo dejarle, y como lo traía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo más. Y fué así, que luégo otro día salimos por la villa á pedir limosna, y había llovido mucho la noche antes, y el día también llovía; y andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo había, donde no nos mojábamos. Mas como la noche se venía y el llover no cesaba; díjome el ciego: Lázaro, esta agua es muy porfiada y cuanto la noche más cierra, más recia: acojámonos á la posada con tiempo. Para ir allá habíamos de pasar un arroyo que con la mucha agua iba grande, yo le dije: tío, el arroyo va muy ancho; mas si quereis, yo veo por donde travesemos mas áina sin mojarnos, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos á pié enjuto. Parecióle buen consejo, y dijo: discreto eres, por esto te quiero bien: llévame á ese lugar donde el arroyo se ensangosta, que ahora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los piés mojados. Yo que ví el aparejo á mi deseo, saquéle debajo los portales y llevéle derecho de un pilar ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele: tío, este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. Como llovía recio y el triste se mojaba, y con la prisa que llevábamos de salir del agua que encima nos caía, y lo mas principal porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, fué por darme de él venganza, creyóse de mí, y dijo: ponme bien derecho, y salta tú el arroyo. Yo le puse bien derecho en frente del pilar, y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele: sus, saltad todo lo que podais, porque deis de este cabo del agua. Aun apénas lo había acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón, de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto; y dá con la cabeza en el poste que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego

para atrás medio muerto y hendida la cabeza. ¡Cómo! ¿oliste la longaniza, y no el poste? pues oledle, dije yo. Y dejéle en poder de mucha gente que le había ido á so-correr, y tomé la puerta de la villa en los piés de un tro-te; y antes que la noche viniese, dí conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios de él hizo, ni curé de saberlo.





COMO EL LÁZARO SE ASENTÓ CON UN CLÉRIGO,
Y DE LAS COSAS QUE CON ÉL PASÓ.



Q TRO día no pareciéndome estar allí seguro, fuíme á un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que llegando á pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar á misa. Yo dije que sí, como era verdad; que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una de ellas fué esta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo.

Escapè del trueno y dí en el relámpago, porque era el ciego para con este un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo más, sino que toda la lacería del mundo estaba encerrada en éste. No sé si de su cosecha era, ó lo había añejado con el hábito de clerecía. Él tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la

cual traía atada con una agujeta del paletoque : y en viniendo el bodigo de la iglesia , por su mano era luégo allí lanzado , y tornaba á cerrar el arcaz. En toda la casa no había ninguna cosa de comer , como suele estar en otras algun tocino colgado al humero , algun queso puesto en alguna tabla ó en el armario , algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran , que me parece á mí , que aunque de ello no me aprovechara , con la vista de ello me consolara. Solamente había una horca de cebollas y tras llave en una cámara en lo alto de la casa. De éstas tenía yo de ración una para cada cuatro días ; y cuando le pedía la llave para ir por ella , si alguno estaba presente , echaba mano al falsopeto , y con gran continencia la desataba y me la daba , diciendo : toma , y vuévela luego , no hagais sino golosinar ; como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia , con no haber en la dicha cámara , como dije , maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo , las cuales él tenía tan bien por cuenta , que si por mal de mis pecados me demandara á más de mi tasa , me costara caro. Finalmente yo me finaba de hambre , pues ya que conmigo tenía poca caridad , consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar : verdad es que partía conmigo del caldo ; que de la carne , tan blanco en el ojo , sino un poco de pan : y pluguiera á Dios que me demediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero , y enviábame por una que costaba tres maravedís. Aquella la cocía , y comía los ojos y la lengua , y el cogote y sesos , y la carne que en las quijadas tenía , dábame todos los huesos roídos , y dábamelos en el plato , diciendo : toma , come , triunfa , que para tí es el mundo : mejor vida tienes que el Papa. Tal te la dé Dios , decía yo paso entre mí.

Al cabo de tres semanas que estuve con él , vine á tanta flaqueza que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir á la sepultura , si Dios y mi

saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en que dalle asalto: y aunque algo hubiera, no pudiera cegalle, como hacía al que Dios perdona, si de aquella calabazada feneció: que todavía aunque astuto, con faltalle aquelpreciado sentido, no me sentía. Mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese, como él tenía. Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía, que no era de él registrada. El un ojo tenía en la gente, y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el cajo, como si fueran de azogue. Cuantas blancas ofrecían, tenía por cuenta. Acabado el ofrecer, luégo me quitaba la concheta, y la ponía sobre el altar. No era yo señor de asirle una blanca, todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino, mas aquel poco que de la ofrenda había metido en su arcaz, compasaba de tal forma que le duraba toda la semana. Y por ocultar su gran mezquindad, decíame: mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber; por esto yo no me desmando como otros. Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cófradías y mortuorios que rezamos á costa agena, comía como lobo, y bebía más que un saludador. Y porque dije mortuorios, Dios me perdona, que jamás fuí enemigo de la naturaleza humana sino entonces: y esto era, porque comíamos bien y me hartaba. Deseaba y aun rogaba á Dios que cada día matase el suyo. Cuando dábamos sacramento á los enfermos, especialmente la extremaunción, como manda el clérigo rezar á los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración; y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de este mundo. Y cuando alguno de estos escapaba, (Dios me lo perdona) que mil veces le daba al diablo, y el que se moriría, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas.

En todo el tiempo que allí estuve, que serían cuasi seis

meses, solas veinte personas fallecieron : y estas bien creo que las maté yo , ó por mejor decir , murieron á mi recuesta, porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que se holgaba de matarlos por darme á mi vida. Mas de lo que al presente padecía , remedio no ha-



llaba , que si el día que enterráramos , yo vivía , los días que no había muerto , por quedar bien vezado de la hartura, tornando á mi cuotidiana hambre , más lo sentía ; de manera que en nada hallaba descanso , salvo en la muerte , que yo también para mí como para ellos otros deseaba algunas veces. Mas no la veía , aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo , mas por dos cosas lo dejaba. La primera , por no atreverme á

mis piernas , por temor de flaqueza que de pura hambre me tenía ; y la otra , consideraba y decía : yo he tenido dos amos ; el primero traíame muerto de hambre , y dejándole topé con estotro , que me tiene ya con ella en la sepultura ; pues si de este desisto y doy en otro más bajo , qué será sino fenecer ? Con esto no me osaba menear , porque tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines , y á bajar otro punto , no soñara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal aflicción , que le plegue al Señor librar de ella á todo fiel cristiano ; y sin saber darme consejo , viéndome ir de mal en peor ; un día que el cuitado , ruín y lacerado de mi amo había ido fuera del lugar , llegó acaso á mi puerta un calderero , el cual yo creo que fué ángel enviado á mí por la mano de Dios en aquel hábito ; y preguntóme si tenía algo que adobar.

En mí teníais bien que hacer : y no haríais poco , si me remediaseis , dije paso que no me oyó. Mas como no era tiempo de gastarlo en decir gracias , alumbrado por el Espíritu Santo , le dije , tío : una llave de esta arcaz he perdido , y temo mi señor me azote : por vuestra vida veáis , si en estas que traéis , alguna hay que le haga , que yo os lo pagaré. Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traía , y yo á ayudarle con mis flacas oraciones : cuando no me cato , veo en figura de panes , como dicen , la cara de Dios dentro del arcaz : y abierto , díjeme : yo no tengo dineros que daros por la llave , mas tomad de ahí el pago. El tomó un bodigo de aquellos , el que mejor le pareció , y dejándome mi llave , se fué muy contento , dejándome más á mí. Mas no toqué en nada por el presente , porque no fuese la falta sentida ; y aun porque me ví de tanto bien señor , parecióme que la hambre no se me osaba llegar.

Vino el mísero de mi amo , y quiso Dios no miró en la oblada que el ángel había llevado , y otro día saliendo de casa , abro mi paraiso panal y tomo entre las manos y

dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no olvidándoseme el arca abierta: y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar de allí en adelante la triste vida, y así estuve con ello aquel día y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luégo al tercero día me vino la terciana derecha; fué que veo á deshora al que me mataba de hambre, sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía san Juan y ciégale.

Despues que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo: si no tuviera á tan buen recaudo este arcaz, yo dijera que me habían tomado de ella panes, pero de hoy mas, solo por cerrar puerta á la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos; nueve quedan y un pedazo. Nuevas malas te dé Dios, dije yo entre mí; parecióme con lo que dijo pasarme el corazón con saeta de montero, y comenzóme el estómago á escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa, y yo por consolarme abro el arcaz, y como ví el pan, comencéle á adorar (no osando recibirle), contélos si á dicha el lacerado se errara; y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer, fué dar en ellos mil besos; y lo mas delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel día, no tan alegre como el pasado.

Mas como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho á más pan aquellos dos ó tres días ya dichos, moría de mala muerte; tanto que otra cosa no hacía en viéndome solo, sino abrir y cerrar el arcaz y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, trajo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dije: este arcón es viejo y grande y roto por algunas partes; aunque con pe-

queños agujeros , puédesse pensar que ratones entrando en él hacen daño á este pan. Sacarlo enteramente , no es cosa conveniente , porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre. Y comienzo á desmigajar



el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro, de manera, que en cada cual de tres ó cuatro desmigajo su poco, y después como quien toma gragea , lo comí , y algo me consolé. Mas él como viniese á comer y abriese el arcaz , vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habían hecho, porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo á otro, y vió ciertos agujeros por do sospechaba habían entrado, y llamómelo diciendo : Lázaro , mira , mira , qué persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan. Yo hiceme muy maravillado , preguntándole qué sería. ¿ Qué ha de ser , dijo él ? ratones que no dejan cosa á vida. Pusímonos á comer , y quiso Dios que aun en esto me fué bien ; que

me cupo más pan que la lacería que me solía dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: cómete eso, que el raton cosa limpia es. Y así aquel día añadiendo la ración del trabajo de mis manos ó de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba. Y luégo me vino otro sobresalto que fué verle andar solícito, quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos



los agujeros de la vieja arca. O Señor mio! dije yo entonces: á cuanta miseria y fortuna y desastres estamos expuestos los nacidos! y cuan poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi lacería, y estaba ya cuanto de alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo, y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenía

(pues los míseros por la mayor parte nunca de aquella carecen) ahora cerrando los agujeros del arcaz, cerrase la puerta á mi consuelo y la abriese á mis trabajos.

Así lamentaba yo en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á sus obras, diciendo: agora, dones traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala medra teneis.

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé que no dejó en el triste y viejo arcaz agujero ni aun por donde pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho; y ví los dos ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados; y de ellos todavía saqué alguna lacería, tocándolos muy ligeramente á uso de esgrimidor diestro.

Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta hambre, noche y día estaba pensando la manera que tenía para sustentar el vivir: y pienso para hallar estos negros remedios que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura; y así era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento; pensando como me podría valer y aprovechar del arcaz, sentí que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y habiendo en el día pensado lo que había de hacer, y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase, voyme al triste arcaz, y por do había mirado tener menos defensa, le acometi con el cuchillo, que á manera de barreno de él usé: y como el antiquísimo arcaz, por ser de tantos años, le hallase sin fuerza y corazón, antes muy blando y carcomido, luégo se me rindió y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y al tiento del pan que hallé partido, hice según de suso está escrito. Y con aquello algún tanto consolado, tornando á cerrar me volví á mis pajas, en las

cuales reposé y dormí un poco, lo cual yo hacía mal, y echábalo al no comer; y así sería, porque cierto en aquel tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados del Rey de Francia.

Otro día fué por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó á dar al diablo los ratones y ¿decir: qué diremos á esto? nunca haber sentido ratones en esta casa sino ahora. Y sin duda debía de decir verdad, porque si casa había de haber en el Reino justamente de ellos privilegiada, aquella de razón había de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas para taparlos. Venida la noche y su reposo, luégo yo era puesto en pié con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día, destapaba yo de noche.

En tal manera fué, y tal priesa nos dimos, que sin duda por esto se debió de decir: donde una puerta se cierra, otra se abre. Finalmente parecíamos tener á destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día, rompía yo de noche. Y en pocos días y noches pusimos la pobre dispensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, mas coraza vieja de otro tiempo que no arca la llamara, según la clavazón y tachuelas que sobre si tenía. De que vió no aprovecharle nada su remedio, dijo: este arcaz está tan maltratado, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón de quien se defienda, y va ya tal que si andamos más con él, nos dejará sin guarda; y aun lo peor es, que aunque hace poca, todavía hará falta faltando, y me pondrá en costa de otros tres ó cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, es armar por dentro á estos ratones malditos. Luégo buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que á los vecinos pedía, continuo el gato estaba armado dentro del arcaz: lo cual era para mí singular auxilio, porque puesto el caso que yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las

cortezas de queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase, el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el ratón que lo comía, dábase al diablo y preguntaba á los vecinos qué podría ser, comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el ratón, y hallar caída la trampilla del gato. Acordaron los vecinos no ser el ratón el que este daño hacía, porque no podría ménos de haber caído alguna vez. Dijole un vecino: en vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y esta debe de ser sin duda: y lleva razón, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo; y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórñase á salir. Cuadró á todos lo que aquel dijo, y alteró mucho á mi amo; y de allí en adelante no dormía tan á sueño suelto, que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roía el arcaz. Luégo era puesto en pié, y con un garrote que á la cabecera (desde que aquello le dijeron) ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía, y á mí no dejaba dormir. Íbase á mis pajas y trastornábalas y á mí con ellas, pensando que se iba para mí, y se envolvía en mis pajas ó en mi sayo, porque le decían que de noche acaecía á estos animales buscando calor irse á las cunas donde están criaturas, y aun morderlas y hacerlas peligrar. Yo las mas veces hacía del dormido, y en la mañana decíame él: esta noche, mozo, no sentiste nada? pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para tí á la cama, que son muy frías y buscan calor. Plegue á Dios que no me muerda, decía yo, que harto miedo la tengo. De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que mi fé la culebra, ó el culebro por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca: mas de día miéntras estaba en la iglesia ó por el lugar, hacía mis saltos.

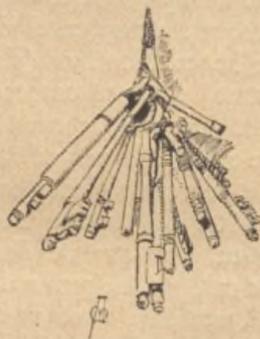
Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podía poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo. Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenía, y parecióme lo mas seguro meterla de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego, la tenía tan hecha bolsa, que me acaeció tener en ella doce ó quince maravedís todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscara muy á menudo. Pues así como digo, metía cada noche la llave en la boca, y dormía sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella, mas cuando la desdicha ha de venir por demás es diligencia.

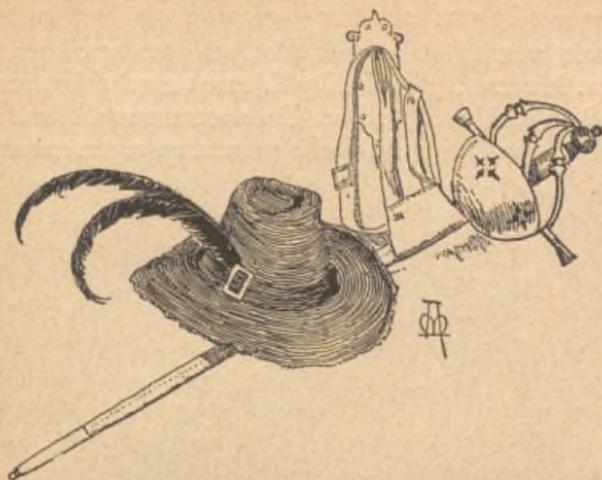
Quisieron mis hados, ó por mejor decir, mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debía tener, de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba, salía por lo hueco de la llave que de cañuto era, y silbaba (segun mi desastre quiso) muy recio: de tal manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la culebra; y cierto lo debía parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó á mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas do yo estaba echado, al calor mio se había venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo, y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me había dado, segun yo debía hacer gran sentimiento con el fiero golpe; contaba él que se había llegado á mí, y dándome grandes voces y llamándome procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que

me había hecho ; y con mucha priesa fué á buscar lumbré ; y llegando con ella , hallóme quejando , todavía con mi llave en la boca , que nunca la desamparé , la mitad fuera , bien que de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba con ella. Espantado el matador de culebras qué podría ser aquella llave , miróla sacándomela del todo de la boca , y vió lo que era , porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fué luégo á probarla , y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador : el ratón y culebra que me daban guerra y me comían mi hacienda , he hallado.

De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna seña daré , porque los tuve en el vientre de la ballena ; mas esto que he contado , oí (despues que en mí torné) decir á mi amo , el cual á cuantos allí venían , lo contaba por extenso. Al cabo de tres días , yo torné en mi sentido , y víme echado en mis pajas , la cabeza toda emplastada , y llena de aceites y ungüentos , y espantado dije : ¿ qué es esto ? Respondióme el cruel sacerdote , á fé que los ratones y culebras que me destruían , ya los he cazado. Y miré por mí , y víme tan maltratado que luégo sospeché mi mal. A esta hora entró una vieja que ensalmaba y los vecinos , y comiéndanme á quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo ; y como me hallaron vuelto en mi sentido , holgáronse mucho , y dijeron : pues ha tornado en su acuerdo , placera á Dios no será nada. Ahí tornaron de nuevo á contar mis cuitas y á reirlas , y yo pecador á llorarlas. Con todo esto diéronme de comer , que estaba transido de hambre y apénas me pudieron remediar , y así de poco en poco á los quince dias me levanté y estuve sin peligro , mas no sin hambre y medio sano. Luégo otro dia que fuí levantado , el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta fuera , y puesto en la calle , díjome : Lázaro , de hoy más eres tuyo y no mio ; busca amo y vete con Dios , que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino

que hayas sido mozo de ciego, y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se volvió á meter en casa y cerrar su puerta.





COMO EL LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ESCUDERO, Y DE LO
QUE LE ACAECIÓ CON ÉL.



E esta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco con ayuda de las buenas gentes dí conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, en donde, con la merced de Dios, de allí á quinze días se me cerró la herida.

Mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna, mas después que estuve sano, todos me decían: tú bellaco y gallofero eres: busca, busca un amo á quien sirvas. Y ¿adónde se hallará ese, decía yo entre mí, si Dios ahora de nuevo, como crió el mundo, no le criase?

Andando así discurriendo de puerta en puerta con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topóme Dios con un escudero que iba por la calle con ra-

zonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden. Miróme, y yo á él, y díjome: muchacho, buscas amo? yo le dije: sí, señor. Pués vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo:



alguna buena oración rezaste hoy. Yo seguile dando gracias á Dios por lo que le oí, y también que me parecía segun su hábito y continente ser el que yo había menester. Era de mañana cuando éste mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las pla-

zas do se vendía pan y otras provisiones, y yo pensaba y aún deseaba que allí me cargase de lo que vendían, por que esta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario: mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no lo vé aquí á su contento, decía yo y que-rrá que lo compremos en otro cabo.

De esta manera anduvimos, hasta que dieron las once: entónces se entró en la Iglesia Mayor y yo tras él, y muy devotamente le ví oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fué acabado; y la gente ida, entónces salimos de la Iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer: bien consideré que debía ser hombre mi nuevo amo que se proveía en junto, y que ya la comida estaría á punto, y tal como deseaba y aún la había menester. En este tiempo dió el reloj la una después del medio día, y llegámos á una casa ante la cual mi amo se paró y yo con él; y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta. Entramos en casa, la cual tenía la entrada oscura y lóbrega, de tal manera que parecía que ponía temor á los que en ella entraban, aunque dentro de ella estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblámos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Hecho esto, sentóse cabo de ella, preguntándome muy por extenso de dónde era, y cómo había venido á aquella ciudad y yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedía. Con todo esto yo le satisfacé de mi persona lo mejor que mentir supe diciendo mis bienes y callando lo demas porque me parecía no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luégo ví mala señal, por ser ya casi las dos, y no verle más aliento de

comer que á un muerto. Después de esto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que había visto eran paredes, sin ver en ella silleta ni tajo, ni banco ni mesa, ni aún tal arcaz como el de marras. Finalmente ella parecía casa encantada.

Estando así díjome: tú, mozo, has comido? No señor, dije yo, que aun no eran dadas las ocho, cuando con Vuestra Merced encontré.

Pues aunque de mañana, dijo él, yo había almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así: por eso pásate como pudieres, que después cenaremos.

Vuestra Merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos. Allí se me vino á la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada, y mi cercana muerte venidera, y con todo disimulando lo mejor que pude, le dije: Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. De eso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado de ella hasta hoy día de los amos que yo he tenido. Virtud es esa, dijo él: y por eso te querré yo más, porque el hartarse es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien. Bien te he entendido, dije yo entre mí: maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos, que yo hallo, hallan en la hambre.

Púseme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. Él, que vió esto, díjome: ven acá, mozo, qué comes? Yo lleguéme á él, y mostréle el pan. Tomóme él un pe-

dazo de tres que eran , el mejor y mas grande , y díjome : por mi vida que parece éste buen pan . Y como agora , dije yo ¿ señor , es bueno ? Sí á fè , dijo él : ¿ á donde le hubiste ? ¿ es amasado de manos limpias ? No sé yo eso , le dije , mas á mí no me pone asco el sabor dello . Así plegue á Dios , dijo el pobre de mi amo ; y llevándole á la boca , comenzó á dar en él tan fieros bocados , como yo en el otro . Sabrosísimo pan está , dijo , por Dios . Y como le sentí de qué pié cojeaba ; díme priesa , porque le ví en disposición que si acababa antes que yo , se comedría á ayudarme á lo que me quedase ; y con esto acabamos casi á una . Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas , que en los pechos se le habían quedado , y entró en una camareta que allí estaba , y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo ; y después que hubo bebido , convidóme con él . Yo por hacer del continente , dije : señor , no bebo vino . Agua es , me respondió , bien puedes beber . Entónces tomé el jarro y bebí no mucho , porque de sed no era mi congoja . Así estuvimos hasta la noche , hablando en cosas que me preguntaba , á las cuales yo le respondí lo mejor que supe . En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos , y díjome : mozo , párate allí , y verás como hacemos esta cama , para que la sepas hacer de aquí adelante . Púseme de un cabo y él del otro , é hicimos la negra cama , en la cual no había mucho que hacer ; porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo , sobre el cual estaba tendida la ropa en un colchón , que por no estar muy continuado á lavar , no lo parecía aunque servía de él con harta menos lana que era menester . Aquel tendimos haciendo cuenta de ablandarle , lo cual era imposible , porque de lo duro mal se puede hacer blando . El diablo del enjalma maldita la cosa tenía dentro de sí , que puesto sobre el cañizo , todas las cañas se señalaban y parecían á lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco ; y sobre aquel hambriento colchón pusimos un

cobertor del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, dijome: Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay un gran trecho: también en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean: pasemos como podamos, y mañana viniendo el día, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveido, ántes he comido estos días por allí fuera; mas ahora hacerlo hemos de otra manera. Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga Vuestra Merced, que bien sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer. Vivirás mas sano, me respondió; porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco. Si esa vía es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha tenerla toda mi vida.

Acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus piés, lo cual yo hice: mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre pienso que en mi cuerpo no había libra de carne: y también como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad. Maldijeme mil veces (Dios me lo perdone) y á mi ruin fortuna allí lo mas de la noche; y lo peor, no osándome revolver por no despertarle, pedía á Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida levantámonos, y comienza á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servia de pelillo, y vistese me muy á su placer despacio, échele aguamanos. Peinóse, y púsose su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponía, dijome: ó si supieses, mozo, qué pieza es esta! no hay marco de oro en el mundo por el que yo la diese; mas así ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponerle los aceros tan pres-

tos como esta los tiene : y sacóla de la vaina , y tentóla con los dedos , diciendo : vesla aquí , yo me obligo con ella á cercenar un copo de lana . Y yo , dije entre mí , con mis dientes , aunque no son de acero , un pan de cuatro libras .

Tornóla á meter y ciñóse la , y un sartal de cuentas gruesas del talabarte , y con un paso sosegado y el cuerpo derecho , haciendo con él y con la cabeza gentiles meneos , echando el cabo de la capa sobre el hombro y á veces so el brazo , y poniendo la mano derecha en el costado , salió por la puerta , diciendo : Lázaro , mira por la casa en tanto que voy á oír misa , y haz la cama , y vé por la vasija de agua al río que aquí bajo está , y cierra la puerta con llave , no nos hurten algo , y ponla aquí al quicio , porque si yo viniere en tanto , pueda entrar . Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente , que quien no le conociera , pensara ser muy cercano pariente del Conde de Arcos , ó á lo ménos camarero que le daba de vestir . Bendito seais vos , Señor , quedé yo diciendo , que dais la enfermedad y poneis el remedio . ¿ Quién encontrará á aquel mi señor , que no piense segun el contento de sí lleva , haber anoche bien cenado y dormido en buena cama ; y aunque agora es de mañana , no le cuenten por bien almorzado ? Grandes secretos son , Señor , los que vos haceis , y las gentes ignoran . ¿ A quién no engañará aquella buena disposicion y razonable capa y sayo ? ¿ y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el dia con aquel mendrugo de pan , que su criado Lázaro trajo un dia y noche en el arca de su seno , do no se le podia pegar mucha limpieza ? ¿ y hoy lavándose las manos y cara , á falta de paño de manos , se hacia servir de la halda del sayo ? nadie por cierto lo sospechará . Ó Señor , y cuantos de aquestos debeis vos tener por el mundo derramados , que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufririan !

Así estaba yo á la puerta, mirando y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un *credo* la anduve toda, alto y bajo, sin hacer represa ni hallar en qué.

Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro y doy conmigo en el rio; donde en una huerta ví á mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta: antes muchas tienen por estilo de irse á las mañánicas del verano á refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndoles mas dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. Él, sintiéndose tan frío de bolsa cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrío que le robó la color del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner excusas no válidas. Ellas que debían ser bien instruidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era. Yo que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné con mucha diligencia, como mozo nuevo sin ser visto de mi amo, torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte que bien era menester, mas no hallé con qué.

Púseme á pensar qué haría, y parecióme esperar á mi amo hasta que el día demediase, y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza. Desde que ví ser las dos y no venía, y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó y tórnome á mi menester con baja y enferma voz; é inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir

que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no había caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que ántes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y más de otras dos en las mangas y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mujeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas. Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré, vínose para mí, y pensé que me quería reñir la tardanza; más mejor lo hizo Dios. Preguntóme de dónde venía; yo le dije: señor, hasta que dieron las dos, estuve aquí, y desque ví que Vuestra Merced no venía, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis. Mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traía. A lo cual él mostró buen semblante, y dijo: pues esperado te he á comer, y desque ví que no viniste, comí, mas tú haces como hombre de bien en eso, que más vale pedirlo por Dios que no hurtarlo, y así él me ayude como ello me parece bien; y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra: aunque bien creo que será secreto, según lo poco que en este pueblo soy conocido: nunca á él yo hubiera de venir. De eso pierda, señor, cuidado, le dije yo; que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta, ni yo de darla. Ahora pues, come pecador, dijo él, que si á Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido: debe de ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pié, que á los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe de ser sin duda de ellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mía.

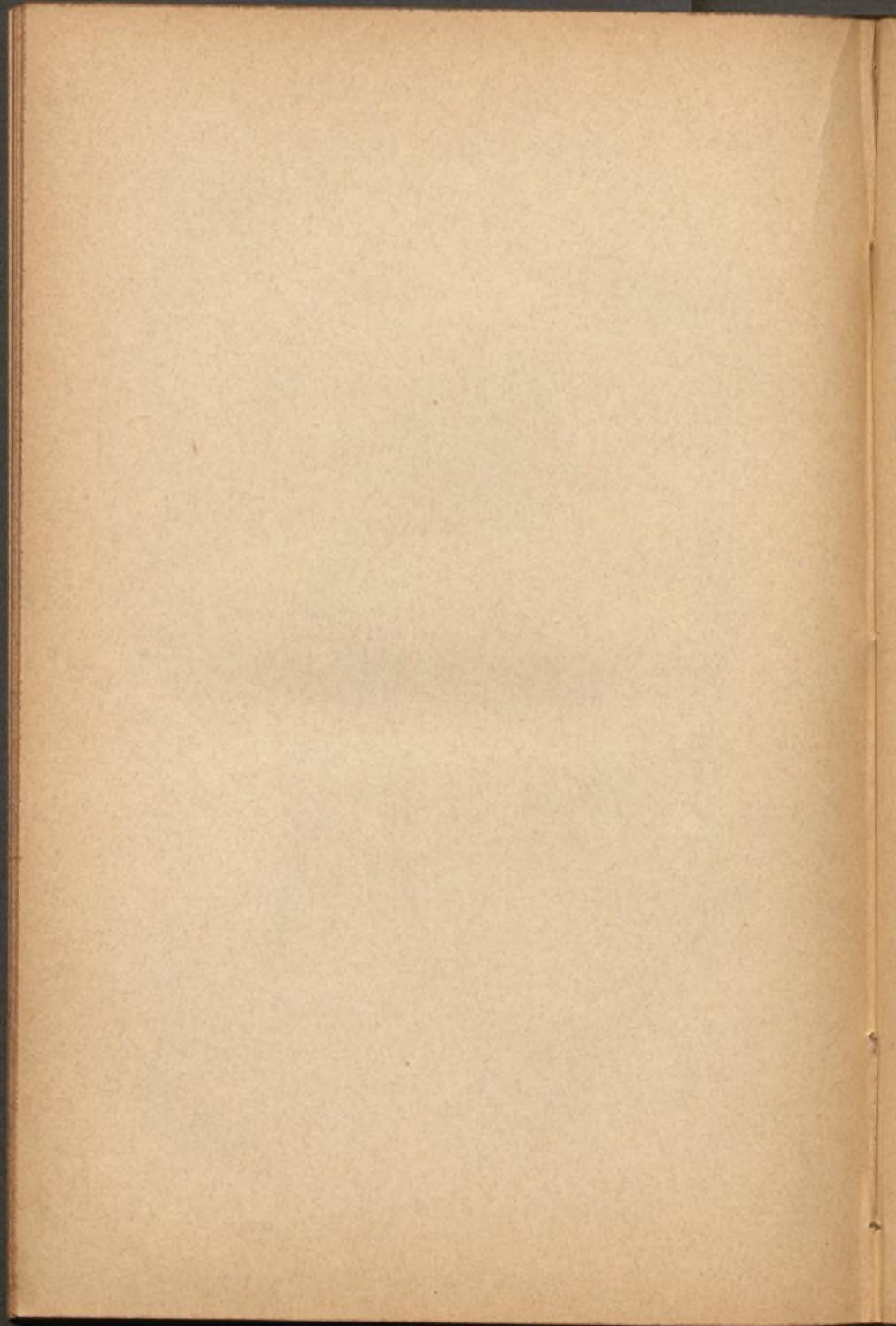
Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por

glotón, callé la merienda, y comienzo á cenar y morder en mis tripas y pan. Disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partía sus ojos de mis faldas, que á aquella sazón servían de plato. Tanta lástima haya Dios de mí, como yo había de él, porque senti lo que sentía, y muchas veces había por ello pasado, y pasaba cada día. Pensaba si sería bien comedirme á convidarle, mas por haberme dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente yo deseaba que el pecador ayudase á su trabajo del mio y se desayunase, como el día antes hizo; pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y ménos mi hambre: quiso Dios cumplir mi deseo y aun pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando. Llegóse á mí, y dijome: dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre, y que nadie te lo ve hacer, que no le pongas gana, aunque no la tenga. La muy buena que tú tienes (dije yo entre mí) te hace aparecer la mía hermosa. Con todo parecióme ayudarle, pués se ayudaba y me abría camino para ello, y dijele; señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca está tan bien cocida y sazónada, que no habrá á quién no convide con su sabor. ¿Uña de vaca es? preguntó él. Sí, señor, le dije yo. Dígote, dijo él, que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisán que así me sepa. Pues pruebe, señor, dije yo, y verá que tal está. Póngole en las uñas la otra y tres ó cuatro raciones de pan de lo más blanco. Asentóseme al lado, y comienza á comer, como aquel que había gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

Con almodrote, decía, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso. Por Dios, dijo él, que me ha sabido, como si no hubiera hoy comido bocado. Así me vengan los buenos años como es ello, dije yo entre mí. Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo había traído. Es señal, que pues no le faltaba el agua, que



Jb 1862



no le había á mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos á dormir, como la noche pasada. Y por evitar prolijidad, de esta manera estuvimos ocho ó diez días, yéndose el pecador en la mañana con aquel continente y paso contado á papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que había tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quién yo había de mantener.

Con todo le quería bien, con ver que no tenía ni podía más, y antes le había lástima que enemistad: y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal: porque una mañana levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y en tanto yo por salir de sospecha desenvolvile el jubón y las calzas que á la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decía yo, es pobre, y nadie dá lo que no tiene: mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios á ambos, al uno de mano besada, y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre, aquellos es justo desamar, y aqueste es de el haber mancilla. Dios me es testigo, que hoy día cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima, con pensar si padece lo que á aquel le ví sufrir, al cual con toda su pobreza holgaría de servir más que á los otros, por lo que he dicho. Sólo tenía de él un poco de descontento; que quisiera yo que no tuviera tanta presunción, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad. Mas según me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, aunque no haya cornado, de trueco, ha de andar el birrete en su lugar: el Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado pasando la vida que digo,

quiso mi mala fortuna que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como aquel año esta tierra fuese estéril de pan, acordó el Ayuntamiento, que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad; con pregón, que el que de allí adelante topasen, fuese punido con azotes. Y así ejecutando la ley, desde á cuatro días que el pregón se dió, vi llevar una procesión de pobres azotando por las cuatro calles: lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aquí viera, quién verlo pudiera, la abstinencia de mi casa, y la tristeza y silencio de los moradores de ella; tanto que nos acaeció estar dos ó tres días sin comer bocado ni hablar palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento; que de la lacería que les traían, me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenía tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió; á lo ménos en casa bien los estuvimos sin comer: no sé yo como ó donde andaba, y qué comía; y verle venir á mediodía la calle abajo, con estirado cuerpo mas largo que galgo de buena casta: y por lo que tocaba á su negra que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no había en casa, y salía á la puerta escarbando los que nada entre sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo, malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste y oscura; mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir de ella.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecución, un día, no sé por cual dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual vino á casa tan ufano, como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesto muy alegre y risueño me lo dió diciendo: toma, Lázaro,

que Dios ya va abriendo su mano : ve á la plaza, y merca pan , y vino y carne ; quebrems el ojo al diablo. Y mas te hago saber , porque te huelgues , que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar mas en cumpliendo el mes. Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja , que con mal en ella entré. Por nuestro Señor , cuanto ha que en ella vivo , gota de vino ni bocado de carne no he comido , ni he habido descanso ninguno , mas tal vista tiene , y tal oscuridad y tristeza. Ve y ven presto , y comamos hoy como condes. Tomo mi real y jarro , y á los piés dándoles priesa , comienzo á subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas ¿ qué me aprovecha , si está constituido en mi triste fortuna , que ningun gozo me venga sin zozobra ? Y así fué este , porque yendo la calle arriba , echando mi cuenta en lo que le emplearía que fuese mejor y mas provechosamente gastado , dando infinitas gracias á Dios que á mi amo había hecho con dinero , á deshora me vino al encuentro un muerto , que por la calle abajo muchos clérigos , y gente en unas andas traían. Arriméme á la pared por darles lugar , y desque el cuerpo pasó , venía luégo par del lecho una que debía ser la mujer del difunto , cargada de luto y con ella otras muchas mujeres ; la cual iba llorando á grandes voces , y diciendo : marido y señor mio , adonde os me llevan ! á la casa triste y desdichada , á la casa lóbrega y oscura , á la casa donde nunca comen ni beben ! Yo que aquello oí , juntóseme el cielo con la tierra , y dije : ó desdichado de mí ! para mi casa llevan este muerto.

Dejo el camino que llevaba , y hendi por medio de la gente , y vuelvo por la calle abajo á todo el mas correr que pude para mi casa ; y entrando en ella , cierro á grande priesa , invocando el auxilio y favor de mi amo , abrazándome de él , que me venga á ayudar y á defender la entrada. El cual algo alterado , pensando que fuese otra cosa , me dijo : ¿ qué es eso , mozo ? qué voces das ? qué



has, porque cierras la puerta con tal furia? Oh señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen acá un muerto. ¿Cómo así, respondió él? Aquí arriba le encontré, dije yo, y venía diciendo su mujer: marido y señor mio, adonde os llevan! á la casa lóbrega y oscura, á la casa triste y desdichada, á la casa donde nunca comen ni beben! acá, señor, nos le traen. Y ciertamente cuando mi amo esto

oyó, aunque no tenía porque estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenía ya yo echado el aldaba á la puerta, y puesto el hombro en ella por mas defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habían de meter en casa. Y desde que fué ya más hartó de reir que de comer, el bueno de mi amo díjome: verdad es, Lázaro, según la viuda iba diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste; mas pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre, y ve por de comer.

Dejadlos, señor, acaben de pasar la calle, dije yo. Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela esforzándose; que bien era menester según el miedo y alteración, y me torno á encaminar.

Mas aunque comimos bien aquel día maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres días torné en mi color; y mi amo muy risueño todas las veces que se acordaba de aquella mi consideración.

De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué éste escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer día que con él asenté, le conocí ser extranjero por el poco conocimiento y trato que con los naturales de ella tenía. Al cabo se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba; porque un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja, y que había dejado su tierra no mas de por no quitar el bonete á un caballero, su vecino. Señor, dije yo, si él era lo que decís y tenía más que vos, no errábades en quitárselo primero, pues decís que él también os lo quitaba. Si es, y sí tiene, y también me lo quitaba él á mí; mas de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano. Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen más. Eres mucha-

cho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber, que yo soy, como ves, un escudero; mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle si la hay antes que llegue á mí, por no quitárselo: que un Hidalgo no debe á otro que á Dios y al Rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdomé que un día deshonré en mi tierra á un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decía: mantenga Dios á Vuestra Merced. Vos, Don Villano Ruin, le dije yo, ¿porqué no sois bien criado? manténgaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quienquiera. De allí adelante de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debía. Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios? Mira, mucho de enhoramala, dijo él, á los hombres de poca arte dicen esto, mas á los más altos como yo, no les han de hablar ménos de: beso las manos de Vuestra Merced: ó por lo ménos, bésoos, señor, las manos, si el que me habla es caballero. Y así de aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento, nunca más le quise sufrir, ni sufriría ni sufriré á hombre en el mundo del Rey abajo, que manténgaos Dios, me diga. Pecador de mí, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufre que nadie se lo ruege. Mayormente, dijo, que no soy tan pobre que no tenga en mi tierra, un solar de casas, que á estar ellas en pié y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian más de doscientos mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que á no estar derribado, como está, daría cada año más de doscientos palominos, y otras cosas que me callo, que dejé por lo

que tocaba á mi honra : y vine á esta ciudad , pensando que hallaría un buen asiento , mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la Iglesia muchos hallo , mas es gente tan limitada , que no los sacaré de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan , más servir á estos es gran trabajo , porque de hombre os habeis de convertir en malilla , y sino anda con Dios , os dicen ; y las más veces son los pagamentos á largos plazos , y las más ciertas comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia , y satisfaceros vuestros sudores , sois librado en la recámara de un sudado jubón , ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de titulo , todavía pasa su laceria ; pues ¿ por ventura no hay en mí habilidad para servir y contentar á éstos ? Por Dios si con él topase , muy gran privado suyo pienso que fuese , y que mil servicios le hiciese ; porque yo sabría mentirle , tan bien como otro , y agradecerle á las mil maravillas ; reírle mucho sus donaires y costumbres , aunque no fuesen las mejores del mundo : nunca decirle cosa que le pesase , aunque mucho le cumpliese ; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho ; no matarme por no hacer bien las cosas que él no había de ver , y ponerme á reñir , donde él lo oyese , con la gente de su servicio , porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba ; si riñese con alguno su criado , dar unos puntillos agudos para encenderle la ira , y que pareciesen en favor del culpado ; decirle bien de lo que bien le estuviese , y por el contrario ser malicioso mofador ; malsinar á los de casa y á los de fuera ; pesquisar y procurar de saber vidas ajenas , para contárselas , y otras muchas galas de esta calidad , que hoy día se usan en palacio , y á los señores de él parecen bien , y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos ; antes los aborrecen y tienen en poco , y llaman necios , y que no son personas de negocios , ni con quien el señor se puede descuidar. Y con éstos los astutos , usan , como digo , el día de hoy de lo que yo usaría ; mas no quiere mi ventura que le halle.

De esta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo, dándome relación de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja; el hombre le pide el alquiler de la casa, y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara: pienso que fueron doce ó trece reales. Y él les dió muy buena respuesta, que saldría á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen. Mas su salida fué sin vuelta; por manera que á la tarde ellos volvieron, mas fué tarde: yo les dije, que aun no era venido. Venida la noche, y él no, yo hube miedo de quedar en casa sólo, y fuíme á las vecinas, y contéles el caso, y allí dormí.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino; mas á estotra puerta. Las mujeres les responden: veis aquí su mozo, y la llave de la puerta. Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabía adonde estaba, y que tampoco había vuelto á casa, desdeque salió á trocar la pieza y que pensaba que de mí y de ellos se había ido con el truco. Luégo que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano, y he aquí que los dos vuélven luégo con ellos, y toman la llave y llámanme, y llaman testigos y abren la puerta, y entran á embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada como he contado, y dicenme: ¿qué es de la hacienda de tu amo? sus arcas y paños de pared, y alhajas de casa? No sé yo eso, les respondí. Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe donde está. En esto vino el alguacil, y échome mano por el collar del jubón, diciéndome; muchacho, tú eres preso, si no descubres los bienes de este amo tuyo. Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar sí había sido muchas veces, mas era mansamente de él trabado, para que mostrase el camino al que no veía; yo tuve mucho

miedo, y llorando prometile de decir lo que me preguntaban. Bien está, dicen ellos: pues dí lo que sabes y no hayas temor. Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome qué tenía. Señores, dije yo, lo que este amo mío tiene, según él me dijo, es un muy buen solar de casas, y un palomar derribado. Bien está, dicen ellos. Por poco que eso valga, hay para reintegrarnos de la deuda. ¿Y á qué parte de la ciudad tiene eso, me preguntaron? En su tierra, les respondí. Por Dios que está bueno el negocio, dijeron ellos, y ¿adonde es su tierra? De Castilla la Vieja me dijo que él era, les dije. Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo: bastante relación es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese. Las vecinas que estaban presentes dijeron: Señores, este es un niño inocente, y ha pocos días que está con ese escudero, y no sabe de él más que Vuestras Mercedes, sino cuanto el pecadorcico se llega aquí á nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y á la noche se va á dormir con él.

Vista mi inocencia, dejáronme dándome por libre: y el alguacil y el escribano piden al hombre y á la mujer sus derechos, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido; porque ellos alegaron no ser obligados á pagar, pues no había de qué, ni se hacía el embargo. Los otros decían, que habían dejado de ir á otro negocio que les importaba más por venir á aquel. Finalmente después de dadas muchas voces, al cabo carga un porquerón con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces: no sé en qué paró. Creo yo que el pecador alfamar pagará por todos; y bien se empleaba, pues al tiempo que había de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruín dicha: pues señalándose todo lo que podía contra mí, hacía mis negocios tan al revés,

que los amos que suelen ser dejados de los mozos, en mi no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.





COMO EL LÁZARO SE ASENTÓ CON UN FRAILE DE LA MERCED,
Y DE LO QUE LE ACAECIÓ CON ÉL.

HUBE de buscar el cuarto, y este fué un fraile de la Merced, adonde las mujercillas que digo me encaminaron, al cual ellas le llamaban pariente: gran enemigo del coro y de comer en el convento: perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas; tanto que pienso que rompía él mas zapatos que todo el convento. Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida, mas

no me duraron ocho días , ni yo pude con su trote durar más. Y por esto y por otras cosillas que no digo , salí de él.





COMO EL LÁZARO SE ASIENTA CON UN BULERO , Y DE LAS
COSAS QUE CON ÈL PASÓ.



EN el quinto que por mi ventura di, fué un buldero, el mas desenvuelto, y desvergonzado, y el mayor echador de ellas que jamás yo ví ni ver espero, ni pienso, ni nadie vió; porque tenía y buscaba modos y maneras, y muy sotiles invenciones. En entrando en los lugares do habian de presentar la bula, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas no tampoco de mucho valor ni sustancia. Una lechuga murciana, si era por el tiempo; un par de limas ó naranjas, un melocotón, un par de duraznos, ó á cada uno sus sendas peras verdiñales. Asi procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen á sus feligreses á tomar bula, ofreciéndole á él las gracias. Informábase de la suficiencia de

ellos : si decían que entendían , no hablaba palabra en latín , por no dar tropezón , mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvueltísima lengua . Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos , digo , que más con dineros que con letras y con reverendas se ordenan , haciase entre ellos un Santo Tomás , y hablaba dos horas en latín , á lo menos que lo parecía , aunque no lo era . Cuando por bien no le tomaban las bulas , buscaba como por mal se las tomasen , y para aquello hacía molestias al pueblo , y otras veces con mañosos artificios . Y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar , diré uno muy sutil y donoso , con el cual probaré bien su suficiencia . En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos ó tres días , haciendo sus acostumbradas diligencias , y no le habían tomado bula , ni á mi ver tenían intención de tomársela ; y él estaba dado al diablo con aquello . Y pensando qué hacer , se acordó de convidar al pueblo á otro día de mañana para despedir la bula . Y esa noche después de cenar pusieronse á jugar la colación él y el alguacil , y sobre el juego vinieron á reñir y á haber malas palabras . Él llamó al alguacil ladrón , y el otro á él falsario ; sobre esto el señor comisario , mi señor , tomó un lanzón que en el portal do jugaban estaba . El alguacil puso mano á su espada , que en la cinta tenía . Al ruido y voces que todos dimos , acuden los huéspedes y vecinos , y métense en medio ; y ellos muy enojados , procurándose desembarazar de los que en medio estaban , para matarse . Mas como la gente al gran ruido cargase , y la casa estuviere llena de ella , viendo que no podían afrentarse con las armas , decíanse palabras injuriosas , entre las cuales el alguacil dijo á mi amo , que era falsario , y las bulas que predicaba eran falsas . Finalmente los del pueblo viendo que no bastaban para ponerlos en paz , acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte ; y así quedó mi amo muy enojado . Y después que los huéspedes y vecinos

le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.



La mañana venida mi amo se fué á la Iglesia, y mandó tañer á misa y al sermón para despedir la bula: y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo había descubierto: de manera que tras que tenían mala gana de tomarla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermón, y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien é indulgencia como la santa bula traía. Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la Iglesia

el alguacil ; y luego que hizo oración , levantóse , y con voz alta y pausada , cuerdamente comenzó á decir :

Buenos hombres , oidme una palabra , que después oiréis á quien quisieréis . Yo vine aquí con este echacuervos que os predica , el cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio , y que partiríamos la ganancia . Y ahora visto el daño que haría á mi conciencia y á vuestras haciendas , arrepentido de lo hecho os declaro claramente que las bulas que predica son falsas , y que no le creáis ni las toméis , y yo *directe* ni *indirecte* no soy parte en ellas , y que desde ahora dejo la vara y doy con ella en el suelo : y si en algun tiempo este fuese castigado por la falsedad , que vosotros me seáis testigos como yo no soy con él , ni le doy á ello ayuda , antes os desengañó y declaro su maldad , y acabó su razonamiento .

Algunos hombres honrados que allí estaban , se quisieron levantar , y echar al alguacil fuera de la Iglesia por evitar escándalo , mas mi amo les fué á la mano , y mandó á todos que so pena de excomunion no le estorbasen , mas que le dejasen decir todo lo que quisiese ; y así él también tuvo silencio , mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho .

Como calló , mi amo le preguntó si quería decir más , que lo dijese . El alguacil dijo : harto más hay que decir de vos y de vuestra falsedad , mas por ahora basta .

El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito , y puestas las manos y mirando al cielo dijo así : Señor Dios , á quien ninguna cosa es escondida , antes todas manifiestas , y á quien nada es imposible , antes todo posible ; tú sabes la verdad , y cuan injustamente yo soy afrentado . En lo que á mí toca , yo le perdono , porque tú , Señor , me perdones . No mires á aquel , que no sabe lo que hace ni dice : mas la injuria á tí hecha , te suplico y por justicia te pido , no disimules , porque alguno que está aquí , que por ventura pensó tomar aquesta santa bula , dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre ,

lo dejará de hacer. Y pues es con tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no le disimules, mas luégo muestra aquí milagro, y sea de esta manera: que si es verdad lo que aquel dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos. Y si verdad lo que yo digo, y aquel persuadido por el demonio (por quitar y privar á los que están presentes de tan gran bien) dice maldad, también sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apenas había acabado su oración el devoto señor mio, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo, que la Iglesia toda hizo resonar: y comenzó á bramar y echar espumarajos por la boca y torcerla, y hacer visages con el gesto, dando de pié y de mano, revolviéndose por aquellos suelos á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos á otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos dicen: el Señor le socorra y valga; otros: bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

Finalmente algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca de él estaban. Otros le tiraban por las piernas y tenían reciamente, porque no había mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase: y así le tuvieron un gran rato; porque más de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia, que el planto y ruído y voces que en la Iglesia había, no eran parte para apartarle de su divina contemplación. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron y le suplicaron

quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo , y que no mirase á las cosas pasadas ni á sus dichos malos , pues ya de ellos tenía el pago ; mas si en algo podía aprovechar para librarle del peligro y pasión que padecía , por amor de Dios lo hiciese ; pues ellos veían clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya , pues á su petición y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor comisario , como quien despierta de un dulce sueño , los miró , y miró al delincuente y á todos los que al rededor estaban , y muy pausadamente les dijo : buenos hombres , vosotros nunca habíais de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado . Mas pues él nos manda , que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias , con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda , y su Majestad perdone á éste que le ofendió , poniendo en su santa fe obstáculo . Vamos todos á suplicarle . Y así bajó del púlpito y encomendóles que muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de perdonar á aquel pecador , y volverle en su salud y sano juicio , y lanzar de él el demonio , si su Majestad había permitido que por su gran pecado en él entrase . Todos se hincaron de rodillas , y delante del altar con los clérigos comenzaron á cantar con voz baja una letanía , y viniendo él con la cruz y agua bendita después de haber sobre él cantado , el señor mi amo puestas las manos al cielo y los ojos , que casi nada se le parecía sino un poco de blanco , comienza una oración no ménos larga que devota , con la cual hizo llorar á toda la gente , como suelen hacer en los sermones de la pasión de predicador y auditorio devoto ; suplicando á nuestro Señor , pues no quería la muerte del pecador , sino su vida y arrepentimiento , que á aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado , le quisiese perdonar y dar vida y salud , para que se arrepintiese , y confesase sus pecados . Y esto hecho , mandó traer la bula y púsolesela en la cabeza , y luego el pecador del alguacil

comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y luégo que fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los piés del señor comisario, y demandándole perdón, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer el daño y vengarse del enojo, lo otro y más principal, porque el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella; marido y mujer, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos: y cuando á ellos llegamos, no era menester sermón ni ir á la Iglesia; que á la posada la venían á tomar, como si fueran peras que se dieran de balde: de



manera que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermón. Cuando hizo el ensayo, confieso mi pecado que también fui de ello espantado, y creí así era como otros muchos. Mas con ver después la risa y

burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí como había sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¿cuántas de estas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente?

Finalmente estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también hartas fatigas.





COMO EL LÁZARO SE ASENTÓ CON UN CAPELLÁN, Y LO QUE
CON ÉL PASÓ.



ESPUES de esto asenté con un maestro de pintar panderos, para molerle los colores; y también sufrí mil males.

Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un día en la Iglesia mayor un capellán de ella me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad.

Este fué el primer escalón que yo subí para venir á alcanzar buena vida, porque mi boca era medida. Daba cada día á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás entre semana de treinta maravedís. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que le usé, con poner en la ganancia buen

recaudo , ahorré para vestirme muy honradamente de la ropa vieja , de la cual compré un jubón de fustán viejo , y un sayo raído de manga tranzada y puerta , y una capa que había sido frisada , y una espada de las viejas primeras de Cuellar. Luégo que me ví en hábito de hombre de bien , dije á mi amo se tomase su asno que no quería mas seguir aquel oficio.





COMO EL LÁZARO ASIENTA CON UN ALGUACIL, Y DE LO QUE
LE ACAECIÓ CON ÉL.



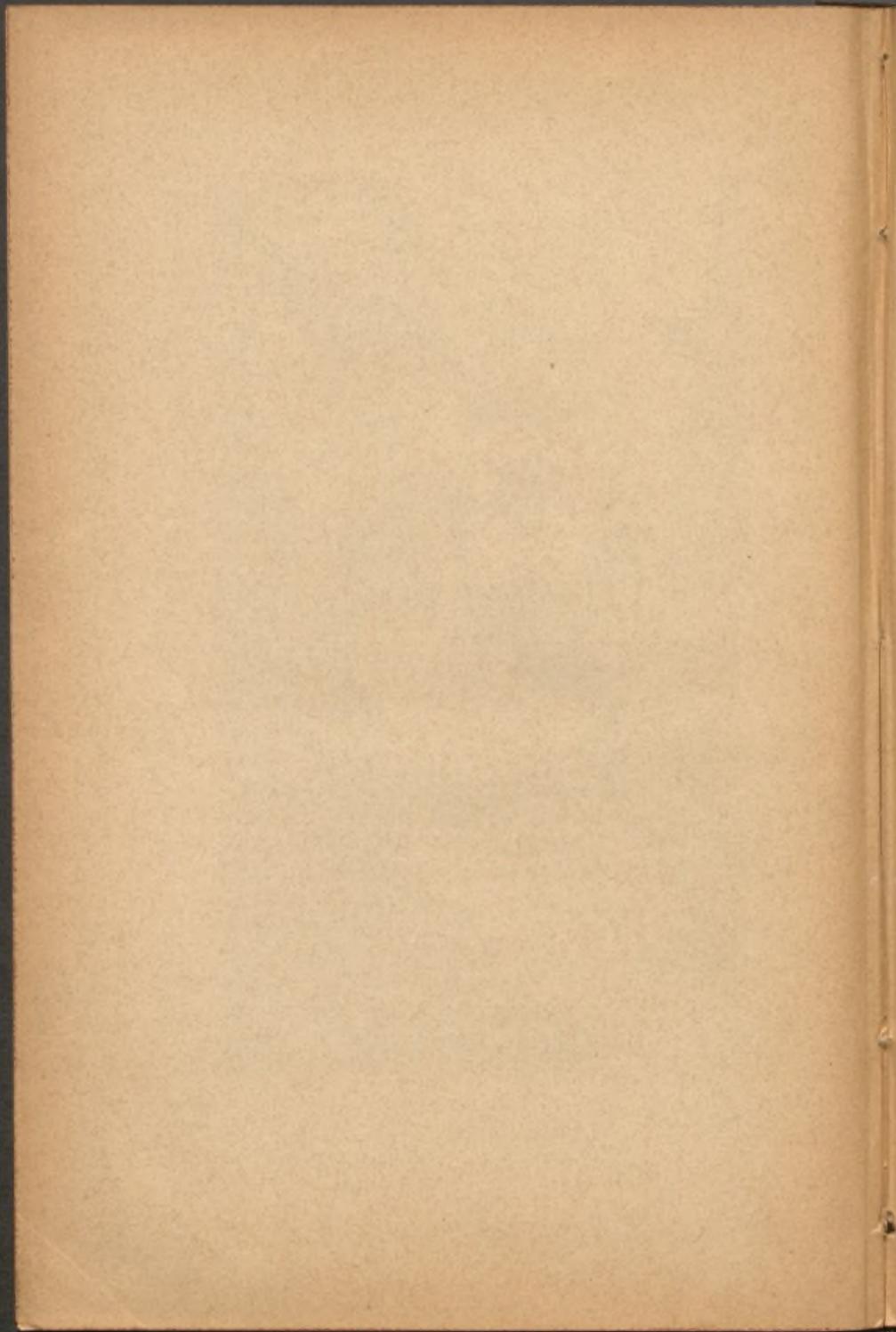
ESPEDIDO del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil, más muy poco vivi con él por parecerme oficio peligroso, mayormente que una noche nos corrieron á mi y á mi amo á pedradas y á palos unos retraídos; y á mi amo que esperó, trataron mal, mas á mí no me alcanzaron.

Con esto renegué del trato. Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento por tener descanso y ganar algo para la vejez; quiso Dios alumbrarme, y ponerme en camino y manera provechosa, y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen: en el cual el día de

hoy yo vivo y resido á servicio de Dios y de Vuestra Merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas; acompañar á los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Hame sucedido tan bien y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que en toda la ciudad el que ha de echar vino á vender ó algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

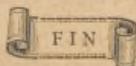
En este tiempo viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor Arcipreste de San Salvador mi señor, y servidor y amigo de Vuestra Merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de hacerlo y así me casé con ella; y hasta ahora no estoy arrepentido, porque fuera de ser buena hija, diligente y servicial, tengo en mi señor Arcipreste todo favor y ayuda: y siempre en el año le da en veces al pié de una carga de trigo, por las pascuas la carne, y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja, é hizonos alquilar una casilla á par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa mas malas lenguas que nunca faltaron, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué: y si se que ven á mi mujer irle á hacer la cama y guisarle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad, porque además de no ser ella mujer que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un día muy largo delante de ella, y me dijo: Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguas, nunca medrará. Digo esto, porque no me maravillaría, alguno murmurase viendo entrar en mi casa tu mujer y salir de ella. Ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto no mires á lo que pueden decir, sino á

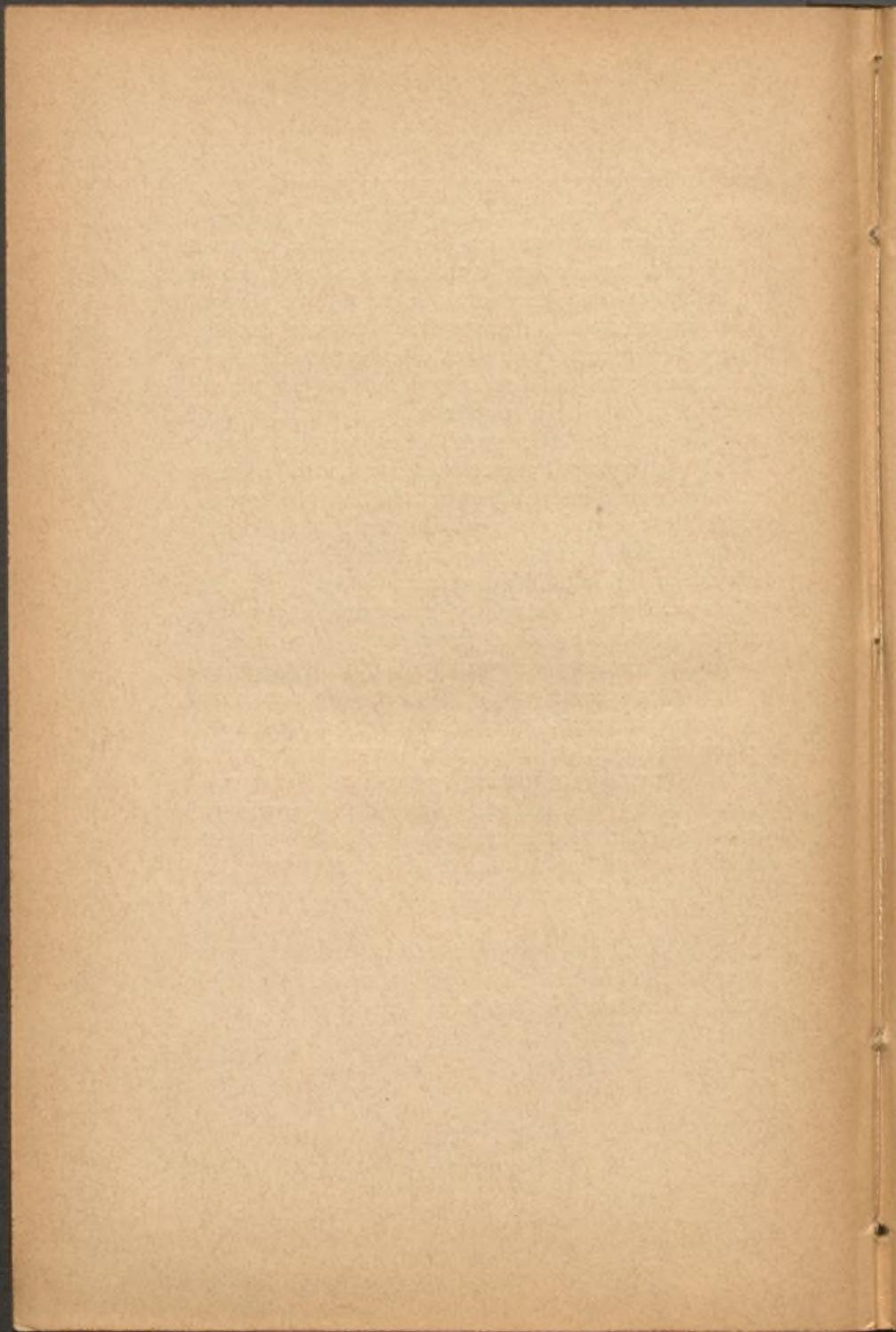




lo que te toca, digo, á tu provecho. Señor, le dije, yo determiné de arrimarme á los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo de eso. Entónces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros; y despues tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien conmigo la había casado: en tal manera que quisiera ser muerto, antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentarle nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes. Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes cuando alguno siento que quiere decir algo de ella, le atajo y le digo: mirá si sois mi amigo, no me digáis cosa que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero, y la amo más que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco: que yo juraré que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo, y quien otra cosa me dijere, me mataré con él. De esta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en casa.

Esto fué el mismo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como Vuestra Merced habrá oído.





ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
<i>Rinconete y Cortadillo.</i>	7
<i>El Licenciado Vidriera.</i>	57
<i>La Gitanilla.</i>	91
<i>El Mundo por de dentro.</i>	177
<i>El Sueño de las Calaveras.</i>	205
<i>El Lazarillo de Tormes.</i>	229



